



JOSE RAFAEL POCATERRA

VIDAS
OSCURAS

MONTE AVILA EDITORES

Vidas oscuras

José Rafael Pocaterra

CAPÍTULO I

—¡No, no es Chamizas!

Y don Crisóstomo se quitó de sobre las cejas la mano que le servía de pantalla. En cambio Juan García porfiaba:

—Fíjese bien; aguáitele la cobija que carga lo colorao pa juera, ¿no está viendo el caballo zaino barrigón?

Por el camino, en lo alto de la cuesta que remataba la casa del hato, aparecía y desaparecía, atravesando los chaparrales el peón Chamizas.

—Hombre, es raro —observaba don Criso—; no tiene tiempo de haber ido y vuelto a San Diego.

Ya cerca a pocas cuadras del paradero, le gritó:

—¡Tú vienes del pueblooo...!

Chamizas, empinado en los estribos, decía a gritos algo que el viento fuerte de la sabana le arrebatava de los labios. Por fin tramando la bestia se acercó; apeóse de un salto y sacó de la faltriquera un pañuelo de Madrás, dentro del cual, cuidadosamente doblada, traía una carta. El papel tembló un poco en la mano insegura del viejo; fue releído y visto varias veces: *...éste tiene por objeto después de saludarlo en unión su familia de participarle que le interesa mucho venir al pueblo cuanto antes mejor. Memoria a la familia, su seguro servidor y amigo que le desea salud. Estranón González.*

Casi delectando terminó de leer aquella carta. Era extraño; precisamente esa misma semana tuviera un altercado con el general Estranón, quien desde su nombramiento de Jefe Civil no hizo más que hostilizarlo; ya por el degüello de ganado vacuno, ya encubriendo feos abigeatos, bien atendido a chismes de colindantes que acusaban al viejo Criso de parar rodeos en sabanas ajenas. Y ahora le escribía de aquel modo...

—¡Mire, comadre!

La vieja Dolores respondió desde la cocina; con su paso afanado atravesó el corredor para ir a ver... También a ella le extrañaba el papel. Juan García interrogaba a Chamizas.

—Pero, bueno, ¿no fuiste al pueblo?

—Gua sí, pero hoy el general Estranón me despachó con una carta diciéndome que era cosa de apuro.

Sí, seguramente era cosa de apuro. Don Criso mandó a ensillar la mula y resolvió que le acompañara Juan García con el güinche. En aquellas disposiciones para atender al llamado amistoso de una autoridad civil, surgía la profunda desconfianza de las clases trabajadoras. Ya para montar le advirtió a la vieja:

—Esas muchachas que se le pasan ahora en la sabana!

—Fueron a la laguna a bañarse.

—Es que ya tienen más tiempo del necesario. Mándelas a buscar.

Fue su despedida. Al pasitrote, seguido del mayordomo que llevaba atravesado un winchester en el arzón delantero, cogieron el camino del pueblo. El viejo pensaba muy preocupado en aquella llamada. ¿Sería un lazo para arrancarle algo? Le tenían seco: no sólo era el gasto de la casa cada vez mayor, a pesar de haber reducido la familia al hato, alquilando el viejo caserón de los Gárate, el más grande de San Diego; no sólo era su hermano Juan Antonio que le debía ya como siete mil pesos de préstamos para sostenerse en Caracas, para ir a hablar con Crespo, para llevar la señora a Macuto; también el tal Estranón, antiguo peón sabanero de los Gárate, se le tiraba encima; también, el hijo de peones, el vástago de muchos siervos que encontraron pan y abrigo y protección en la tierra sus mayores, caía ávidamente sobre él, cumpliendo así una sorda e inexplicable revancha de una clase híbrida y ladronesca hacia otra que defiende la propia fortuna, atrincherada en la docena de vagas ideas conservadoras.

Pero cualesquiera que fueran las intenciones de Estranón, él estaba resuelto a no dejarse fregar más... ¡No, imposible, estaba resuelto!

Del hato al pueblo era asunto de legua y media largas. Se atravesaba un banco de sabana taraceado de palmas y chapa, luego el monte del río serpeado por un camino abierto a hacha y machete. Pasando el Guara, a cuatro o seis cuadras, sobre una ladera de tierra rojiza, trepaba el caserío. Chozas cobijadas con palma y una que otra casona destartalada; la de una sola nave; las pulperías donde se

expende queso, cápsulas de revólver, zaraza y mantequilla; la Jefatura Civil con su mesa coja, un escaparate viejo en cuyas hojas se juntan recortes con el retrato de la secuestrada de Poitiers y el general Crespo; dos *cubanos* echados a perder en un rincón y el Secretario que eternamente, desde que San Diego fue creado Municipio «en virtud de su notable adelanto, etc...», rasguña sobre el mismo papel florete, al pie de los EE. UU. sírvase pasar en el término de la distancia etc.

Bajo el sol tórrido, al mediodía, el suelo calcinado, los techos pajizos, los árboles de verdor metálico, las aguas perezosas del río, casi estancadas, dan de sí una modorra tan intensa que el ánimo desfallece en quietudes absurdas; la vida parece que se exprime en lo alto del fastidio como un trapo puesto a secar.

Pero don Criso y su mayordomo, preocupados por otro género de ideas, marchaban al pasitrote sin cuidarse de aquella atmósfera de fuego que resquebrajaba los guijarros en los senderos. Y ya entrando a San Diego se vinieron a dar cuenta del camino recorrido.

Muy sorprendidos, subiendo la cuesta por el atajo del Cementerio, vieron un grupo que parecía señalarlos gritando: ¡Ahí viene! ¡Ahí está!

Y de súbito el maestro Anselmo con su violín, Pedrito con el requinto y el negro Cleofe rasgando un cuatro, atacaron el Himno Nacional. Tres cohetes de a cuartillo reventaron en el aire espantando las bestias que paraban la oreja al *Gloria al bravo pueblo*.... Y Estranón, adelantándose gritó de voz en cuello:

—Viva el doctor Juan Antonio Gárate! ¡Viva el Gran Partido Liberal! ¡Viva el Presidente de la República!

—¡Vivaaa!

Y dos cohetes más reventaron opacamente.

—Qué nueva varilla será ésta —murmuraba el viejo malhumorado por aquello del gran partido.

Entonces Estranón se adelantó para saludarlo. Los hizo apearse con suma amabilidad:

—Coja esas bestias —le ordenó al policía de la Jefatura —, báñelas y acomódelas en el pesebre de la botica, de orden superior.

—Nosotros nos vamos ya —se excusó don Criso—, tenemos qué hacer en el hato; estamos herrando...

—No, señor, ¡cómo van a irse!, ¡ya tengo un sancocho de Gallina especial!

—Es que... -y el viejo se rascó maliciosamente detrás de la oreja.

—Nada: es para usted el obsequio; no puede despreciarnos. Allá le daremos la noticia!

¿Una noticia? y ¿cuál podría ser? *Necesito doscientas vacas paridas, o bien el gobierno cuenta con seis arrobas de queso.* ¡Así eran todas las buenas noticias que de cuatro

años a esa parte le venían dando! Sin embargo, había tal halago en el Jefe Civil, veíale tan respetuosamente el Secretario, le miraban sonreídos de tal modo los demás, que temiendo una broma pesada el viejo se vio, no fuera a estar desabotonado y le dijo al mayordomo en voz baja:

—¡Mírame la espalda, no vayan estos carrizos a haberme puesto un muñeco!

Y la desconfianza del viejo comenzó a ceder, cuando instalados a la mesa, frente a un almuerzo groseramente abundante hallacas y perniles de marrano y un costillar ensartado en un palo iba de comensal a comensal para que cortaran su costilla, se le colocó en puesto de cabecera y oyó el discurso que le dirigió el Secretario a nombre del Municipio San Diego de Guara, «este heroico Municipio que dio más de un héroe a nuestra Magna Lucha».

Andrade había nombrado nuevo Ministerio; en el Fomento aparecía el ciudadano doctor Juan Antonio Gárate. Una reminiscencia de la infancia lejana, el recuerdo de los Gárate, don Juan Antonio, seco, avellanado, duro de modales y de palabras, generoso en acciones de valor cuando a las órdenes de Facundo Carnero alanceaba destacamentos federales; doña Margarita, ya avejentada, pero tan llena de bondades, con una severidad que desbordaba en afecto y buenos consejos... Todavía anciana, él se acordaba de las manos lindísimas de su madre.

Don Criso recordaba también a su hermano, siempre en los estudios, el brillo de la casa, el porvenir de la familia, porque él apenas podía preciarse orgullosamente en las discusiones políticas, sustentando alguna opinión «eso

dice mi hermano Juan Antonio, porque yo no soy más que buen peón».

Y cuando las exigencias del hermano brillante preocupaban su economía, sacando sus cuentas rudimentarias de lo suplido al hato por Sanoja & González, y las cuenta-ventas de ganado y el producto de la quesera, caía siempre de entre aquellos papeles el recorte que él conservaba de un periódico *Auras del Guara*, donde Juan Antonio a los catorce años asombró al pueblo con un escrito en el cual interrogaba a Dios sobre la existencia de los curas y llamaba a Nuestro Señor Jesucristo *dulce bohemio de Galilea*. Aquello dividió la opinión. En la botica hubo discusiones violentísimas; el domingo siguiente el cura no abrió la iglesia; los hombres se indignaron; las vecinas se decían compadecidas: *¡La pobre misia Margarita, cómo sería para ella esto si estuviera viva, manto! ¡sálirle un hijo masón...!* A pesar de ir contra sus ideas más queridas, don Criso, ante aquellos recuerdos, terminaba por exclamar: «No trabaje, iese muchacho tenía talento desde chiquito!»

Fue un talento alimentado con lo mejor de la herencia paterna. Crisóstomo poseía el carácter rudo y tenaz de su padre; desdobló el coraje del viejo Juan Antonio en pequeñas y valerosas energías trabajadoras. El otro hermano, mimado por doña Margarita, heredó junto con su aire afable un genio vivo, un gusto muy fuera del ambiente familiar, una especie de anhelo por librar su vida de aquel vivir de la madre, tan ajeno a su temperamento, consumiendo años de delicadeza y de inteligencia en un medio reducido, brutal, castigado de sol y de fiebre. Murió, una noche, sola en la fundación. Su marido y el hijo mayor

andaban en la guerra, huyendo. Sola con Juan Antonio, que apenas tenía dieciocho meses, agonizó estrechándolo contra sí, comunicándole en aquella despedida muda la angustia del llano y de la soledad...

Convencido por los telegramas que le presentaron, algunos dirigidos a él mismo, y más aún por las afabilidades del cura que en aquel momento entró, entre grandes exclamaciones, el viejo Criso sintió que sus ojos se humedecían y que como retoño nuevo después de las candelas veraniegas, surgía en su corazón ese cariño protector del hermano que nace primero.

—¡Vaya, pues me alegro! —y sonrió por primera vez.

—El general Andrade no ha hecho sino justicia —decía el padre Fuentes Pereira, arrancando a diente limpio un filamento de carne—; verá usted cómo el Señor le ayuda en sus necesidades. Yo lo he recordado mucho en el Santo Sacrificio de la Misa... —escupió un hueso y agregó— porque el doctor merece eso y mucho más...

La ebriedad vaga comenzaba a apoderarse de Estranón; comprendió que debía decir algo afectuoso, algo político, y prorrumpió dando un golpe en la mesa, quitándole la palabra al Cura:

—No venga con eso, ¡ése es un palo de hombre; por eso estamos nosotros que lo acompañamos hasta donde sea lo, hasta donde mono no carga su hijo!

—*Deo volente*— observó el Cura—; eso no será preciso, caramba ¡yo estoy alegre, créalo usted, yo estoy alegre! —Y

vació un vaso de cerveza, sin secarse la espuma que le manchaba el rostro ya barbudo; añadió todavía: —Ahora sí le hacemos el frontis a la iglesia y su nicho para San Isidro, que usted sabe, don Crisóstomo, que es el santo que le tiene más cariño a los Gárate. Cuando el general Gárate vino aquí mal herido, después de Coplé... Comenzó una larga historia donde San Isidro salvaba de la muerte, de la ruina, de las culebras y de los malos panas a muchas generaciones de Gárates.

Al regreso, en un pedazo del camino, le acompañaron el Jefe Civil, el Cura, el Maestro de escuela Bachiller Martínez Martínez, don Agapito Brizuela, Agente de Papel Sellado, y varios más... Hubo empeños porque se trajera la familia del ható; ya las muchachas estaban grandes, aquélla no era vida para ellas en aquel monte; hubo ofertas de toda índole.

Al pisar el plan de la Quebrada del Muerto se despidieron todos. Eran una mancha a los lejos cuando el viejo volviéndose en la silla exclamó señalándoselos al mayordomo:

—¿Tú ves toda esa gente?, esos son los amarillos... ¡Siempre nos cargan con la sogá a rastras!

Entraban al patio de la casa, recibidos con el eterno regocijo de los perros, cuando sobre la laguna espaldera se ponía el sol; un poniente muy rojo, como sangre fresca que salpicaba las hojas, tendía por la sabana líneas violáceas,

estiraba cintas de grana sobre el paisaje oscuro reflejado en las aguas; y ascendiendo en matices, o rompíase en una claridad amarillenta o se retiraba a zonas luminosas tras pedazos de un azul ultramar que evoca los crepúsculos de largas navegaciones...

A esa hora, en los hatos, el regreso de peones y de animales adquiere una lentitud de llegada que contrasta con el movimiento interior: ya no es la calma pesada de la canícula que achaparra el panorama y retuesta los cueros estacados en el patio, ni los movimientos vagos de las gentes que trajinan descolgando chinchorros y trayendo bestias a ensillar en la penumbra de la madrugada; ahora chisporrotea el fuego de los fogones, zumba sordamente el pilón y hay sogas que arrastran, animales que se encabritan, razones absurdas de reses halladas no sé dónde, y un cantar y un silbido monótono de golpes bailados en pasadas parrandas, y a veces un grito aislado, y en otras el silencio de la sabana queda como esperando nuevos ruidos.

En la mesa les refirió cuanto había sucedido, no sin olvidar una reprimenda por aquel continuo estarse en la sabana.

—Y se los he dicho; ¡ahora que hay tamo zorro con peste...!

A la mesa rústica la vieja Dolores, con sus eternas hojas de naranja en las sienas; los dos lindos semblantes de las muchachas cuyos labios manchaba la espuma de la leche recién ordeñada, ocultando la risa tras las escudillas de loza. Pero la reprimenda continuaba. No eran como la madre, «que ella sí hacía oficio... o estaban dando brincos

como chivos, o dando carreras en los burros del trabajo, o montándose en los palos para coger matajeyes».

La mayor, María de Jesús, se excusaba al fin refunfuñando: «quién es la que hace todo cuando usted no está aquí»; que saliera a caminar porque no hallaba qué hacer, eso no tenía nada de malo, la que se encaramaba en las matas era Cándida Rosa y ella la que la convidaba a ir a la laguna.

Y como la regañara, ésta se vino hacia él, le echó los brazos por el cuello y lo fue contentando con razones improvisadas:

—Sí fuimos a bañarnos, pero Chucha me metió miedo porque y que salían babas, que ella las había visto; por fin ella fue la que se bañó. Nos dilatamos por eso, viejito bravo, nos dilatamos por eso... —Y le tiraba de una guía del cano bigote, y le abotonaba la blusa y por último se le sentó en las piernas. Pero el viejo haciéndose todavía el amostazado, le plantó en el suelo:

—¡Siga así y no coja juicio; que yo le voy a hacer perder los brincos...!

Poniéndose colorada le sirvió el café, muy seria. Tan seria que por fin el padre la cogió de una oreja jugando. La vieja Dolores le hizo cargos:

—Ya ve, compadre, que usted tiene la culpa para que mañana no me la eche a mí; si sus muchachas le salen como le salen es porque usted las consiente. Ahí estuvieron; dos veces mandé a Chamizas para que les gritara que se vinieran

después que ustedes se fueron, y ahorita, un poquito antes de usted llegar, fue que me hicieron caso.

Iba él a disculparlas, pero las dos protestaron vivamente; empezaron a regañar con la vieja. Por cambiar de conversación, les dijo que se prepararan para irse, que se las llevaba para el pueblo...

Animadamente, con la viveza de un deseo muchas veces manifestado, acogieron la idea. Sobre todo Chucha, quien declaró que ellas se iban a morir metidas en aquel monte, que ella no se iba a ocupar más de peones ni de nada porque hasta cuándo iban a estar enterradas allí. Hablaba con esa autoridad que adquieren los primogénitos a costa de las pequeñas y cariñosas claudicaciones de la familia. Tras las facciones juveniles, se acentuaban los rasgos graves de su padre, y la mirada los ojos pardos, grandes, muy ovalados, a veces tenía la fijeza imperativa de los ojillos grises del viejo.

Días después se trasladaron al pueblo. Una madrugada fría; el ciclo se aclaraba en un reflejo amarillo, leve; los bueyes de la carreta rozaban con el hocico bajo las hierbas, y de la costa del río, las chenchenas daban un canto que crujía como madera seca... De tiempo en tiempo, por entre dos matas lejanas, un venado huía a todo correr.

CAPÍTULO II

LA CASA llanera, abierta al sol, había cobijado varias generaciones. En los días felices de San Diego de Guara y en los malos tiempos, ella era un testigo de mampostería; y por sus vastos corredores jugaron los Garates niños y sufrieron o gozaron las familias. El patio había visto la reunión de peones de sogá para el trabajo y la organización de jinetes cuando el viejo Juan Antonio y su hijo se incorporaron con trescientos lanceros al ejército que iba para Santa Inés. De aquellas habitaciones frías y desiertas salieron penas y alegrías, alegrías en los bautizos, en los matrimonios, en los mismos regresos, Cuando los de Santa Margarita» tornaban de la costa del Orinoco a invernar a las tierras altas o arrinconaban la lanza de las viejas expediciones; penas en los entierros: el ataúd en que una tardecita sacaron a la madre para no verla más; la caja negra donde con el cráneo destrozado a balazos se llevaron. para el cementerio al único hijo varón de don Crisóstomo, José Bernardo. Era pendenciero, brutal, trabajador, pero tarambana y aguardientoso. Lo mataron en una pulpería. Sobre el luto cayó la resignación, que, aunque el hijo se fue en tempranos años aquél estaba destinado a no morir en la cama, dijo el viejo indignado cuando se lo trajeron al corredor, chorreando sangre.

En el fondo, el valor de la raza se iba convirtiendo en bravuconería de botiquín.

bolívares diarios con sólo el juego de los casinos, pero reprimiendo severamente la embriaguez, la prostitución y los tribunales. A la sombra de un hombre de aquel carácter, Gárate se alzó modesto y frondoso como café de primera

siembra; fue diputado a un Congreso a pretexto de sustentar y apoyar un contrato de Vernel Fernández; éste, a causa de mala inteligencia con Crespo en el reparto de las acciones, cayó en desgracia. Su caída provocó pequeños epigramas miedosos aún de policía; y Gárate en la sesión siguiente a la en que se introdujo el contrato, viendo que el otro se iba a pique e inspirándose en un telefonazo del Doctor Núñez, increpó en frases ruidosas «aquel acto oneroso e inconsulto que pretendía bastardear la Doctrina de la Causa y perjudicar sus intereses hoy defendidos de oligarquías procaces por la actitud enérgica de su Egregio Conductor».

Vernel Fernández, caído, le negó el saludo.

Crespo, que era entonces el egregio conductor a que aludía el discurso, enviándole a Santa Inés en elegante folleto amarillo, con dedicatoria «al Héroe del Deber, al Llanero ilustre y coterráneo querido», se fijó en el Doctorcito, le concedió relaciones más cercanas, y cuando tras varios discursos más, cartas públicas y otras manifestaciones de la misma índole, el Congreso clausuró sus importantes labores, Gárate salió despachado en misión confidencial para los Estados Unidos. Allí se puso al habla con varios compatriotas hábiles en sacar plata, parientes cercanos de esos negritos que, en las Antillas, a la borda de los buques, se zambullen y traen en la boca el centavo que se les arroja al agua; y el contrato Vernel Fernández, modificado, en cabeza de otro testaferro, con una firma yankee Balatá Company Limited, vino junto con el doctor

Gárate, quien además trajo una verbosidad pasmosa de industrialismo, países prácticos, cifras de producción agrícola, centavos oro; todo leído en malas revistas comerciales a la sobremesa del boarding de una señora venezolana donde se alojó en Nueva York o entrevistó desde el elevado o meditado en el Brooklyn bridge, como vino diciendo a Caracas. Esa verbosidad entremezclada con proyectos de ganarse en quince días millares de dólares, una máquina de encender cigarros, fluxes extravagantes, un bastón-paraguas, seis semanas de vida aturdida en la Calle 61 y el consabido contrato celebrado con un agiotista portorriqueño, le valió la cartera de Fomento, donde prestaría al País útiles e importantes servicios, dada la extensa capacidad, ilustración y conocimientos técnicos del joven y vigoroso elemento a quien esta Administración, fecunda en bienes, confía hoy un ramo que con tanta indiferencia habían visto nuestros pasados gobiernos, dijeron los periódicos.

Hasta el hermano montaraz llegaron los folletos, los periódicos, la noticia del viaje, y por último, el nombramiento... Tribuno! ¡Agente en el exterior! ¡Ministro! El oyó hablar de tribunos en la Convención del 58, de Fermín Toro en Europa, del designado Gual de Fortique; oyó a su padre venerar como à cosa santa aquella alta figura, silenciosa, trabajadora y austera de don Santos Michelena-acaso la más decorosa y efectiva de nuestra primera República, herida y ultrajada por un machetero de Oriente traído al poder por otro machetero de Apure. El recordaba eso y veía ahora que el hermano, Juan Antoñito, se sentaba en los sillones que ocuparon aquellos señores y firmaba sobre las mismas ilustres carteras. Creyó por un instante coronada su misión de cuarenta y seis años de

rudo trabajo, y entre el pasado, donde el sacrificio de ideales muertos huyó su padre y él en la rota de Santa Inés dieciocho amargos días hasta Mérida, y el presente, tendieron su cariño y su orgullo un velo que ocultó los viejos odios, las ideas queridas, el ganado robado, la madre muerta de angustia, el padre que se puso desde el 64 más áspero que el cují de la sabana. Todo, todo quedó atrás, oculto, disimulado bajo la sombra negra de aquella levita ministerial entre la cual se erguía el Gárate moderno sobre la sencillez honrosa del pasado, con aquel legajo en una mano, tal vez el contrato de la Balatá Company Limited, y la otra en el bolsillo como un símbolo de todos los nuevos Gárate...

Por eso, en los ojillos grises de don Criso, el orgullo prendía una flama, cuando al apagar la vela, las noches que dormía en la casa y colgaba su chinchorro en la sala, veía antes de entregarse al reposo, después de catorce horas de trabajo, la elegante fotografía de su hermano con aperos de musiú».

Había entrado el invierno aquel año con más crudeza que de costumbre. A los cuarenta días del trueno los caños crecidos, la vegetación cargada de agua, el pueblo mohoso y más lamenable aún bajo la lluvia, luciendo la lepra verdinegra de sus techos y la lepra gris de sus paredes, el barrizal de la calle, el charco de los patios, y el llover copioso, continuado, con la firmeza de no acabar nunca... Pasaban a veces rayos de sol por los nublados que ayudaban a precisar la hora, pues desde la aurora, durante esa largas lluvias de septiembre, la media luz hacía pensar en una tarde eterna.

Los domingos, acechando el escampar, la iglesia abría su puerta sobre la plaza, cercada con una palizada de alambre de púas, alfombrada de guarataro; y en medio, carcomido, negro, para caer de un momento a otro como un borracho tísico que tuviera la cabeza enorme, el único farol con los cristales quebrados hacía un guiño al altozano enladrillado donde la salida de la misa anima por un instante la desolación de los alrededores.

Por la noche la luna alumbraba calles desiertas, casuchas y corrales cercados, o las sombras a niegan el pueblo. El farol de la plaza es entonces un solo punto luminoso que a través de las sábanas inundadas orienta el regreso.

Los sábados el padre Fuentes Pereira daba Catecismo. Iban todos los muchachos: granujas desarrapados que siempre cargan un trompo y una fruta en los bolsillos o chiquillos vestidos de un dril tan aplanchado que brillan como revólveres...

Verdaderamente, era monótono aquel eterno estribillo cantado por los muchachos, cuando luego de arquear las cejas peludísimas, acomodándose el pañuelo de Madrás lleno de hojas que le consolaban las parótidas, gruñía el cura: «decid, niños ¿cómo os llamáis? Responda cada cual su nombre: Pedro, Francisco, etc.». Siempre reían a esta parte. Un hijo de Claudia la de la posada, desmirriado, flacucho, con una vocecita como si se la arrancaran del tórax, era el más aprovecha- do; un poco por envidia, un poco por su pobre silueta de niño quebrado, le llamaban Etcétera.

- ¿Sois cristiano? -proseguía el cura dominando la algazara.

Sí, padre, por la gracia de Nuestro Señor Jesucristo. Así, en la penumbra de la iglesieta, dominados por el altar de palo y yeso dorados, señalados por un San Juan contrahecho, aprendiendo el evangelio abstracto y difuso que en pequeñas dosis de moral cristiana, y en un excelente castellano, demasiado excelente quizá, enseña Ripalda, los niños desorientaban su espíritu bajo la influencia de aquellas palabras, de aquel dorado falso, de aquel San Juan enano que indudablemente era un gran santo... Además, el cura sucio, sacudido por estornudos frecuentes, los dedos amarillentos de nicotina, dábales una idea un tanto cómica y grotesca de la divinidad.

Las Gárate, apenas despuntando nubilidad, tuvieron que reducirse al ható. Se acabó el catecismo, se acabó la plaza, se acabó el encanto del pueblo. Allí, en Santa Margarita», pasaron años... Ahora volvían a San Diego para no irse más seguramente; el jefe Civil no salía de la casa; decía Extrañón que en el Llano, el que no bebiera café en casa de los Gárate no bebía café. Cierta vez le oyó Crisóstomo y le repuso brusca- mente: ese gusto te viene de atrás, itu padre y tu abuelo y tu bisabuelo, todos han bebido café en mi fogón!

Tampoco escaseaba sus visitas el cura; icuando se reunían, aquéllas eran relaciones de la niñez del doctor! Comenzaban casi todas del mismo tenor: «cuando Juan Antoñito estaba chi- quito... ¡Qué precocidad de niño!, él recordaba una vez... ¡Vaya, hombre, ni podía contarse!

Y estallaba él solo en una risa estrepitosa que le aguaba los ojos... -No tenía seis años, no señor, no tenía seis años... Yo lo sacaba por la tardecita a que paseáramos juntos; me

gustaba oírle sus cosas. Recuerdo que estábamos parados en el paso del río, y me dice el fulano muchacho observando la corriente del Guara: «Pa que y por qué no corre pa atrás?». Yo me quedé perplejo, asombrado, créanlo; ¡decir aquello de aquel tamañito!

Vea pues añadió Extrañón ya ay se le comprendía la observación; el doctor tiene mucha retentiva.

Cuando empezaron los que estaban en la tertulia a comentar aquella genialidad, el viejo Gárate arrecostado el taburete, aseguró socarronamente que para niños precoces uno que le presentaron a él en el Pao de San Juan Bautista, sobrino del jefe civil. «No tendría más de cuatro años, un zutico tamañito safío alzó la mano de canto a una vara del suelo con ese gesto peculiar de medir el tamaño de los cerdos. Yo no pude menos de decirle:

- ¡Vea pues, tan chiquito y ya es sobrino del jefe civil!

CAPÍTULO III

A mí no me discuta eso; ¡justé es militar de los de ahora, de los de estas guerritas de orillas de empalizada!

Extrañón se inmutó un poco ante el gesto duro del viejo Crisóstomo:

-Pero es que la Federación....

- ¡Qué Federación hombre, si usted no sabe ni lo que dice! Yo estaba allí, yo sé...

Se golpeó el pecho, tiró el tabaco a medio fumar y añadió: - Yo oigo ahora esas conversas de los militares que gradan en su casa peleando con su mujer y me parece mentira que se haya falsificado hasta lo que era más de uno: ¡la guerra! ¡Bendito sea Dios! ¡Dígaselo a quien la vio de cerca bregando más de cinco años, huyendo en la sabana, peleando, como se peleaba antes, no el 92, que fue un pasco militar, con todo el mundo comprometido y poniéndole la cama a un doctor y aquel fulano Casañas que vino con un ejercitó, fue hasta Apure, declaró terminada la guerra y se llevó todo el ganado! Ahí mismo estaban los legalistas en la Cortada del Guayabo comiendo carne. ¡No, hombre, no jile...! ¡Usted no ha visto nada, usted no sabe lo que fue Santa Inés, esa Santa Inés donde nos derrotaron!, ni Coplé, ni Buchivacoa...

Yo lo que digo, general, es que eso le era en tiempo de antes, cuando se cargaba el fusil por el pico. Los demás rieron junto con Extrañón. Era la tertulia en la esquina de musió Miguel, el de la tienda, porque en el pueblo había otro que

negociaba ganado y se llamaba también Miguel. El grupo se reunía más numeroso los domingos; todos los desocupados, con el buen humor de los ánimos, con la nostalgia de la agitación que es tan intensa en los pueblos pequeños, frente a la plaza sola. Por ahí caía a veces el viejo Gárate, se cogía la palabra, enderezaba hacia el pasado el tortuoso andar de las conversaciones e iba provocando la atención con relatos pintorescos de cacerías, con rasgos del general Páez, con relaciones de campañas lejanas...

- ¡Venirme a decir que eso era en el tiempo de antes cuando se cargaba el fusil por el pico! ¿Y hoy? ¡Hoy, que ni lo cargan porque todo se vuelve pico! -y agregaba con acento burlón-: ¡El general Pérez Pantoja, que come gente viva! ¡El general Orosimbo, que se desayuna con muchachitos crudos! Embuste, embuste, éstos no han oído tiros nunca; triquitraques cuando van a encargarse de un puesto; ¡embuste! ¡Generales de mula gorda y machete con tarama de plata para que se lo crean los zoquetes...! No trabajen, hombre, no trabajen... Después de la guerra de cinco años, aquí no quedaron sino facinerosos y vividores. Si yo no tuviera qué hacer yo les referiría...

Era su debilidad. Y por halagarlo, sin mayor interés, se empeñaban:

-No, general, cuente....

-En primer lugar, yo no soy general; yo apenas llegué a Segundo comandante después de Coplé... -E iba a marcharse.

- ¡No se vaya!

-Es que tengo que ir hasta «El Aceitico porque Chamizas

me dijo que había visto en esos comederos la vaca oíría que se fue con el becerro; ya debe cargar un maute.

Pero se empeñaron; y él, todavía reacio, excusábase:

- ¡Y qué interés tienen ustedes en saber eso...! Esas cosas no les gustan a ustedes; como me pondrían ustedes atención es si yo viniera a enseñarles la manera de robar ganado. -Eso lo sabemos nosotros mejor que usted.

Estalló la risa. Por lo bajo, queriéndole picar el amor propio, uno insinuó:

-Díganle que los godos se huyeron.

-Oiga, mi Comandante -continuó otro, ¿por qué fue que tumbaron a los godos?

Gua, chico, porque no servían...

-Porque querían el coroto para ellos solos.

-Porque se metieron a brujos...

Don Criso oía en silencio. Extrañón observó, más político: Falta de Jefe.

- ¡Falta de jefe! ¡Hijos de puta...! ¡Falta de jefe! Y ¿quiénes los tumbaron? Una cuerda de bandoleros, una porción de carrizos como ustedes.

Gua, viejo, no se caliente. La cosa es que... -y el Botica- rio haciendo un chasquido con la lengua se pasó el índice por la garganta.

Entonces don Agapito Brizuela, Agente de Papel Sellado, hombre de principios, comenzó a exponer razones de peso: el malestar del País, el empréstito, la democracia humillada por los mantuanos... ino se podía ni ser cura!

No pudo continuar, no le dejó continuar el bachiller Martínez, maestro de la escuela Federal mixta número 120:

-Allí hubo otras causas. Razones étnicas, causas sociales, profundas causas sociales, magüer digan lo contrario los intelectuales de Caracas, que creen que acá en las apartadas regiones, en la provincia, pues, no existen cerebros que...

Pero don Criso, rompiendo aquella verba que comenzaba a hacerle desertar la gente, interrumpió al maestro de escuela:

- ¡A mí no me vengan con empréstitos y sociedades y cosas en fa, no sea virote! Allí no hubo nada de eso... de técnico... de búlico..., de eso que dice usted...

-Et... ni... co-pronunció con una sonrisa el Bachiller Martínez.

-Pues bueno..., eso. Allí hubo, allí lo que hubo fue anarquía de nosotros y espíritu de bochinche y ganas de cogerse el tereque.

-Es que, actualmente, razones psíquicas...

- ¡Ah carrizo! ¡Hombre, cálese! Allí lo que hubo fue ganas de cogerse el coroto: por eso nos separaron de Colombia, por eso amarraron a Vargas, por eso vinieron once años monagueros junto con los centavos negros, por eso los tumbamos y por eso fue el pescueceo del 58; se pasó Castro; se retiró Tovar amarraron al viejo Gual; don Ángel pedía el hilo; trajimos Páez, o a don Pedro José, porque el general Páez ya era un loco viejo que en lugar de ocuparse del asunto, con los federales por todas partes, se ponía a tocar piano y a cantar con musiú con unas niñas de Villa de Cura. ¡Qué razones psíquicas, ni qué razones psíquicas!, dejadez... vagabundería... Mientras nos ponían morados a plomo en Barinas, los señores jefes andaban politiqueando...; mi compañero José Leandro con una correspondencia en Barquisimeto...; el general Silva topa con el enemigo en San Lorenzo por mediados de abril y... si alguno murió allí fue de parto. ¡Razones psíquicas... razones pícaras, más bien...!

Reían. Por debajo de aquella risa, de entre la porción de frases irritadas brotaba, más o menos puro, el triste proceso de aquella guerra, de aquella época...

-¡Los godos, los godos! -continuó exaltado-. ¡Cómo es posible que vengan hasta hoy a decir... zoqueteadas, cuando los gobiernos conservadores son la única camisa limpia que se ha puesto Venezuela!

-Yo observaba -declaró al fin el bachiller Martínez con tono moderado y conmigo están de acuerdo los historiadores importantes, que el proceso federativo, salvo la

Implantación de adelantos un sí es no es pertinentes, el decreto de garantías, y las grandiosas reformas que, en la instrucción pública, fuente primordial de....

-No cuartee, compañero, ino cuartee! -interrumpirle Extrañón ya metido en lo hondo de la disputa, mientras don Agapito Brizuela a su vez hablaba exaltado, desahogado, de los fusilamientos de Herrera y Paredes, de aquella vaina que echó el Esclarecido ante la población de la capital cuando regresó de Petare.

- ¡No ve, ya apareció la vaina! Es que, con ustedes, carrizo, se puede, no se puede discutir... Si ustedes hubieran visto como vi yo lo que hicieron los federales con los muertos en la pelea. ¡No venga con eso! No había cadáver que no estuviera con los genitales metidos en la boca. Pero eso de la vaina que dicen ustedes no fue así: el Esclarecido llegó dignado a Caracas, desenvainó la espada, botó la vaina y dije que no la envainaría de nuevo hasta no acabar con los ferales... ¡Hombre, eso qué tiene de denigrante, si desde que esos diablos vinieron todo ha sido ruina y ladronería! Antes de la Federación no había cují en el Llano.

Bajo la palabrería accidentada, como un grifo de lavar platos corría el discurso del bachiller hacia el silencio y hacia el sueño... esbozando sacadas angulares de brazo, con los dedos en guiña, que al afirmar convergían hacia abajo, y en los períodos dubitativos a un lado, y en los apóstrofes de frente como una cornada, y al resumir su tesis describiendo una curva por cerca de la nariz de Brizuela indignado, trataba de terminar su peroración y no lo lograba porque las ideas se le enredaban en las palabras: - ... y son estas razones las que, a la verdad, pueden llamarse

de historia, propiamente dicha, no sólo en sus relaciones con la sociología, propiamente dicha, si que también en las manifestaciones características ora de las costumbres, ora de los sucesos, ora de las tendencias, ora de la fusión racial, ora del ancestro, ora de la hegemonía... Aquello hubiera durado una hora, si don Criso no coge la palabra en un golpe de tos llamándolos bestias; burros huérfanos y todo lo que le ayudara a dominar la contradicción; en otro tiempo les hubiera pegado unos cabezazos; ya estaba viejo y sabía discutir mejor. Así que, llamándose a la calma, exclamó:

- ¡Pero parece mentira que ustedes porfien una cosa de la que no pueden tener conciencia!

- ¡No, no porfiamos! Verificamos los hechos-repuso Brizuela.

-Lo demás sería profanar el templo de la historia-afirmó el Bachiller.

-Alegamos lo de nosotros añadió Estranón cambiando la mascada. Yo no sé habla fino, yo lo que sé es echa palante y Dios y Federación. ¡Yo no hubiera servido nunca con el general Páez!

-No hombre, ni que hubieras querido...

- ¡Por qué no; gual!, acaso yo no sirvo, pues. No viejo, yo no soy tan asina....

Pero éste se volvió relatando:

-Cuando el Esclarecido pasaba revista, todo zambo como éste-designó sin ver a Estranón-cabeza de mono, ojo blanco, mano lisa, lo daba de baja... Decía que eran cobardes, traidores, malucos en los tiros... ¡es como la bestia de dos pelos!

El mulato se puso cenizo de ira, lo vio de lado y no contestó una palabra. Respetaba las canas y la mota de la inseparable lanza que le colgaba al viejo llanero por debajo de la camisa de garras. Pero otro que temía el giro agresivo de la conversación, observó: -Bueno, sea-como sea, pero no hemos dejado que el comandante cuente lo que iba a contar...

Aludido, apoyó su taburete a la pared, y con un semblante al principio sereno, luego reflejando todas las impresiones del relato, cortado a veces por un terno rotundo, vacilando en otras por un nombre confundido, por una fecha olvidada, fue Barrando «cuando nos incorporamos a la guardia del general Manos que le mandaban Mariposo y Esteban Palacio... Mi padre y yo solamente entre peones de «Santa Margarita», pisatarios y gente de aquí mismo del pueblo, paramos en una Boche más de trescientos hombres... Llevábamos gente enferma desde San Carlos: Miguelito Crespo y un muchacho de nombre Venancio de esos lados de Las Palomeras. Nosotros salimos de San Carlos a fines de Octubre, como dos mil hombres, dejando medio batallón en Barquisimeto; en El Tocuyo incorporamos al comandante Rubín con mil seiscientos más de buena tropa. Para el 4 de diciembre ya estábamos frente al enemigo que trafa, según decían en el campamento, como tres mil y pico de hombres. Con el general Brito no se podía contar porque desde media- dos

del otro mes lo habían reventado los federales en El Caimán... Bueno, estábamos frente al enemigo y ya empezaban los chismes y los desacuerdos. Rubín quería hacer lo que le diera la gana; en el Real se presentó un brollo: el jefe del estado mayor quiso poner a Rubín a vanguardia «para que se luciera; pero el comandante Jelambi no aceptó retirarse así dejando su puesto delante del enemigo... Por fin Rubín dijo que más valía un jefe malo que dos buenos y se vino a que darse donde estaba, pero siempre el coronel de las Casas y él se estaban tirando puntas, hasta el mismo día 10, después del tiroteo en La Palma, que entramos a pelear con fundamento. La primera división cargó sobre las guerrillas que se atrincheraron por todo el camino a lado y lado... entonces sí fue el plomo serio... Mi compañero Jelambi empuja duro su gente, pide otro cañón... le contestan que avance, que ése es el mejor cañón; comprende que le están matando la gente de balde, cree conveniente retirarse, y vuelve a contestar el coronel de las Casas que si no quiere avanzar pase a retaguardia... mi compañero se le vino encima para que se lo repitiera. Cuando de vuelta ya, la última vez que lo vi, iba a ocupar su puesto, pasó y le dijo a mi padre: «compañero, están empeñados en que me maten... Y le pegaron un tiro: cayó como con veinticinco oficiales más... Ya al mediodía estaba tomado el trapiche.

Así, a retazos, con cóleras y profundas conmociones de voz, continuó relatando aquel duelo terrible de la batalla...; la combinación de las trincheras federales; las dos divisiones que muerden el polvo y cuyos restos avanzan siempre aplastando heridos bajo las ruedas de los cañones; la fusilería que conmueve el bosque en la paz solemne del mediodía durante tres cargas consecutivas; un sol

magnífico... por el tropel de la batalla pasan galopando ayudantes... De tiempo en tiempo se oye el alarido de las cornetas que provocan, y es Jelambi, caldo entre sus valientes, y es Pérez Arroyo sujetándose con una mano las quijadas destrozadas por un balazo y con la otra tirando machetazos locos a las trincheras que escupen granizas de plomo; es de las Casas, que al recibir la noticia está destruida la primera división, que entre la segunda», responde, cruza la pierna sobre el pico de la montura y enciende un cigarro...; es la lucha palmo a palmo, es toda la raza en aquellos seis mil hombres que se van a las manos encarnizados, fatales, mientras por el cielo, sobre la tierra, un sol de verano arroja su luz cruda entre la cual los fusilazos son como puntos encarnados... Lentamente surgen las oscuras humaredas del fondo del bosque; en la angustia del asalto, los heridos se asen a los árboles para no perecer bajo la patulea de la refriega... En la lucha cada vez más tenaz, cesa, entre el humo y entre la cólera la noción de la hora... Queda sobre el camino una pieza de artillería que se disputan de una y otra parte...

- Yo agarré ese cabo de sogas aquí... -alzó la mano callosa, como meciendo una sogas invisible, todo estremecido y le pegué el lazo y le dimos vuelta en un palo arrastrando el cañón entre esa gritería...

Detuvo el relato, sonreído, feliz, con los ojos fijos y brillantes como percibiendo el antiguo recuerdo heroico hacia el fin de la calle... Desde la esquina, a lo lejos, la sabana de los primeros inviernos verdeaba bajo un horizonte plomizo; trafa la imaginación el panorama distante de las batallas; tropas arrebuajadas que marchan azotadas por la lluvia, vado de grandes ríos; dispersión de

guerrillas perdidas... Todo el pasado de la guerra larga, toda la evocación de las horas amargas por carreteras de tierra colorada llenas de sol...

- ¡Después -continuó suspirando- después fue el desbarajuste...!

La derrota... A media noche, cincuenta hamacas de heridos sacadas a hombros; la orden de retirada, en silencio, al oído de los oficiales, distrayendo la atención del enemigo con fogatas... acallando el rumor de la marcha sobre los muertos... mientras los heridos se arrastraban, como larvas, buscando agua, mientras por todo el campo una hermosa luna de pascua, redonda y clara, tendía sus mortajas sobre mil seiscientos cadáveres.

-Y cuando creímos que nos íamos lisos, ya en La Palma, de mañanita, nos pica Zamora con la caballería flanqueándonos la izquierda, ¡aquel catire maneto que me parece estar viendo en una mula parda con unas flores amarillas, en el kepi y el bigote que parecía una váquira!

La rota... Un movimiento envolvente; Rubín da cara, se traba la pelea de nuevo en tanto pasan a salvo los heridos, el parque, la impedimenta... el general Ramos recibe una herida... Maporal... y otra vez aparece Zamora, pero por van guardia, con sus caballerías incansables que llevan un infante a la grupa y que se despliegan ordenadas al alarido de su corneta para ir a emboscarse en El Bostero; mientras Falcón estrecha la retaguardia... Rubín toca alto y frente despachando ayudantes a parar la cabeza de la marcha, o sigue lentamente, sin dar espacio adelante para tomar posiciones, bajo el fuego que va diezmando las filas; y en

esa primera jornada, desde Torunos, de donde se siguió marcha toda la noche perdiendo tropa, dejando heridos que se echaban a un lado del camino para morir de una vez, tres encuentros...

Luego la marcha: las sábanas ardientes, los terrenales que destrozan los pies y despean las bestias; la muerte a cada instante. Hay casos de fiebre....

-Entramos a Barinas con trescientos y pico de heridos, y hasta allí, desde la propia Santa Inés, en un día y una noche peleamos en El Bostero, Maporal, Torunos, Caroní y Punta Gorda. En Barinas pasamos tres días de sitio, comiendo carne de burro; y después... ise acabó aquello!

A la salida, Casas se defiende a tiros, con la cara ensangrentada, y cruza la sabana del Carozo abrazado al cuello de su caballo, perseguido por un grupo de jinetes. Rubín queda desmontado, se sostiene cuatro horas y media con varios oficiales, carga desesperada, con un ímpetu salvaje, y el enemigo huye incendiando la sabana, entre el humo, entre las Hamas que asan los heridos agonizantes y por sobre cuyas hogueras los caballos sueltos corren enloquecidos...

Y, sin embargo, todavía, icarrizo! si cuando el coronel de las Casas pensó meterles un empujón con todos los batallones no se encuentra con que Rubín dice que no, que es un movimiento falso, que nos estaban poniendo un peine como el de Santa Inés Jah caray, icompañero! allí, ien aquel banco de saba- se queda la Federación con doña Juana y con Antoñito Guzmán y con todo bicho viviente!

La rota...; la huida loca por el estrecho camino, de uno en uno, costeando por muchas leguas el río, y Zamora picando adelante en cada vuelta del sendero, hasta que perdidos en la montaña, en la selva solemne, algunos quedan ahorcados en los bejucos que entrecruzan las veredas, otros salen desbandados a trepar la pica de Mucuchíes, hacia los Páramos... Y a los dieciocho días entran a Mérida destrozados, enfermos, hambrientos, sin armas... El coronel de las Casas es el único oficial que lleva la espada ceñida...

Habían cumplido. Sobre los errores de la batalla quedaba fijo el relámpago de un heroísmo triste; y el esfuerzo correspondía a una fe, estrecha, insensata, tan estrecha y tan insensata como la de sus adversarios, pero fe al fin, creencia en algo, afirmación de un principio abstracto, un poco borroso, un poco sangriento.

Cuando el viejo llanero se levantó para marcharse, el grupo permanecía silencioso, mirándolo desatar el caballejo que ramoneaba allí cerca... Parecía más alto, más joven; los ojillos grises, tenaces, duros, clavárnosle en los rostros de los que se quedaban, pensativos, cabizbajos, contra la tapia ruinosa de la bodega de musíu Miguel-El Progreso Nacional. Víveres y frutos. Se compran cueros».

- ¡Con Dios, señores! -díjoles. Echó la pierna al rocín cogiendo apenas con el dedo gordo del pie la correa de la estribera, y se partió, bajo las últimas luces de la tarde, sabana afuera...

Alguno don Agapito Brizuela o el Bachiller Martínez, rompió el silencio:

- ¡Eran hombres, carajo!

Extrañón sacudió la cabezota sobre un cogote macizo, ter--so. Rechazó con el talón el taburete donde había permanecido agazapado, y escupiendo de soslayo un resto de tabaco a medio mascar, exclamó como para sí:

-Tal vez serían, ipero la perdieron!

CAPÍTULO IV

EN MEDIO del entusiasmo, sólo les ocurría una contrariedad: la opinión del viejo. Así que cuando llegó saltáronle presurosas con el papel en la mano.

- ¡Nos vamos para Caracas!, ¡nos vamos para Caracas!

Y como no le explicaban nada ni le daban tiempo para amarrar la bestia, les gritó impaciente:

- ¡Pero qué brollo es ése! Váyanse más bien para adentro mientras le pico pasto al animal. -Decía esto porque seguido de ellas y con la mula de diestro había llegado hasta el pesebre.

- ¡Una carta de mi tía Elisa! -Y mientras concienzudamente comenzó él a picar haces de hierba, interrumpida por los relinchos de la mula que husmeaba el pasto fresco, Chucha leía: "Mi querido hermano: Esta es para usted y para las muchachas. Hace más de dos meses que no se sabe nada de allá y esto nos tiene preocupados. Ayer me dijo Gárte que le iba a escribir, pero como veo que el pobre materialmente no tiene tiempo, he resuelto hacerlo yo para informarme de ustedes, aunque espero en Dios no tengan novedad. Y aprovecho la oportunidad para manifestarles el deseo que hace tanto tiempo tenemos Gárte y yo, que las muchachas vengan a pasar una temporada con nosotros. Siempre estamos pensando en lo triste que debe ser la vida allá y lo agradable que sería para ellas conocer a Caracas. Así, espero que nos complacerá y procurará traerlas pronto; más ahora que se acerca el carnaval, en que gozarán ellas mucho, pues es una de las fiestas mejores aquí. No

necesitan hacer grandes preparativos, pues como aquí todo es más fácil, ya las arreglaremos. Espero, pues, que cuando me escribió...

- ¡Pero estate quieta, demonio! La mula, impaciente, quería arrancarle de las manos la hierba.

...que cuando me escriban me digan cuándo es el viaje, que creo no será otra su contestación, porque usted comprenderá que no es natural pasen la vida las muchachas allá metidas sin distracciones, etc..” Seguían se reflexiones de todo orden y empeños y ofrecimiento, a tal extremo que una vez terminada la lectura de la larga carta el viejo se encogió de hombros: ¡Eso lo resuelven ustedes!

Hubo entusiasmo y besuqueo y papaíto viejo. Esa tarde la comida estuvo más temprano; no se oyó el grito de costumbre, imuchachas, el agua de los becerros!, porque los dos terneros, antes de la hora habitual, metan plácidamente sus belfos en las camazas rebozadas. Chucha le ofreció tejerle un pellón en Caracas. Pero la otra, cuando volvió a tratarse el asunto concretamente, dijo de pronto: «No, yo no voy, yo me quedo con mi papá. Y no hubo forma de convencerla: la hermana la llamó campesina, llanera, zoqueta; la misma vieja Dolores, a pesar de quedarse sola y de no poder hallarse sin Cándida Rosa, insistió de todos modos. Sólo el viejo, viéndola un rato a los ojos, comprendió cómo se reflejaba en ellos, tan mansos y tan dulces, el alma selvática de su raza, el mandato supremo de aquellas generaciones que alentaron y murieron en sus llanuras... Él se contentó siempre con encogerse de hombros y repetir ésta es cosa de ustedes. Pero lo que no era cosa de ellas, las treinta o cuarenta onzas que aquel viaje

significaba, No estaban tan largos en Santa Margarita». La peste había diezclado los hatajos y una madrina de caballos íntegra se había ido muriendo en el verano pasado. Sin embargo, aquel contento de la hija, aquel entusiasmo con que acogió la idea del viaje y hablaba de él a cada instante y hasta contestó en nombre de su padre aceptando, habían decidido sus reflexiones de economía, y a mediados de febrero, cuando los cañadotes comenzaban a secarse y el Guara deslizaba por entre la greda reseca de las barrancas un caudal turbio e insignificante, Chucha y su padre abandonaron el Llano.

Fueron muchas jornadas... En la alta madrugada, casi al filo de media noche, empezaba el viaje hasta que el sol, ya caliente, obligaba al sesteo; de tres a cuatro otra vez viaje: así, por varios días, parando en posadas campestres, alegres de carros, de recuas, de atmósfera errante o apartados lugarejos. al amor del sendero... Y pasó el paisaje de los llanos, de los palmares, de los ríos casi agotados; luego las montañas, algunas empinadas, peñascosas, con la carretera en cuesta; después las costas, y, por último, la gran llanura movediza y oscura, el mar... Vagos recuerdos de un paisaje de aurora, de una mañanita fría, con muchas flores de pascua azules y rosadas goteando rocío sobre los senderos sombríos; claros de bosques; márgenes de cañadas, resonantes de guacharacas; mediodías en que el sol reverbera y embota las ideas en un calor que a veces mitigan ráfagas tibias; tardecitas dominando una cuesta, bordeando aguas que saltan; la trota alegre de las bestias que husmean pesebre bajo las primeras estrellas... Y a veces, en algún trecho de camino, puntas de ganado en marcha que mugen respondiendo al cantar penetrante, un poco nasal, pleno de hondas tristezas, cortado por un

chasquido gutural o por una copla y que se prolonga hasta el horizonte, por entre los palmares, muy lejos.

Don Crisóstomo regresó a los pocos días; se devolvió de La Guaira, donde bajaran a recibirlos su hermano y su cuñada. No pudo conocer a Gustavo Adolfo, el sobrino, pues según le informó Juan Antonio, como aquél estaba preparando sus exámenes de segundo año, le fue imposible bajar al puerto. Don Crisóstomo se resistió a seguir para Caracas. Contestó secamente que él de volver a la capital sería cuando mandaran los godos. La cuñada, con un mudo asombro en los ojos sonrientes de cuarentona buenamoza, quiso insistir, pero su marido la interrumpió:

- ¡No, hija, lo que es eso no lo consigues; tú no conoces a Crisóstomo! Gracias que resolvió embarcarse, porque hubiera sido capaz de traernos a Chucha dando la vuelta por Colombia...

Se regresó de La Guaira, llevaba una impresión panorámica confusa: el mar, muebles del camarote, una dentera de vómito y naranja agria. Aquel hombre alto, moreno, conversador, vestido de franela clara, oloroso a Colonia, acatado y saludado a bordo, en el muelle, en la Aduana, acato y saludo que se extendieron hasta él mismo al saber que era hermano a pesar de su flux cortado en San Fernando, de sus zapatos de percha que chillaban horriblemente y del sombrero pelo de guama» amplio y tupido como un toldo-. Aquel hombre poderoso que muchos años antes él sobara con un torcido y que ahora lo abrazaba como protegiéndolo, como dignificándolo, era su hermano... ¡Su hermano! Algo que él formó y vio crecer, algo que, no obstante pertenecerle, le imponía el respeto

del grado y el respeto del traje; por ese hombre iba hasta San Diego la influencia oficial, como una onda de aquéllas que restallaban en el tajamar, a barbotar adulancias en los labios del jefe civil o a llorar agudos calderones en las cuerdas del violín de Anselmo. Y era por él también que aquella mujer vagamente rubia, envuelto el cuerpo elegante en telas costosas y el rostro en un velo que, cubriendo la copa de su paja de Italia, le arrollaba el cuello y caía sobre los hombros, tal vez demasiado gruesos, por él que aquella mujer le sonreía, le preguntaba detalles de su remota existencia, le sonreía con unos labios de orore; y cuando lo abrazó para despedirle, nunca ya más pudo abandonar su recuerdo aquel perfume de comodidad, de jabón fino, de piel ascada...

A la borda del navío holandés, bajo una tarde gris que borraba las cumbres del cerro, los flancos profundos y las escarpaduras de Cabo Blanco, pensó viendo hacia allá, hacia las casas del puerto, en el aire confundido con que su misma hija, por delicado instinto de mujer, véale como demasiado rústico y humilde entre aquellas gentes tan bien vestidas, analizando la atmósfera indulgente con la cual, durante el almuerzo, trataron de disimular sus cortedades y las de su hija, comparando esta muchacha fuerte, de carnes morenas y duras con la tía delicada que se quitaba un sol ridículo poniendo sobre los ojos la linda mano cubierta de sortijas, sintió que algo se quedaba detrás de aquellas montañas que angustiaban su espíritu, algo suyo, muy suyo, trepaba cerro arriba en el tren, que visto desde el barco semejava un ciento-pies al aparecer por instantes en los estribos del monte. Detrás del monte estaría la ciudad tendida y desigual, como la viera él por primera vez desde «Caricua» después de la derrota en Las Adjuntas;

lo pasaron por San Jacinto amarrado junto con otros presos; y recordaba calles muy largas donde se agolpaban curiosos, y en esas calles una niebla fría... Durante la campaña le habían crecido las barbas y un granuja gritó señalándolo: ¡El Padre Eterno! ¡Ahí traen al Padre Eterno!».

Entre el cielo gris claro y el agua oscura flotaban sus recuerdos. Un nombre, Maiquetía, dicho por alguno de los pasajeros mostrando un pueblecito a la derecha, continuó reviviéndolo el pasado: allí entró él peleando, allí se sostuvo contra las guerrillas de Aguado, y algún día, en aquellas mismas aguas, atado codo a codo, entre una canoa angustiosa que llevaba y bajaba el oleaje de la costa sin tajamar, lo embarcaron como ganado para el castillo de Puerto Cabello, después de la pelea de Arauca.

El navío holandés corría mar adentro. Un filo de luna cortaba el cielo, ya más aclarado; olía a alquitrán, a estopa, a pintura. La costa se hundía en las aguas tersas del horizonte. Un catire alto, antipático, con el pelo color de cocuiza, subió a la toldilla. Sonaron dos campanadas del cuarto de guardia. El barco saltaba sobre grandes olas oscuras, cuya espuma hervía salpicando la cubierta, a la furia del viento. Detrás, la hélice iba dejando un camino ancho y plano de un verde-botella, taraceado de copos blancos.

El viejo se envolvió la cabeza en un pañuelo de hierbas y bajó tambaleando a su camarote. Se encendían las luces. El compañero de litera, un andino que iba para la Aduana de Guanta, vomitaba en la jofaina del lavabo sujetándose los

calzoncillos, y entre arqueo y arqueo le preguntó suplicante, pálido, con la frente sudada:

-¡Ala!, ¿el amigo no conoce una contra para el vómito?

Ya venciendo las pendientes de Boquerón, Chucha vio alejarse como un punto negro, como un cigarrón sobre el mar, el barco donde iba su padre; pero eran sus ideas tan fragmentarias, tan imprevistas, que pasó del estupor a la indiferencia.

Percibía apenas tras lo que observaba un remoto parecido con lejanos recuerdos: las aguas del estero, las aguas quietas de las sábanas inundadas, eran las mismas aguas de aquel pedazo de vidrio azul turquesa donde se reflejaban nubes pálidas, que allá, en la última línea, prometían horizontes de una claridad de sueño entre la superficie tersa y esas barras de nubes amarillentas que inclinaban sus perfiles a la dirección de los vientos marinos.

Y maneras, palabras, trajes, todo tan distinto! Sin duda aquello llegaba de atrás de los cerros que la locomotora vencía, de entre una gente toda así, bien vestida, bien hablada..., todas las mujeres bonitas..., todos los hombres afeitados; luego distinciones: la de su tía y otra señora que iba en el vagón: ésta vestía mejor; más llamativo el traje a rayas verdes y rojas. ¿Por qué su tía Elisa usaría aquellas telas descoloridas? A Chucha le hubiera gustado para el velo blanco un vestido azul con adornos rosados; y luego el calzado... Instintivamente escondió bajo su modesta falda de muselina los borcegués comprados en Carúpano. Pero

le daba tristeza su padre, su papaíto ya viejo con aquella vida tan mala desde la madrugada; y veía a su tío Juan Antonio, gordo, rozagante,

con el grueso tabaco en la boca, echado en el asiento leyendo periódicos. Cuando se asomaba al ventanillo, de un lado el cerro, del otro también, pero de rato en rato asomaba por las quiebras al término de pendientes vertiginosas pedazos de la mar cada vez de un azul más desvaído. Ya el aire frío se dejaba sentir. Fue otra sorpresa el cruce con el tren que bajaba de Caracas. En la Estacioncita del Zigzag gritaban pidiendo despacho, un grito apurado, cómico, con cólera y súplica: -¡Oye, chico, una limonada!

- ¡Una limonada!

Los vagones, como casitas de nacimiento; asomaban por las ventanillas cabezas de pasajeros, siempre gente decente, siempre gente bien vestida. Una señora alzaba su velillo para tomar algo, y secábase luego los labios orlados por un bigotito de espuma. En el fondo del vagón, las manos cruzadas sobre el pecho, un viejo de barba blanca vefa el barullo con una mirada benévola. Dentro, en el botiquín, exigía la misma voz: - ¡Oiga, vale, una limonada, una limonada para su vale! El tren continuó su marcha. Todo aquello fue quedándose atrás. Ella ola que decían, entre muchas cosas, siempre lo mismo eso es del mala-real», «porque el mala-real no se irá hasta la tarde», «yo creía que el mala-real esperaba el segundo tren». ¡El mala-real! Pensó que así debían llamar al viejo de la barba; quiso preguntarlo, pero no se atrevió, le dio pena. ¿Pero por qué

aquel apodo a un señor que parecía tan bueno? ¿Sería algún torero? Bueno, pero los toreros no llevan barba...

Los pitazos continuos anunciaron la ciudad. Primero corrió el tren frente a tapias llenas de letreros. «Fume usted La Hidalguía», «Vuelta abajo de Pérez y Morales», «El Jabón Las Tijeras no da uñeros», «A la Compagine Françoise, últimas novedades de París», «Limpie usted sus riñones. Piperacina Midy... Después, silbando más a menudo, cruzó por ante. casitas en cuyos corredores gentes como de cera abrían la boca diciendo algo, saludando con la mano; luego, choque de hierros que conmueven los vagones, una enorme cantidad de tejados desiguales, una acera atestada de gente, y la media luz de una bóveda de zinc, Caracas..., mientras por, sobre todo, escondiéndose en el cielo nubarroso, la montaña tiende sus faldas como para recoger las cerezas de los techos y sacudirlas luego hacia los valles del sur...

Un tanto desconcertada por los menesteres de la llegada, por los abrazos y los saludos y las caras desconocidas, y el tono zumbón y, por último, duro con que un mozo alto, lampiño, en quien reconoció al primo Gustavo, rechazaba a un sujeto colorado y gordo que le metía una tarjeta por las narices: -El Gran Hotel «Tequendama», señorita, el mejor de Caracas, buena comida, baños, luz eléctrica, excusado de agua... y detrás de éste cinco, seis, mil chillando nombres de hoteles fantásticos, de empresas de transportes, vendiendo bocadillos de Cúcuta. Al fin, en el coche, entrevió las calles anchísimas, los faroles, los policías de las esquinas... y gentes por las calles, en las ventanas, coches que cruzaban tirados por caballos muy grandes hacia una casa muy bonita frente a la estación y en

cuya puerta se alineaba una guardia. Y, sobre todo, un olor repugnante, fijo, que mareaba, obligándola a llevarse el pañuelo a la nariz....

-Es el gas -explicó Gustavo sonriendo-, hay que acostumbrarse. Percibió en aquella sonrisa un pequeño desdén, y aunque la seguía apestando aquel olor antipático, lo

soportó haciendo como que no se cuidaba de él... De pronto, observó, revisando de prisa el coche, alarmada:

- ¡Adiós, y se quedó mi baúl!

Otra sonrisa:

-No, atrás vienen los equipajes.

Y lo mismo que con el hotel, y el gas, y con el baúl, aquella sonrisita la mortificaba tanto que juró quedarse callada aun cuando se le viniera Caracas encima. Pero se detuvo el coche, hubo un pequeño tropel en las aceras y antes que ella, tímidamente, se atreviera a preguntar, pasó saludando a su tío con una sonrisa, jinete en un caballo lindísimo, seguido de varios oficiales galoneados con crineras sobre el casco de cobre, un hombre de barba negra, arrogante, los labios muy pronunciados, el herraje de plata... Ella observó que todos se descubrieron... ¿Quién es?

- ¡Crespo, el Presidente de la República!

Reanudado el tráfico, su tía exclamó con entusiasmo: ¡Qué hombre tan simpático! Es llanero, Chucha, como tú....

-Aquí vas a estar por ahora; yo quería ponerte más cerca de mí, pero la antesala está ocupada con el escritorio de Gárate y ¡figúrate!, llena de papeles... Por eso queremos mudarnos: esta casa no es cómoda, no cabe nada; tengo el servicio de dos en dos en cada pieza. Aquí estás cerca de Clotilde, la muchacha...

Decía todo esto su tía arreglando detalles de la habitación preparada, abriendo el escaparate de espejo; haciendo colocar en la cama toda la ropa de Chucha que la sirvienta iba sacando de un baúl de cuero claveteado que tenía en la tapa marcado con tachuelas, en letras enormes, las iniciales de su papá, J. C. G., y extendiéndola sobre las sillas.

¿Por ahora? Siempre hubiera estado ella allí, en aquel lindo cuartito, con su juego de nogal; la camita velada en blanco, el lavabo de mármol, el bombillo de gas con su llave al alcance de la mano, la alfombra espesa, el balcón abierto sobre la calle concurrida, sobre la ciudad...

-Tú ves: allí mismo el baño y.... lo demás-añadió sonriendo su tía.

Ella, un poco ruborizada, ayudaba a arreglar la ropa blanca, sus vestidos; más de doscientos pesos que gastó el viejo en San Fernando.

-Deja, niña, deja que Clotilde te arregle eso; ahora subo para que me cuentes... de allá..., de tu papá..., de tu hermanita..., de tu novio....

Se rio con toda la boca, una risa sana, franca, harta de salud, de pureza. Y protestó que no tenía novio, que en su casa estaban buenos, que su papá era tremendo, que estaba encantada de su cuartico...

La tía tornó a observarle:

-Es lo mejor que podemos ofrecerte; no está tan lejos, mira y cogiéndole de la mano la llevó hasta la puerta, junto a la escalera-; ves, al bajar, a mano derecha; allí dormimos. ¿Tú no eres miedosa?

Chucha preguntó de pronto con ímpetu infantil:

- ¿En Caracas no sale la sayona?

Y como la tía cambiara una sonrisa con Clotilde, la misma maldita sonrisita del coche, corrigió prontamente:

¿Miedo yo? No, ¿y a qué?

-Aquí, mijita, no sale sino el premio de la Lotería cuando no se ha vendido el número -y le refirió horrores del sorteo: ella jugaba en todos, hasta los extraordinarios. ¡La tenía arruinada Juan Pablo Pérez! Pero se cortó para decirle que la habitación de enfrente al lado izquierdo del comedor era de Gustavo. Aquélla, aquélla de las dos ventanas. Más allá, el servicio: Juaniquita, Clotilde, la cocinera y un señor Martínez Chirle que le escribe a Gárate. ¡Tiene tanto que hacer el pobre! De aquí, tú puedes bajar por la escalera que da al otro patio, porque como el corredor se la pasa lleno de

gente..., un horror de gente que escupe, bota cabos de cigarrillo. ¡Ay, mijita, los políticos de tu tío!

Hablaba ella como disgustada del ambiente ministerial en que se veía obligada a vivir y para no dejar comprender una satisfacción sincera; parecía que el tono de sociedad le prohibiera la franqueza del perpetuo regocijo de su situación, el respeto con que se le hablaba, la deferencia con que se le atendía y se le abrían cuentas en todas partes; todo esto mostraba disgustarle a pesar de la jeringoza que ya sabía tan bien: «Fulano, buen elemento», «Perencejito, que está muy bien con el general». Ella no comprendía al Ejecutivo en sus altas funciones sino cuando veía a Gárate de frac, la medalla de segunda clase sobre la corbata blanca, en coche de librea para ir a presenciar la inauguración de una esquina o el monumento de un prócer dudoso. -Todo lo demás, cuestión de puestos, niña, lo tienen loco; no lo dejan almorzar, ni comer, ni ir al teatro, ni ocuparse de nosotros... ¡Desde las seis de la mañana es esto! Y es lo que él me dice: voy a tener que renunciar, yo no puedo vivir así, yo necesito mi tiempo para pensar en los intereses que me están confiados... Esta es fecha que no he podido ni ocuparme de la familia, del mismo Crisóstomo. Yo, por ayudar al general, ¡pero materialmente es imposible!

En efecto, raras veces, apenas a la hora de sentarse a la mesa, veía Chucha a su tío. Llegaba siempre de carrera al comedor, comía cualquier cosa, decía frases amables, o irritadas, o triviales; se extendía en cortos relatos acerca de las ideas que él comunicara al general, cuando el general «que no tiene nada de bruto» hacía una observación hiriente, observación que siempre él interpretaba como dirigida a sus adversarios del gabinete; a García Antúnez

especialmente. Pero otras veces la casa estaba sombría; las audiencias eran cortas, se violentaba de palabra contra algún infeliz de saco verdoso que iba a buscar un puestecito donde colaborar por la situación»; y en el comedor entonces no se oía sino el ruido de los cubiertos, preguntas aisladas...

- ¿Trajeron las tarjetas?

-Sí, sí, señora-se apresuraba a responder Martínez Chirle, vejete triste que comía en silencio, metiéndose de vez en cuando el dedo por entre su cuello-corbata almidonado, porque le estorbaba el botón de níquel.

El Ministro, preocupado, interrogaba de pronto a Chucha como para distraerse:

- ¿No has recibido carta de tu casa?

-Sí; mandan cariños. O bien-no, espero este viernes-respondía bajando los ojos, habituada ya a aquellos bruscos cambios de contento en malestar, sin las incongruencias, ni las inocentadas, ni las preguntas candorosas que de pronto provocaban hilaridad y luego una sucesión de bromas... Al fin del alma sencilla y llena de inocentes curiosidades, íbase desdoblando la muchacha bien educada que sabe sonreír, callarse, disimular.

Por otra parte, no era mucha la alegría al levantarse su tío de la mesa con el último trago de café, y delante del cual Gusta- casi siempre reprendido y trasnochado, comía a desgana hablando de cosas insignificantes. Chucha misma, junto con los nuevos trajes y las nuevas costumbres había

comenzado a tener nuevas ideas. Observaba a su primo con disimulo; dejándose sorprender por la mirada de él, que jugaba con la cucharilla y el fondo de la taza o explicaba sonriendo algún espectáculo, refería el escándalo del día, conversaciones de club, lances de juego, la viveza de él que había metido una «caña» teniendo su contrario Royer; o resumía el último espectáculo, la última noticia de Europa, el último escándalo de la ciudad, con la frase de moda, ya elaborada cuidadosamente por esos caraqueñitos sin corazón y sin bondad, repletos de novelas. francesas, de algún volumen serio leído de prisa, con pequeños conocimientos generales, con la suficiencia afectada de los seres abúlicos, preparados admirablemente para el resumen, esa pereza de la opinión; especie de comprimidos de hombre, fútiles, elegantes, hasta inteligentes, con el encanto de la flojedad moral y del buen gusto artificial, generación amasada con agua de colonia, tontería y polvos de arroz...

Gustavo Adolfo, correcto, afeitado, el semblante un poco marchito, pero animado por el aire de vida holgada que se advierte desde los zapatos lustrados hasta la raya del cabello, conclusa asegurando que eso de vivir como tío Crisóstomo metido en el llano, entre los animales, era una estupidez... -Aquí se vive..., se respira otro ambiente..., otro aire.... Fuera del Distrito Federal... ¡No, porque de Antímano para allá es un desastre! No se vive... ¿Tú crees, mamá?... No hay ni hielo, ni soda inglesa, ni nada... ¡Yo me pegué un trago del wiski en la Victoria y me iba muriendo... Y eso que es aquí mismo, ¡cómo será el llano! Tú, Chucha, ahora es que sabrás lo que es vida....

Ella sonreía, balbuceaba débilmente, se atrevía a decir:

-Pero no; mira, aquello es muy bonito, si tú vieras las tardecitas, cuando regresa el ganado... y el invierno, y las lagunas, y los caballos tan lindos que salen al camino. Hay garzas lindísimas..., animales de todas clases; si a ti te gusta cazar no hallas a qué tirarle... Ya ves....

-No, chica, ipuestas de sol hay dondequiera!; garzas y tigres y animales en el Calvario isin zancudos!, isin paludismo! y eso de cazar, convéncete, eso de cazar... ies para los gatos!

-Sí, naturalmente intervenía Elisa- aquello, por supuesto, muy bonito, pero en bruto... Ahora como Caracas... -le sonreían los ojos, la boca carnosa de comisuras ya muy marcadas, orgullosa de su época y de su ciudad ide Caracas al cielo y en el cielo un huequito para ver Caracas!

¡La vida! El Puente de Hierro, el «trueno» con brandy para el cochero, ruleta, manhattan, las dormidas en la policía, las mujeres de a diez bolívares que beben champagne en la noche y amanecen comiendo empanaditas... la vida.

Y ella, alma de su tierra lejana, ya sin relieve propio, adquiriendo por dosis una civilización de modales, de trajes, de palabras que le propinaban las amigas, la Compagine Françoise y las reuniones frecuentes. Comenzaba a comprender el encanto de todas aquellas cosas doradas, la necesidad de gustar, de ser deseada, no precisamente de saberse amada, ies tan deliciosa la admiración de los hombres aun cuando no sea pura...! Sentía la fealdad de las cosas bastas entre las cuales había vivido y el sagrado horror de los seres que disfrutaban en las ciudades aquella vida placentera hacia esos otros, salvajes, sudados, enfermos, encallecidos, que habitan la región

maldita, las tierras ásperas, los barbéchales, las montañas, las llanuras que no tienen fin... Toda la indecencia de esas regiones donde no hay hielo ni soda inglesa.

CAPITULO V

UNA MAÑANA, Chucha, que como de costumbre había bajado muy temprano y podaba los rosales del patio, oyó una conversación de sus tíos en la galería. Parecía que discutieran; se trataba de ¿qué?, ¿de política? Nombraron a Gustavo; ella púsose en cuidado... sí, pero no entendía bien... que gaste como está gastando, santo y bueno, yo nunca me he opuesto que tenga para gastar, pero esas cosas sucias aquí, nunca, de ninguna manera... yo no quiero verlo... dile que se vaya a... Macuto, a cualquier parte hasta que esté bueno». La madre disculpaba; Chucha no entendía bien eso de cosas sucias, hasta que oyendo mejor percibió las palabras de su tía: «mira, no le tratemos así, ies un muchacho y a mí me da miedo eso que tiene!... ¡Comete un disparate y es peor..., el pobre debe estar muy mortificado! No te des tú por entendido con él, que yo me arreglo de modo que se vaya a Macuto, pero cuando esté mejor de eso....

- ¡Ah! está enfermo... -pensó la muchacha. ¿Pero qué tendrá? ¿Por qué lo trataba su padre con aquella dureza? ¿Qué culpa puede tener una persona de estar enferma? Recordó haberlo notado hacía días muy pálido, caminando despacio, con la cintura doblada y arrastrando una pierna, ¡el pobre! Ahora no salía; del cuarto al comedor en batín y de allí a su cuarto otra vez, donde se pasaba casi todo el día con un amigo, estudiante de medicina y compañero de curso... ¡Enfermo! Ella lo suponía; acaso con aquella vida que se daba. Todas las noches teatro, regreso de madrugada, tragos, amigos. Hablando la otra tarde, se deslizó la palabreja «Chucha, tú crees que no se gasta uno en esta vidurria: los estudios, las parranditas, los amigos».

«Los amigos no fuera nada-le observó ella- ¡las amigas! Se le asociaba la idea de las amigas y de lo enfermo que estaba Gustavo. Porque se tomaba mucho interés por él; le salía una simpatía de sangre, de admiración, iera tan distinto de aquellos mozos de San Diego que no sabían saludar y que se ponían colorados al hablar con una muchacha! Los primeros días casi ni se trataron; después que ella se puso a la altura debida, con una lenta solicitud de provincianita que acapara las palabras, las modas y el último refrán del caló caraqueño, hicieron buenas migas: ella aprendió a decir toilette, shochking, pavoroso. Él le refería cosas suyas, de estudios, de diversiones, de esas operaciones horrosas que se practicaban en el Hospital, abriendo mujeres por el vientre, con el delantal salpicado de sangre y de pus y los brazos manchados hasta el codo... Una vez por motivo de haberse rasguñado con el bis- turf tuvo una infección terrible. Verdaderamente, apenas había pasado de estudios previos en la Universidad, todo aquello era leído en una novela de los Goncourt; se lo refería para importantizarse, para causarle estremecimientos nerviosos. Gustavo tenía un amigo íntimo por turno, y mientras duraba este intimo todo era admirarse de su talento, de sus corbatas, de sus ocurrencias: iese Julio Domínguez López, que tiene unas planchas más buenas...!» Julio Domínguez era el condiscípulo que le asistía ahora en aquella enfermedad misteriosa; Chucha no comprendía aquel capricho... ¡cómo iba a ser mejor que el doctor Hernández ese mulatico que se pelaba al rape y se reía mostrando la encía morada; y que la daba de poeta! ¡Poeta! Un muchacho tan feo, retratado en los periódicos con un malabar en la solapa, la cara de negrito sentimental arriba de unos versos dedicados al director del diario alma y cerebro», donde en una imposible lujuria pedía

Carnes que maceró la aristocracia de las dulces marquesas de Trianon...

Y de aquel infeliz decían que era un exquisito.... ¡Las cosas de Caracas! Sin embargo, aun cuando Gustavo lo metía para su cuarto, nunca le presentó; saludaba a la familia de lejos; y Chucha no lo podía ver ni en pintura por aquel juicio necio que ella era una flor llanera abierta al capitoso aroma del Ávila como una venusina promesa en flor» escrito en su álbum por exigencias de Gustavo. Luego itan pretencioso! hacía creer que tenía sus cosas con la menor de las Probate Pérez, iuna gente tan fina...! ¡Ridículo! Cierta ocasión la halló en el corredor y afectando un aire suelto le preguntó: - ¿Su prima puede decirme si Gustavo está visible?

«Su prima», «suprima» ¿por qué no se suprimía él de allí? También Gustavo le daba por la literatura contagiado del intelectualismo universitario, formado en aquellos círculos de jovencitos que celebraban tenidas para acabar con los yankees, reconstruir la obra de Bolívar y establecer un control latino- americano capaz de recortarle las garras a la insaciable águila del Norte. Y como Gustavo le daba por las letras, se hacía amigos entre los de los periódicos, pagaba brindis, recitaba «Como el Rey Jorge IV que vivía, etc...». Su padre, de una generación más utilitarista, obsequiaba policastros, fieras inéditas; a la edad que tenía Gustavo ya a él le habían sido familiares la pantera de Guarenas», «el Tigre de Mapire; el hijo, menos vigoroso de espíritu, se diluía en una corriente lechosa, turbia de literaturas; creía en la hermandad intelectual de tanto fracasado en actividades mentales, tomaba en serio al crítico Fulánez, al altísimo poeta de «Carnes, Bronces y Pistilos»; conservaba

el autógrafo del maestro Núñez Fernández en un ejemplar que le obsequiara de su Psiquis Hieródula», el último suceso literario, y lefa con delectación aquellas páginas de arte cinceladas pulcramente, como benaventina joya del alcázar emotivo», según afirmaba Fulánez.

Chucha no comprendía esto bien; ella creía que Gustavo valía más que todos ellos. Se había aprendido de memoria los versos que él le hizo al regalarle el álbum y que se los leyó una tarde, al oscurecer, en presencia de Martínez Chirle:

*En la página blanca de este libro, yo dejo
la mitad de mis sueños en un verso muy viejo
que midió con sus sílabas mucho antiguo dolor;
lo demás... es mi vida con su lánguida carga,
azarosa y estéril, tan vacía y amarga
como al quitarle el polen debe quedar la flor....*

Los versos eran flojos, pero revelaban algún talento y mucho desaliento, una melancolía barata que no es sino la falta de ese vigor moral, sano, intenso, que calora las imágenes resfriadas. El pesimismo de los ineptos.

Martínez Chirle luego de admirar la composición, objetó que los hemistiquios del alejandrino español... y que aquella lánguida carga sabía a ripio.

- ¡No, hombre! ¡Usted es un clásico!

-Es que el alejandrino francés, niño... -No, no, ¡usted es un clásico!

¿Clásico? Debía ser una palabrota fea por el tono despectivo con que se la endilgaba Gustavo al taciturno secretario; éste con las orejas coloradas, se desahogó en una exposición de métrica con muchos ahora, pues y sí que también», terminando en un gesto desdeñoso que su humilde opinión «no era óbice para que ultrajaran el lenguaje así los decadentes». Cargó sobre esta última palabra el acento, pero conservando su peroración en tercera persona, toda vez que se trataba del hijo de su jefe:

-Porque yo quisiera que me explicase, que se me sacase de la ignorancia en que estoy yo y conmigo la Real Academia Española, don Felipe Tejera y otros autores que se saben expresar en el puro lenguaje de Castilla... iacaso es necesario rebuscar palabras que no existen, estropear la sintaxis, la ortografía, hasta el sentido común para ser poeta y comparar la luna con un ombligo y decir que las zapatillas padecen ataques de nervios...!

Suspiraba por los buenos tiempos de José Antonio Maitin y de Abigail Lozano, «poeta este último no muy ajustado a lo que se preceptúa, pero no obstante inspiradísimo». A él le indignaba el gongorismo; recordaba placenteramente la generación poética que hizo académico a Guzmán Blanco, con sus endechas de amor desengañado donde Lisis y Betis y Floris burlaban al bardo enamorado de sus graciosos dones; con sus largas odas a la beneficencia y a la virtud, con sus sonetos tremebundos «A un amigo hipócrita»; con sus intencionadas galanterías «A mi amiga X, con motivo del día de sus días, ingeniosísimos madrigales que comenzaban, casi todos:

...los tuyos, días de la edad temprana

*fulgida luz:
sí Juno, grave, si feliz Diana
rico tisú....*

Y ésa sí era toda una poesía, toda una escuela de poetas que se ajustaban a los preceptos y no le tiraban al Gobierno. Poetas cristianos.

Gustavo, enojado, pero sonriendo, le contrariaba aquellas deliciosas divagaciones:

-Mire, Martínez, déjese de eso, eso es más viejo que el zapato de orejita; iversos así los hace cualquier muchacho de hoy por carretadas! Copleros vulgares era la mayor parte de esos señores. Copleros para letra de canciones con guitarra grande.

El secretario partió una pluma y salpicó de tinta el papel en que escribía... Chucha, para cortar la disputa, se llevó al primo...

En el segundo patio de la casa, junto a la pila, se detuvieron. Por encima de las tapias, de los techos, de los campanarios, la neblina invadía en largas manchas tras de las cuales fulgían luces; con ellas caía sobre el patio, sobre la ciudad, sobre ellos mismos, una calma de sueño... Oscurecía suave y dulcemente. A ratos se escuchaba la retreta, pedazos de un vals en boga, una alegría lejana, loca, habría gentes, niños corriendo, animación; y entonces el crepúsculo de ellos se ponía triste.

Aludiendo a los versos que leyó de nuevo, ella le rogó:

- ¿Por qué no los publicas?

En la media luz, su kimona blanca, el cabello cogido de rizadores, la sombra del entrecejo, davale a los ojos de la muchacha una expresión borrosa, sentimental, de lámina a dos tintas en la portada de un libro de Bécquer.

El pretextaba envidias de los otros; y además el poeta debe ser recóndito, como dice Nietzsche».

- ¡Parece un nombre chino! -y quejosa añadió: ¿para qué lees tú esas cosas tan raras? A mí no me gusta leer... -No digas eso, es de mal gusto.

-Será, pero así lo siento; por eso te lo digo. Aquella novela que tú me prestaste...

- ¿Madame Bovary»?

-Esa; ¡qué triste y qué fea... la vida, lo que pinta el autor! ¡Yo la terminé con una angustia...! Me pasaba como cuando uno va a ver una desgracia, un herido, que se siente mal y sin embargo se quiere quedar mirando... En casa, en el hato, una vez trajeron a un peón, medio destrozado, que lo había arrastrado un caballo... todo lleno de sangre, con la cabeza abierta; y yo lo veía, lo veía sin poder evitarlo, sin querer seguir viéndolo. Así me pasó con ese libro tuyo; yo, parece mentira, sentía lo mismo que cuando lo del peón... ¡y seguía leyendo hasta el fin, hasta que se envenena Emma, pobrecita! Ella se portó muy mal, era una loca, pero da mucha lástima ¿verdad?

-No, chica, más lástima da el infeliz médico aquél, con quien se casó...

-Sí, sí; pero yo me imagino el sufrimiento, la vergüenza de ella; y cuando necesitó... todos tan malos. ¡Para escribir una cosa así se debe tener un corazón muy duro...! La hora, la conversación, el recuerdo lejano de aquel libro y el ambiente romántico de una prima bonita, le hizo apelar a una frase amarga, de desencanto literario:

-O un corazón tan noble y tan piadoso que nos hace sufrir en otra vida lo que no ha sufrido la vulgaridad de la nuestra.... Callaron. El la sintió más cerca, más íntima; y le dijo muy paso:

- ¿Tú sabes una cosa, Chucha?

-Si no la dices....

-Que tú eres muy bonita y que me estás gustando mucho. Se rio; contestó azorada, sorprendida, recurriendo a un tono trivial:

-Esas ya son dos cosas, pero hay una tercera....

- ¿Cuál?

-Una... una...

-Pero dímela.

Que yo seré bonita, que te gusto, y aquí lo crío: ¡qué tú no me gustas a mí!

Se lo quedó viendo con una mirada embustera, tan embustera como las desilusiones que decía sentir, como los sueños que le refería haber soñado.

Reflejadas sus siluetas en el agua oscura de la pila, ella observó:

- ¡Mira, parecemos dos negros!

Clotilde pasaba en ese instante hacia el comedor con la sopera y añadió:

-Lo que parecen son dos novios.

Viéronse los rostros, sonreídos, un poco desconcertados. Chucha murmuró sin dejar de sonreír:

- ¡Esta mujer es más parejera!

Un día, al subir corriendo la escalera, pisó en falso y cayó rodando varios peldaños. Muy confusa, muy colorada, riéndose mucho, volvió a ponerse prontamente de pies mientras él desde la puerta de su cuarto, palmoteaba...

- ¡Gua, necio, ¡qué contento! -y trataba de indagarle en la cara la causa de aquellos aplausos... Su tía se asomó por una de las ventanas de la galería tapándose con los brazos el traje abierto:

- ¡Ustedes que se la pasan ahora como dos chiquitos! Al explicarle lo de la caída, agregó:

- ¡Y de eso te ríes tú, niño!

-No, de eso no, de lo que yo vi...-repuso guiñándole un ojo a la madre.

- ¡Mentira, mentira, mentiroso! -protestaba Chucha desde el pasamano.

- ¿Mentira? Te puedo decir....

Pero entre las risas de madre e hijo corrió hacia su cuarto gritando todavía:

- ¡Es mentira!

Y con un despecho simulado se encerró en él, turbada, con las mejillas encendidas. ¿Por qué? Ella había retozado con los becerros; ella se había recogido las faldas hasta la rodilla otras veces, cuando iba con Cándida Rosa a coger guayabas por la sabana; en el Guara, bañándose, las sorprendió un becerrero y corrieron a esconderse tras de los árboles con la camisa mojada, pegada a la piel terriblemente. Y no sintió entonces esta turbación de ahora por una tontería. Pero no, ¡qué necesidad!, ¿y los pantalones? La idea de esta prenda íntima que su tía le enseñara a usar siempre, devolviéndole la tranquilidad que ella se empeñaba en perder porque él la había visto... No era eso nada más: era también la insistencia con que él observaba el escote de sus blusas de entre casa, la curiosidad para espiar el efecto de

algunas frases ambiguas, y sobre todo aquel retozo a cada rato: pasándole pajitas por las orejas para asustarla, cogiéndole el brazo para ir a enseñarle alguna tontería... Esto no tenía nada de particular, nada, pero sin saber ella el por qué, la intranquilizaba; y cuando estaban juntos deseaba la ocasión de una confianza, y cuando llegaba la confianza se impresionaba tanto que se ponía como una loca a hablar del Llano, de su papá, de su tío, de las Pérez Probate, de los amigos del Bachiller, como lo llamaba a veces.

Había dejado de cortar rosas; de la falda, en la cual las recogía, ya rebosaban, calándole el rocío las telas hasta la piel; y en los dedos, la pesada tijera de poda, marcábale dos anillos rojos que le hacía chupárselos a ratos.

En el primer corredor debía de haber mucha gente esperando. Se escuchaban toses y conversaciones; a cada instante Martínez Chirle pasaba con tarjetas hacia el comedor donde el Ministro tomaba el desayuno, oyendo la charlatanería de su mujer. Los veía desde el patio Chucha: ella con una bata rosa-pálido, el pelo cubierto de rizados, los lindos brazos cruzados sobre el mantel, los ojos clavados en su marido que comía distraído picando aquí y allá pedacitos de queso... A su lado, entre los cubiertos, cartas abiertas, telegramas, un ejemplar de *El Monitor Liberal*». Gustavo entró en ese instante a desayunarse, disimulando la renquera. Su padre se lo quedó viendo; él bajaba la cabeza jugando con el cubierto mientras la madre llamaba a Clotilde.

- ¡El café de Gustavo!

De pronto y rasgando un sobre largo que acababa de traerle el secretario, su padre le dirigió la palabra:

-Le he dicho a tu mamá que te vayas para Macuto: que debes irte ¿entiendes? que debes irte.

El muchacho cohibido inclinó más la cabeza sobre su taza. La madre intervino:

-Sí; hemos resuelto que te pases allí unos días, ¿tú quieres? Interrumpiendo a su mujer, continuó hablando a media voz; dos veces golpeó la mesa con el puño haciendo estremecer la vajilla. Su tía se retiró en silencio; y entonces Gustavo que se ponía aún más pálido, balbuceó algunas palabras que el padre cortó ya colérico, enronquecido:

- ¡Se necesita que tengas estómago de zamuro...! ¿Te falta dinero? ¿No te doy casi cien pesos para tus gastos de bolsillo?... ¡Puerco! -Pero papá...

No te da pena... y añadió con voz sorda- no te da pena con tu madre, con esa misma niña que se diera cuenta... -Yo no... y además... - ¡No me contestes! -Es que tú me dices...

¡Te digo que te calles! -y le dio otro puñetazo a la mesa. - Bueno. Pero eso que usted dice no es así.... ¡Que no! ¿Pero tú tienes vergüenza?

- ¡Papá!

Se había puesto de pie; y acercándose al hijo hasta tocarle el rostro casi; con la mano cerrada, apretados los dientes fuertes, por un instante Chucha vio el aire de familia que en el dolor y en la cólera se les estampaba en el semblante; como su papá, como el hermano que mataron, como su primo mismo que palidísimo, lívido, echando hacia atrás la silla, aludió el rostro, frunciendo hasta unir las cejas... Y Chucha, en aquel momento, no obstante, la desazón que sentía, quedose viendo con un placer angustioso, aquella semejanza, y más que todo, aquella fisonomía de varón que siempre había advertido tan femenina en la dulzura de la sonrisa.

¡Pero peleaban así...! Ella percibió que, entre las frases rabiosas, sin autoridad, sin majestad de reprensión paterna, el comedor hermoso, la vajilla, el confort, las buenas maneras, todo desaparecía ante aquel gesto colérico de su tío, impulsivo, temblando de furor... Era un Gárate, era su padre, era el viejo Crisóstomo castigando un peón en el patio del hato con el rejo en la mano...

Martínez Chirle anunciando a alguien desde la puerta, cortó la escena violenta. El Ministro apareció de nuevo:

-Martínez, ponga ahí ahora un chequecito a favor de este niño que se tiene que ir para Macuto en el tren de las ocho y media.

- ¿Por cuánto?

- ¿Cuánto necesitas? -le preguntó sin verlo, afectando indiferencia.

El muchacho, doblando la servilleta, no contestó. Entonces su padre, como no fijándose en ello, agregó:

-Extiéndaselo por cien bolívares, con eso tiene más que suficiente, que el hotel se paga aquí, llame por teléfono. Ah, mire, Martínez, ¿quiénes están allí? -Señaló al corredor.

-Importante nadie, mi doctor. Un viejito Palima que fabrica colagogo; el general Sufrón con dos más, y uno que tiene un asunto de unas minas, un musíú... usted le había dicho que viniera hoy; yo le manifesté que usted...

-Sí, sí; que yo siento mucho pero que hoy hay Gabinete y no puedo atenderlos. A todo el que venga, lo mismo. Diga al Ministerio que yo iré a las diez. Lo que haya que firmar, me lo mandan aquí. -Y se metió de nuevo en su cuarto. Cuando Gustavo salió del comedor, todavía con los ojos rociados, ella le atajó:

- ¡Oye!

- ¡No, chica, déjame tranquilo!

- ¡Pero mira!

Sonrió apenas y se volvió mientras su prima se le acercaba con la falda llena de rosas.

-Sí, muy bonitas-y se puso a golpear con el pie un reborde del pavimento.

Entonces ella le rogó:

-Ayúdame a ponerlas en la sala. Mira, ahí están los dos jarrones: ya yo les cambié el agua.

Tomó él en brazos los jarrones mientras, mitad en juego mitad en serio, al atravesar el patio, el cuarto de la costurera y la antesala para no pasar por los corredores, ella le iba burlando.

-Tú no sirves para nada, hombre; ya ves que no puedes ni con unas flores, vas cojeando.

Reía con una risa pueril, metiendo las flores en los jarrones. Pero una risa a la que no correspondía su compañero sino con monosílabos, con frases desairadas, gua, como que tengo monos en la cara», o «es que en el Llano la gente se ríe así, sin motivo». Habían terminado la tarea, y él echado en el sofá, el rostro quebrantado, los ojos un poco inyectados, estiraba las piernas perezosamente. Chucha iba y venía arreglando sus ramos, sacudiéndose la falda, recogiendo las hojas y los palitos caídos en la alfombra. A él le molestaba aquella risa, tanto, que se quedó de repente serio, y le dijo:

- ¡Oye, Chucha, no te rías; no es para risa! Acabo de disgustarme con el viejo y me manda para Macuto; ya tú ves.... - ¿Y eso?

-Un asunto... -repuso mortificado- un maldito asunto. Ya me voy.

Fue a pararse, pero ella lo detuvo:

-Necio; yo estaba en el patio, yo of, yo sé por lo que es el disgusto.

- ¿Que tú sabes...?

-Sí, sí, por esa enfermedad tuya.

Él se incorporó asombrado:

- ¡Qué...!

Pero respondiendo a su mirada inquieta con otra abierta e inocente respondió ella:

-Sí, por tu enfermedad. Esta mañanita tía Elisa se lo habló a tu papá; le dijo que tú estabas enfermo, que ella creía bueno que fueras a Macuto, pero al estar mejor, porque ahora no; tú y que tenías una cosa peligrosa, que eso que tú tienes y que es de cuidado, y tú y que eres muy disparatero....

- ¿Dijo eso mamá?

-Sí; tu papá quería que ni le vieras la cara, y yo no of más porque siguieron conversando pasito. ¡Estaba bien bravo! Gustavo, más tranquilo, murmuró entre dientes:

-Y en el fondo, él tiene razón; yo debía haberme ido hace días...

-Pero ¿por qué?

Como él no contestase, Chucha se sentó a su lado en el sofá.

-Pero mira ¿y qué tienes tú? Ya ves que no le cuentas a una nada. Tú crees que yo no sé hacer remedios. Si yo lo hubiera sabido... ¿Es que te da vergüenza que te curen las mujeres?

El, un poco cohibido, sonreía a medias y le respondía vagamente:

-Reumatismo..., no puedo mover la cintura. Mira, chica, es un dolor tan horrible....

-No será más que el de un gusano de monte. A mí se me metió uno en la espalda y era como un demonio; me pusieron tabaco y.... se murió... Me lo sacaron y grande. Duele más...

Ante aquel candor Gustavo sentía pena de ser civilizado en una forma tan mezquina, tan grotesca. Y cogiéndola por las muñecas, le dijo con un cariño sano:

- ¡Chuchita!, tú eres una muchacha de juicio, ¿verdad? Ella sonreía.

-Bueno, ¿tú quieres ayudarme en una cosa? -¡Dila, zoquete!

- ¿Quieres?

- ¿Pero no te digo que la digas?

-Bueno; entonces cuando yo esté mejor, te escribo y le escribo a mamá; y se van para allá las dos, un mes siquiera....

- ¡Ay, sí! ¡Yo quiero volver a ver el mar!

La idea del balneario la entusiasmó, y en el fondo, la idea de estar juntos. -Es que agregó él sin soltarla- es que... ¿te digo? Chucha lo veía a la cara sin contestar.

-Es que, mira, los primeros días que tuve que quedarme por... el reumatismo, ila casa me era insoportable! Estar todo el santo día encerrado fumando o leyendo o escuchando las mismas necedades de Julio que me quiere poner a oírle la lectura de un poema... La calle itú no te lo imaginas lo que es para los hombres la calle: sale uno a ver el cielo, a ver el tranvía, a ver las muchachas; y los amigos, y el paseíto en coche; ¡ah, si tú fueras hombre!

- ¿Yo?, ¡iqué horror!

El continuó. Pero ahora, ¡iqué sé yo!, me gusta estar aquí... contigo... quedose serio: ella también. Una seriedad confidencial que puede romperse de un momento a otro con la menor trivialidad. No se rompió; viéronse de nuevo, y entonces la mujer que aguarda pacientemente el momento débil, murmuró: -Sí, eso lo dices ahora, porque como no puedes salir... a la calle... a tu calle; si estuvieras bueno y sano, con tu dinero y tus... iustedes son muy embusteros!, iustedes los hombres! Ya me vas a hacer tú creer que una campesina como yo, con la cara todavía quemada, y con mi aspecto de tonta, te va a hacer olvidar

tus... novias y de pronto: - ¿Cuántas tienes? ¡Seguro que dices que ninguna!

- ¡Phsss...! el montón... Pero esas son... novias-y recalcó la frase con despechada vanidad: -novias.

Hubo otra larga pausa. La sala a una luz quebrantada por la cortina de damasco, exhibía sus sillones soñolientos, pesados, con grandes espaldares, tapizados de reps oscuro, de un estilo demasiado fabricado en Caracas, demasiado espectacular, demasiado Luis XVI; y en los testers los retratos, los espejos

largos sobre sus consolas doradas, columnas de fantasía con jarrones barrocos; la alfombra florida, de un tono más claro que los muebles; chucherías diversas en diversas rinconeras; y como dominando todo aquel lujo sin historia, de un mal buen gusto, frente al sofá donde los primos se abandonaban a la confidencia enfermiza de las cosas que se sienten morir, el retrato de los abuelos: la ampliación de un antiguo daguerrotipo tomado en Barinas: él con su aspecto rústico y marcial de guerrillero que se retrata; doña Margarita en traje de crinolina, muy seria, muy en el medio, muy sentada en la silla que parecía custodiar su marido, pero con aquella fisonomía de las antiguas criollas que tenía algo de linajudo y de campesino. Abajo, torciendo el cuello sobre el hombro desnudo, esbelta a pesar de sus formas amplias, en una elegantísima toilette de recibo, Elisa dirigía hacia ellos una mirada picaresca...

Y cortando aquella larga pausa, Gustavo habló el primero con palabras vacilantes que se cortaban con silencios más

expresivos que las palabras, a las cuales ella correspondía moviendo la cabeza...

-Sí, sí, Chucha; aunque tú no lo creas. Es desde hace días... Tú vez, ahora mismo acabo de tener un desagrado con papá, tengo que irme, y.... ya ves; estoy aquí contigo tan contento... tan contento que no quisiera irme nunca. - Puede ser verdad; ¡pero tú no tienes juicio!

Era el primer reproche, lánguido, sentimental, con voz casi blanca: ¡no tienes juicio!

Y lo vio entonces en los ojos pardos, tan semejantes a los suyos como si se los viera en el espejo de la consola.

-El juicio no se tiene, chica; el juicio no nace con uno; yo creo que a mí me lo cortaron junto con el ombligo. -Se adquiere cuando hay voluntad. -Yo...

- ¡Ah! ¡si tú quisieras tenerlo!... -exclamó de pronto, en una súbita fogosidad que le coloreó toda la morena cara. Él se inclinó, a media voz, intrigado:

-Si yo quisiera... ¿qué? Dilo...

Estaban tan cerca que casi rozaron sus rostros; pero echándose atrás vivamente, componiéndose el cabello, concluyó desencantada:

-No, nada.

Y Gustavo sintió un odio salvaje hacia el pobrete de Martínez Chirle, que entró en aquel instante con un cheque en la mano:

-Aquí están los reales. Te he buscado por todas partes. Ya no tienes tiempo de cobrarlo; te lo descontarán en la Estación. El sin una palabra, se lo guardó en el bolsillo. Pero Chucha se empeñó en cambiárselo; tenía dinero, acababa de recibir unos reales de su papá... Al fin él se lo entregó y ella se marchó a buscar el dinero, que trajo en plata, dejando de paso el cheque en la cartera de Gustavo que estaba sobre su velador.

* * *

Cuando entre las recomendaciones de su madre, se metió en el coche, al alzar la cabeza la vio en el balcón de su cuarto: - ¡Adiós, Chucha! ¡Hasta pronto; no te olvides de mi encargo!

-No tengas cuidado, ¡que Dios te acompañe!

Lanzó una mirada triste al coche que se alejaba. Lo vio torcer a la izquierda, en una desviación de la calle, pasar por

entre carretas, y surgir más allá corriendo la calle transversal a lo largo de aceras altísimas...

Su tía Elisa estuvo contrariada todo el día; la angustiaba «el viaje de ese niño, y su padre que estaba tan disgustado... Al

fin, ya sin más paciencia, ella le preguntó bruscamente: - Pero bueno, tía, ¿y qué es lo que él tiene?

La señora suspiro:

-¡Válgame Dios, niña! No puedo decirte... ¡una cosa fea...!

Ella sintió una opresión tan grande, tan misteriosa que no se contuvo:

- ¡Ay, pobrecito, tía! ¿Y se va solo, así...?

-No, no estará mucho tiempo solo; yo he pensado ir después, pero dentro de una semana; ¡Gárate está en estos días tan nervioso con estas cuestiones de la política! Iremos, porque tú me acompañarás... Pero tampoco me han terminado unos vestidos; además el pobre Gárate no se acostumbra a quedarse en la casa con nadie... y ese matrimonio de Amalita Sutil que es el sábado..., y hoy invitan para una comida casa del ministro del Brasil..., en fin... ¡las mil cosas! Ahora Gustavo... ¡ay, hija, ¡qué ganas tengo de que nos fuéramos bien lejos! -Hojeaba un figurín; de pronto le indicó: -Mira que chic está éste, el de las aplicaciones «traje de surah crema, con adornos valencienes en rosa té o azul pálido» ... Una cosa así era la que yo quería, pero madame Duvernois jamás hace las cosas como una le dice. Este traje de surah con el sombrero de rosas encarnadas ¡divino! ¡Todo son contrariedades! La modista franchuta con su manía de la «nuance» ¡y ahora lo de este niño! ¡A mí ese color no me va!

CAPÍTULO VI

TENÍAN ya muchos días en Macuto; habían paseado juntos las tardes, habían tenido conversaciones lánguidas y hablillas fútiles por las noches, a la orilla del mar, mientras de la remota oscuridad venían grandes olas a romperse sobre los peñascos, retirándose en un ruidoso hervir de espumas... Varias ocasiones las hubo en Punta Brava, en el Casino, a la salida de los baños, durante las siestas bajo los almendrones y en los diversos paseos que con las González Probate, sus primas segundas, una niña López, otras amigas y jóvenes temporadistas, llegaron a sucederse a menudo, distrayendo así la soledad de su tía Elisa, pues Chucha y Gustavo nunca la sintieron...

Casi todos los sábados bajaba en segundo tren para subir el lunes su tío Juan Antonio, a veces óptimo, feliz, con el grueso cigarro que a cada rato encendía, en otras taciturno y desalentado, proyectando coger unos reales y hacerse un retiro en aquella playa.

-Como una gaviota -decía

-Como un alcatraz -agregaban en Caracas.

Y era tan desidiosa la atmósfera, cargada de yodo, que nunca creyó ella que llegara como llegó la dulce hora. La poesía fuerte del mar, de los crepúsculos, de las nubes pardas, de las gaviotas errantes que rayan con su velo las lejanías, la luna alzándose sobre las olas tocadas de plata, todo eso manténgalos en silencio, uno al lado del otro, distrayendo una vaga preocupación con palabras más vagas todavía, huyendo sus espíritus de sí mismos hacia el

mar, hacia las luces distantes, hacia las playas abandonadas en cuyo dorso los alisios despeinan la empolvada cabellera de los cicales...

Ese día un sol reverberante. Entre onda y onda los alcatraces flotando como pequeñas boyas oscuras; ráfagas de frescura bajo el almendronal, y enfrente, hasta donde tapaban las ramas y hasta donde se hundía Cabo Blanco en el sol, la línea firme y cetrina de un mar pesado, tieso, como pintado a brocha gorda.

-Arrastro -dijo la tía jugando un tres de bastos.

Y como se caía de sueño, tiró bostezando el resto de la baraja y se alzó dando por perdida la mano. -Voy a dormir.... Margarita López protestaba:

- ¡Ah, no! ¿pero vamos a dejarlos ganar así, llevando nosotros ochenta y siete? No...

-Me muero de sueño, niña. Además, hacen mucha trampa...

Gustavo y Chucha se defendían:

-Trampa! Quién la viera, acusando cada rato veinte en oros, las cuarenta, veinte en espadas, tapándole las piernas a las sotas...

-No hablar de piernas -dijo en este instante Soto-Liendre, joven temporadista que tenía muy buen humor y un puesto en la Gobernación- no hablar de piernas que hace calor. Y

corcando el éxito de la frase, saludó: -¡Señora mía! -a la del ministro. - ¡Joven y simpática amiga! -a Margot.

-Ustedes dos, modelos de primos, ¿connaissez-vous le pays ou fleurit l'oranger?

Dio la ocasión para que tirando las cartas se dispersaran. Hacia la casa de Margot y la señora de Gárate, cuyo sueño se había ido volando sobre los chascarrillos de Soto-Liendre. Ellos quedaron cerca de la mesita donde jugaban; barajando las cartas Gustavo para echarlas en lentos cuadriláteros, hojeando su prima un almanaquito de Reuter... Un bostezo de él le hizo tirarle el cuadernillo al pecho:

- ¡Pesado!, ivete, flojo! ¿No te da pena bostezar así, de sueño?

-De fastidio.

-¡Ah!, ¿te fastidias?

- ¡Ya lo creo!

-Pues hijo, es muy fácil... y le designó la avenida por donde se alejaban los otros. El hizo un gesto cansado:

Crees tú que es muy divertido esto: levantarse, bañarse, leer «El Heraldo», almorzar, dormir, volver a leer «El Monitor», que es otro «Heraldo»; luego, número extraordinario del programa: un tute con mamá soñolienta

y Margot que se la pasa pisándome los pies por debajo de la mesa.

- ¡Niño!

-Sí, chica, sí; y luego esperar que venga el Soto-Liendre a decir adulancias y a interesar a mamá para que le consiga con papá yo no sé qué... Ahora brega un consulado...

-No, no será eso... ¡Es que como es temporadista...! - ¡Qué temporadista, Chucha! Tú no sabes las cosas... Mira, aquí peor que en Caracas; allá a casa van a ciertas horas, y como no sea el Dr. Angulo, que se mete en el corredor antes de uno enjuagarse la boca, los demás fastidian a hora fija. ¡Pero aquí...! Sin policía, sin portero, con la verja abierta para todo el mundo, todo el mundo por supuesto para adentro: y que la pensión, y que un joven necesitado de un puesto, y que un mozo digno con siete hijos afuera y uno en el saco...

- ¡No digas locuras, loco! -le interrumpió ella riéndose, sonrojada. Es verdad, pero ésas son exigencias del cargo.

- ¡Exigencias del diablo! Tú no te figuras a lo que está expuesto un ministro y luego agregó sonriendo intencionadamente: - ¡En Venezuela los políticos deberían ser solteros! ¡Se dan unas voladas! Si así mismo, siendo como es papá con las mujeres... Yo cuando sea ministro o Presidente ¿no lo fue Alcántara?, ¿no lo fue Hermógenes López? ¡Y hasta el doctor Diez, hombre...!

Aparecía, bajo la superficialidad de la charla, el caraqueño irónico, mordaz, espiritual, un poco mezquino de ideas,

pero ligero y simpático, que resume una tesis en una frase y media. docena de epigramas en un refrán; espíritu femenino desdoblado a veces en gestos viriles, con ninguna nobleza en la conversación y un corazón hidalgo a ratos, florecimiento de una generación indolente cuyos rasgos sorprenden en lo excelso y en lo canallesco; lubricando siempre con un aceite de risa la miseria de la existencia diaria. Aparecía también la experiencia dolorosa y risueña de aquel muchacho que revolvía delante de la prima admirada a ratos, a ratos sonriente, toda la mezquindad humana: las lamentables gestiones de los honestos, las tristes expectativas de los débiles, las mil provocaciones con falda, con frac, con blusa que forman en derredor del que puede, un torbellino de levitas y de faldas por entre el cual surgen a veces unos galones de general o unas caderas desnudas o un mechón de canas...

-Tú no te imaginas, Chucha, lo que es Caracas. Tú ves... por fuera, ipero por dentro es que es bonito! -y con la misma amargura con que le oyera decir aquel día mis novias», repitió ipor dentro es que es bonito!

- ¡Pero Dios mío! -le interrumpió entonces. - ¿Qué necesidad hay de saber esas cosas? Que sean así ellos... Los demás; uno, no. Yo cuando oía a mi papá decir de otro modo eso que tú cuentas ahora, creía que Caracas era una cosa horrible y.... no, no es así. ¡Tú ves qué de gente buena! Hay mucho tonto, es verdad, pero malos, malos como Estranón y como un tal Guardajumo que decían que era muy perverso, no. Esos sí roban y matan y hacen maldades.

El la interrumpió discutiendo, explicándole la ligera armadura, el yeso de aquel dorado falso. Pero allá, por todo el

ras del horizonte, una balandra se iba mar adentro con las velas tendidas hacia el sol; todas las velas: la mayor, la redonda, los dos foques, la escandalosa... A veces se inclinaba sobre el dorso de una ola, siempre escorada a estribor, casi hundiendo el bauprés bajo una brisa fresca y sostenida.

- ¡Mira, Gustavo, ¡mira! Quién se fuera lejos....

Inclinado junto al hombro de ella, en cuyo cuello se alborotaban esos ricillos de la raíz del pelo que luego descienden por la hendidura de la columna en una deliciosa derrota, aspiró, al tocarla casi para poder ver el buque por debajo de las ramas que estorbaban, el aroma de la juventud sana, fuerte, que prensaba la piel trigueña de la muchacha levantando las líneas del pecho bajo el encaje púdico. Un beso, allí en aquel remolino de ricillos, sobre la nuca... No se atrevió; no era esa carne de sorpresa; Luisita Probate sentiría la muerte chiquita y un enojo breve...; Margot le llamaría grosero sin irse...; la

Corderito le hubiera ofrecido toda la boca fresca y resuelta... Él se incorporó un tanto turbado y contestó secamente:

-Irse lejos... no; aquí se está mejor.

Ella se volvió sonreída y serena con una gratitud inocente en la mirada; sintió él el sonrojo de haberlo pensado, y como si todo el virus almacenado en su sangre por las torpes noches pasadas y calmado por el bismuto le anegara el corazón, en una amargura insensata, enseñó de nuevo el barco distante: -SI, irse lejos; para volver distinto ¿verdad?

-Se echó en la hierba, a su lado, reclinando la cabeza en el brazo de la mecedora.

-... ¡Irse lejos -repitió para volver diferente!

Ella dejó caer la mano, desflorándole el cabello levemente:
- ¡No, no te vayas! Yo quiero que seas siempre como ahora. Sin un solo pensamiento concreto, él llevó aquella mano hasta su rostro y la besó. Toda estremecida, Chucha se puso de pie y sin rencor, sin expresión, sin reproche, rogó dulcemente:

- ¡No, Gustavo, no me beses, ¡que tú no te vas a casar conmigo!

Recogió la baraja dispersa, apartó la mecedora y añadió marchándose:

- ¿Quieres que vayamos esta tarde a Punta Brava? Convidamos a Margot. -La voz le temblaba ligeramente; él cohibido, respondió con un tono vago:

-Sí, si tú quieres... convídala.

La miró tan humildemente, con tanta ternura de muchacho confuso, que, sin detenerse, ya lejos, le gritó amenazándolo con el dedo: ¡Malo!

Sonrió con arrepentimiento Gustavo. ¿Con arrepentimiento? Era una impresión de ternura, de sitio de alma no visitado jamás, de frescura recóndita que sopla sobre ella una sola vez, pasa y ya no vuelve nunca...

Pero al extremo del jardín, la falda de Margot, quien daba brincos tratando de alcanzar un almendrón, le dijo, vaporosa y atrevida, que había estado cometiendo una cursilería como cualquier hortera de las Gradillas. La llamó desperezándose en la hierba:

-Margot, tú que tienes fuerza, ven para que me levantes. -
No, no sea flojo.

- ¡Ven, chica!

- ¡Levántese solo!

-Mira, vale Margot, te convido a ir a Punta Brava a pasear con las muchachas...

-Así, sí. -Corrió hasta él, lo agarró por las manos que le tendía, haciendo fuerza para resistir la tracción intencionada de Gustavo que antes de incorporarse le mordió un brazo....

- ¡Sinvergüenza, llámame otra vez para que te levante!

A pesar de haber salido temprano a pasco les oscureció al regreso; y entre la risa y entre la charla insulsa que cortaba los golpes de la marea, a Chucha se le hincaba en el corazón la espina que su primo y Margot aguzaban delante de ella que iba con otras amigas a pocos pasos... También les acompañaban algunos jóvenes, un agente viajero de lápices para los callos, el hermano de las Pérez Probate, Canelones,

el cronista social de un periódico, muchacho que iba entrando en sociedad merced a la tolerancia de los demás y a su natural desparpajo,

un agregado del ministro alemán que nunca terminaba un cuento donde figuraban él, la cervecería, su amigo Maxen y un perrito... Se hablaba mucho, de prisa, comiéndose los finales de las palabras, el sujeto de la oración, y como el alemán hacía sus pinicos en español consideraba adecuado reírse de todo.

Pero Chucha no lograba distraer su atención de aquella pareja que llevaba por delante... ¡era una tontería! Y cambiaba súbitas amabilidades con el cronista social, en alta voz, para que oyera Gustavo:

-Canelones, y hace tiempo que no leo versos de usted; ya ¿cómo que no escribe poesías?

-No, señorita, ahora vivo intensamente mis poemas... ¡El arte! El arte se vive; los versos se hacen primero en uno y uno los escribe después.

La frase de José Asunción Silva tuvo éxito, más que por ella misma, por el énfasis con que fue dicha. Y tomó pic para ir exponiendo entre pequeñas bocanadas del humo de su cigarro, conceptos terminantes: en Caracas ya no se escriben versos, acaso Mata...; los demás, gorjeos... algunos de vez en cuando tienen sus filoncitos; ¡era una tristeza escribir! ¿Para el público? No le comprendían bien... Él quería un arte exquisito, una capilla de orfebres que cincelaran pulcramente, con paciencia benedictina, las estrofas áureas, la lírica emocional...

Aunque no le entendían y aunque él mismo no se entendía, le escuchaban con una deferencia respetuosa y aquello lo hacía andar más lentamente, sacando el pie de una manera intelectual, recordando el aire endeble y enfermizo de Alfredo de Musset...

Chucha de rato en rato asentía.

- ¡Ah, sí!... es verdad y detestaba el paseo, el necio discurso, la más necia conversación de la otra que percibía a veces:

tú eres muy bandido, tú, tú. A ti no te puede tener cariño nadie... ingratísimo... ¡Tavo del demonio!... O las insinuaciones a media voz, o aquellas demasiado íntimas demostraciones de sinceridad que parecía hacerle a Margot cada vez más desentendida de los que iban detrás. Y de pronto un pedazo de verso por qué volvéis a la memoria mía, tristes recuerdos del placer perdido... que Margot contestara como contestaba de un amor que murió trágicamente, como suelen morir muchos amores», que rieran ide ella! no, ¡qué ocurrencia!, ¿por qué iba a ser de ella? Pero bueno, ¿qué tenían que decirse aquellos dos...?, y el grandísimo hipócrita y que se fastidiaba y que ella le tropezaba con los pies por debajo de la mesa... ¡Embuste! Eran un par tal para cual. Su malestar se acentuaba entre el cronista social y aquel maldito alemán que se ponía cada vez más estúpido, ¡no caerse!, ¡no romperse algo!

-La señorita ¿por qué triste?

- ¿Yo?, ¿triste?

-El crepúsculo tiene una intensa melancolía.

Atroz. Canelones hacía literatura a costa de su desagrado. Pero cruel de toda crueldad, como una pedrada a un pájaro, la frase envuelta en un pedazo de sonrisa que le dirigió Margot volviéndose de pronto:

- ¡No le digan nada que está brava porque le quité el primo, prestado!

-No, niña, ni me lo devuelvas; ¡para lo que se pierde! Guárdatelo que a ti como que te hace más falta.

Cambiaron una mirada, los ojos pardos y los ojos claros, en un pequeño relámpago homicida. Dos lindas muchachas reídas frente a todos que percibían el duelo con una alegría malsana. Dos lindas muchachas alegres que por un instante se midieron con la vista...

- ¡Ah! ¿Conque lo tratas así...? ¡Ya me supongo!

Y él entonces terció, tocando ligeramente el codo de Margarita para continuar la interrumpida marcha, con voz in- diferente, de tanto desprecio en lo íntimo como de amable tenía en el tono: -Déjala, déjala... ¡Hurra!, que se quede con nosotros-palmoteó el alemán.

Era el garrotazo: «déjala»; luego lo grotesco de la caída al suelo desde los labios de aquel alemán estúpido, con los ojos tan azules, tan inocentes, rociados tiernamente por la risa. Y la marejada de alusiones.

-Que no haya muertos-dijo una.

Cosas... del corazón -siguió otra.

La menor de las Pérez Probate, pequeño ánimo de criatura raquílica, afilada de espíritu en las encrucijadas de siete noviazgos complicados, con la odiosa inducción de las núbiles que han estado mucho entre la gente grande y han oído ya todo y saben y son malignas de una linda manera, escupió en la herida:

-Es que unas van de cal...

- ¡Y otras de necias! -exclamó Chucha rebosada, ahogándose, exasperada por aquellas picaduras de alfileres.

El alemán recordó su método de español «¿tiene usted la linda agua del comandante?» los refranes equivalentes; quiso jugar la frase:

-Es fuerte eso. ¡Yo he visto una parroquita de muertos cargando arena!

Y en una risa total expiró la amargura.

Llegaron a los bancos del malecón y se dispersaron. Chucha vio a Gustavo y a Margarita sentarse muy juntos, retirados: peleaban por el asunto de un pañuelo perdido. El cronista social y el alemán no querían abandonarla, pero ella pretextó una carta que había olvidado y que iba a buscar en un instante para dejarla en el Casino... Se fue; primero corriendo, luego despacio, y ya en el barandal de

la quinta, lejos del grupo cuyas risas llegaban junto con el rumor de las olas, entre el oscurecer, entre la noche casi, se puso a llorar todo lo que había sufrido en silencio, indignada contra su orgullo que la dejara llorar así y contra aquellas lágrimas que él ignoraría siempre... siempre.

Sin darse cuenta de por qué su tío estaba ahí, ni cuándo había llegado, tan de improviso, él la cogió por los hombros buscándole el rostro lloroso que trataba de serenarse bajo el correr de las lágrimas, preguntándole extrañado:

-¡Qué niña, qué te pasa Chuchita! ¿Por qué lloras?

-No, nada; era... que estaba triste-contestó sonriendo con amargura.

- ¡Triste! No, tú tienes algo... Y la misma mirada parda del hijo, del Gustavo bueno, del Gustavo que ella creyó adivinar antes, leyó inconscientemente hasta el fondo de su alma: - tú tienes algo...

-No, nada. -Afectando indiferencia preguntó ella a su vez: - ¿Y esa llegada suya, hoy jueves...?

Él se cogió una guía del bigote, muy serio: Vengo a buscarlas. Nos vamos mañana; debemos irnos mañana mismo. He venido a eso... las cosas no están buenas en Caracas.... Pero no digas tú nada ¿sabes? -agregó dándole importancia de confidencia a su voz. La tenía abrazada de una manera tan paternal, que la muchacha, sobre aquel brazo cariñoso, con la voz un poco temblona, suplicó: -Yo quisiera que me mandaran para casa...

- ¿Por qué, mi hijita, por qué? ¿No estás contenta de nosotros?

-Es que en casa... mi papá... yo hago falta.

Él se reza; no se explicaba qué falta hiciera aquella chiqui-

- ¡No seas tonta! Allá están buenos, ¡qué falta vas tú a hacer!

-Si... sí hago... si yo... y de pronto rompiendo a sollozar: ¡Tío Juan, yo me quiero ir...!

La oyó llorar, sonriendo al principio como si aquel llanto pueril de chiquilla que se quiere ir le hiciera gracia; después intranquilo la consolaba sospechando en ella una remota amargura; pero sin comprenderlo ahondaba el puñal:

- ¡Tonta, y ese llanto! ¡No llores, Chuchita, que te pones fea... No llores: te buscaremos novio, ¿quieres?

Reza siempre; bajo las lágrimas, ella trataba de sonreír. -Yo no te dejo ir. Tu papá soy yo ahora, tu mamá es Elisa; Gustavo es como un hermano tuyo, ¿por qué ese llanto?, dime...

Ella se quedó callada, serena. Reaccionando de su enternecimiento, exigió: -Bueno, secreto por secreto: ¿usted no se lo cuenta a nadie...?

-Convenido; pero es si dejas esa manía de irte.

-Sí, la dejo... ¿pero usted no le cuenta esta necesidad a nadie?

-A nadie.

- ¿Ni a tía Elisa?

-Ni a tía Elisa. - ¿Ni... a Gustavo?

¡Ya lo creo, ni a Gustavo! -y abrazándola de nuevo, la reprendió dándole golpecitos en la espalda: Chucha, Chuchita... necesitas un novio para que no llores a solas... ¡Un novio que es la mejor distracción para las muchachas bonitas cuando están tristes...!

Y asegurándola otra vez no referir nada, se fue hacia la casa con aquella preocupación del alzamiento del Mocho, del nuevo gabinete y de la cartera que se le iba de las manos, «¡porque como el fulano Crisóstomo es tan godó...!».

CAPÍTULO VII

¿POR QUÉ era él así? ¿Qué le había hecho ella? La pregunta hacíasela a menudo entre dos nuevas locuras, frente a un nuevo amorío, después de una noche de parranda, cuando a los ojos hinchados se ofrecen muy cerca de la cama revuelta, las botas volcadas, el traje tirado por los muebles, la camisa sudada, estrujada sobre una silla con las mangas en cruz como pidiendo misericordia de una vida gastada e inútil, como implorando piedad para aquella florecita marchita que se asoma tímida en la solapa del frac, en donde la pusieron manos enamoradas. ¿Por qué era él así con ella? Pues porque sí, por eso mismo, por una cosa vaga, sin nombre, la misma de los arrepentimientos penúltimos, la misma que le oprimía el espíritu después de una acción fea, la misma que le obligaba a hacer aquella fea acción, a lamentarlo luego y a volver hacerlo en la próxima ocasión... Como ella no se doblegaba... ¡phs! ¿Sufría? Quizá sí, pero él no lo creía; la observaba tranquila, como siempre, un poco más hacendosa, más reservada con él, encerrada en una actitud seria e indiferente, conservando a la hora de la angustia una tranquilidad afectuosa. Porque eran de angustia aquellos días... El caudillo nacionalista, alzado en Queipa con sesenta hombres, después de la burla eleccionaria, después del atropello en los comicios, conmovía las célebres nueve décimas partes. Crespo, declarado en campaña, muy pronto iría a caer en ella.

A Gustavo lo tenía muy sin cuidado todo esto: y si preocupación puede llamarse esa momentánea cavilosidad que le agotaba después de las parrandas, no era ella tan intensa como la que embargaba a su papá, quien cada vez más afligido, veía la nueva situación a través de su caída.

Crespo lejano, sin base para evolucionar, mal visto de los compañeros de gabinete, tachado de godo por los amarillos y de amarillo por los godos, sin mucha fe en la revolución: sin nexos con Hernández, sin suficiente confianza en el gobierno y metido en una embrollada combinación de estampillas que podía producirle o un juicio criminal o una nueva Cartera. Optó por la cartera. Pertenecía a la escuela política del 92.

Optó por la cartera tras una larga conferencia con don Zoilo Bello, y regresó a su casa esperando el resultado... Pero en su casa ya se había formado ambiente el malestar oficial: en quince días nueve cocineras despedidas, Clotilde resultó encinta y hubo que despedirla también; se presentó la madre: una escena mortificante: «que el niño Gustavo», «que aquella broma se la debían compensar de algún modo», «que ellas eran honradas; Elisa con neuralgia, a Gustavo lo tuvieron arrestado varias horas por un escándalo en el Puente de Hierro; los corredores, antes repletos de gente, ahora exhibían las butacas soñolientas, las escupideras inmaculadas. ¡Todos los horribles prolegómenos del desastre oficial! El mismo Gárate, con un agudo padecimiento en los riñones, se había hecho reconocer por los médicos, y en su puesto a la silenciosa mesa de familia, rodeaba su plato de cajitas, frasquitos gotarios, mientras un aire de amenaza, angustioso, sostenido, alentado por acreedores cautos, por ausencia de amigos, por coincidencias ridículas: un callo inflamado que lo hiciera cojear, la sal que se

vertiera, la no invitación al baile de las Obregón, hacía más tremenda la inquietud con que Martínez Chirle palpábase

el botón del cuello o luchaba tenaz, resuelto, contra un fideo de la sopa enredado en su bigote.

Comíase en silencio; no con la grave preocupación de los días contrariados del político en alza, sino con una como renunciación cristiana, mientras las moscas de agosto daban zumbidos y pequeños vuelos sobre el mantel...

A veces, como un chisporrotear de leña verde, estallaba una discusión entre los esposos. Ella creía que el culpable era él por estar de guarolo pensando en no atenerse sino a Crespo, en vez de pasarle la mano al otro»; él echaba pestes de los demás, acusaba a éste, a aquél, al de más allá, «que me debe hasta el modo de andar»; se indignaba al simple recuerdo de García Antúnez, juraba que se la pagaría, destacando su persona, sumiendo a todos en aquel «no sirven», un hatajo de estúpidos sin ideas, sin capital político, que se está dejando arrancar el poder de las manos por estar peleando unos con otros como perros en derredor de un hueso, y sobre todo ¡hombres sin principios!

Pero Juancho, por Dios. ¿hasta cuándo estás con esa necedad de principios? ¿Quién tiene eso aquí? Los principios somos tu familia, tu hijo y yo...

Y con la amargura de la caída le hablaba aquella vanidad frufrutante de sedas, que debía ir a las carreras; que debía vestirse en la Compagine, que debía gastar mil ochocientos y pico de bolívares en alfileres; por la linda boca de aquella mujer que tuvo lujo en casa de su padre sin sospechar los amargos sacrificios y las horas descorazonadas, en que su padre, el viejecito González, revendía acciones de compañías anónimas en la esquina de Sociedad; que tenía

lujo en casa de su marido, descuidada de la procedencia de ese lujo sin el cual no se explicaba la vida; por la fresca boca de aquella real hembra que no se ponía un mismo traje tres veces ni conocía de la maternidad sino el orgasmo del goce y el orgasmo de la expulsión. Frunciendo los labios en una contracción de disgusto mientras la amargura auxiliaba a la edad para marcarle las comisuras casi sangrientas de carmín-, añadió frente a su hijo, frente a la muchacha un poco admirada:

- ¡Principios!, ¡qué estupidez! El único principio aceptable es el de no cometer malas acciones, creer en Dios y cumplir sus deberes.... Todo lo demás son necesidades de los que gritan porque no les dan... Mira, Juancho, convéncete: la mayor parte de esos predicadores de tonterías que viven llamándose a sí mismos patriotas y honrados, son como aquel tal Flores que te atacó por la prensa llamándote ladrón cuando el negocio de la balata, y que como le diste unos reales y le regalaste dos trajes tuyos, escribía después que tú eras un economista distinguido, nuestro Bestia, nuestro Bestial, nuestro Bestial..., ¡una cosa así!

Él, a pesar de esto, se indignaba.

-Tú no sabes de eso, Elisa, tú no sabes de esas cosas. Uno tiene que cuidar el nombre.

¿Orgullo de ministro? ¿Pudor de padre? Gustavo sonreía en silencio; Chucha servía el café.

- ¡Cuidar el nombre! -y Elisa, alejándose del comedor, rio una de sus mejores carcajadas de flirt-. ¡Cuidar el nombre!

Que te sepan caído para que veas cómo repiten por Caracas en los aguinaldos aquel versito:

*El ministro de Fomento,
el que come balatá,
dicen que tiene talento
para el fomento...? ¡Qué fa!*

Al fin, ya no pudo más. Él tenía que saber...

Y sin hacer caso a las reservas y a las negativas, cerrándole el paso en la antesala en donde reunidos habían estado hasta entonces con una visita mientras su madre vestíase para ir al teatro esa noche, estreno de la Padovani con Pagliacci, él se resolvió a interrogarla:

-Chucha..., ¿por qué estás así conmigo?

Sorprendida, no contestó al principio directamente. -A ver, déjame salir.

-No, no sales si no me dices.

- ¡Vaya, niño, no seas tonto! Deja-y quiso pasar, pero él le cerró el paso resueltamente.

-Tú...

Había oscurecido; resaltaban en la penumbra detalles de la habitación, los ángulos de una mesa, el vidrio de un cuadro;

y entre la penumbra, ella que quería salir y él que había abierto los brazos al través de la puerta:

- ¡No sueñes con pasar!

-Tú...

Se refirió al fondo de la antesala renunciando a insistir; echada en el sofá, desde la sombra que parecía salir de los rincones y debajo de los muebles como una multitud de gatos negros, dijo con abandono:

-Bueno, si quieres quedarte sin comer hasta las diez... Además, tengo que ir al teatro.

-No importa -y avanzó algunos pasos.

-Es que, mira, idéjate de bromas! Damiana está esperando que le diga lo que va a hacer...

-No importa.

Ya cerca, muy cerca del sofá donde ella protestaba que la dejara salir, que ya bastaba de tonterías, que la cocinera, que una porción de cosas por hacer... volvió a repetir:

-No importa.

-Es que, atiende, ¿tú crees que es mentira?

Y de pronto cortáronse sus palabras; un brazo se había deslizado bajo el suyo, un aliento cálido le rozó el cuello y

la voz de él, anhelante, emocionada, temblorosa, le habló al oído.

-Oye, oye, Chuchita....

Todavía sobresaltada, trató de retirar el cuerpo, de apartar la cabeza, de evitar aquellos labios que casi le acariciaban la oreja como una súplica...: Oye, oye, Chuchita...

Sin compasión, echase a un lado:

- ¡Deja! ¡Déjame! así conmigo... ¿Por qué haces eso? La rabia le subió hasta los labios, en la voz temblona. - ¿Por qué me tratas así, como la muchacha que tuvieron que despedir por ti, ¡puerco! -Era un acento indefinible de rencor contenido: -Como si yo fuera esa... loca, esa Margot y la otra, y la otra, y la otra... era un acento duro que estalló casi temblando en el orgullo herido:

-Acaso porque estoy en tu casa, es que te aprovechas... tú...

Ella no lo veía; desde la sombra no sabía de su presencia sino aquella brusca aproximación que la indignaba, que más que la indignaba, la humillaba; y como él no hablara, vencido, mortificado, caído en un pequeño conflicto de ideas encontradas, sintiendo profundamente lo grotesco de su deseo, presintiendo algo indigno, agresivo, irrespetuoso por las maneras, por la hora, por la oportunidad, ella concluyó bruscamente:

- ¡Mira..., yo hubiera llegado a quererte! Creía... ¿te acuerdas en la sala el día de las flores? Pues... desde entonces!

En la pausa que hubo, ambos oyeron en el silencio de la tarde campanas distantes... el Ángelus... Santa Teresa... Catedral... Las Mercedes...

-Hubiera llegado a quererte -repitió todavía.

Cambiando de tono, añadió ligero, como si él, que estaba caído en una mudez de sorpresa, quisiera quitarle las palabras o temiera no decir las todas: -Pero ya estoy convencida de quién eres; de que tú, como eres, no puedes querer a nadie ni que te quieran. Muy bueno que estás para tus amiguitas, con quienes juegas a la tarumba y les faltas al respeto y te celan de las... perdidas, ésas que todo el mundo, itodo Caracas! se encarga de hacer conocer por boca de las sirvientas... Muy bueno para ellas..., son ilo mismo que las otras! Quizá son más desgraciadas, porque no tienen cómo tapar todas las... miserias; mientras que las otras...

El despecho, el dolor, los largos días de verlo ir y venir en una ola de placeres fáciles, de amorfos logrerros, de indiferencias crueles, hablaban por aquella boquita que tanto suspiro lanzó en la noche de su alcoba hacia la amargura y hacia el olvido...

Y no extrañes lo que te digo, que te hable así, que te confiese esas cosas que sólo sabe mi almohada y lo que he sufrido..., porque he sufrido cuando pensaba en lo que dejaba pasar, en silencio; he oído sonar el portón, cuando tú entrabas de

madrugada; te he registrado tus papeles, tus bolsillos... ¡he llevado la cuenta hasta de lo que has gastado! He indagado como quien no quiere la cosa entre la gente que frecuentas... Nosotras, las mujeres, sabemos hacer esto muy bien... Y no lo hacía por curiosidad, ¡te lo juro! Lo hacía con un sentimiento como queriéndote defender de lo que me imaginaba, convencerme de lo contrario, defenderte de ti mismo... Pero, ya ves, Gustavo, ¡qué fea, qué triste, qué... ridícula es tu vida!

En aquel enérgico ridícula puso toda su alma de indignada, en tanto que él, con una mano cogida entre las de ella, ora como un niño, dominado, debilitado en el asombro de escuchar un alma tan alta y tan firme, tan ajena al palabrerío insulso de siempre, tan de su gente; porque así debieron ser las hembras de su familia, como aquella tatarabuela María del Rosario, que prefirió darse una puñalada en el baile de Boves...

Trató ella de rechazar también la mano que apresaba instintivamente, pero ésta cayó con un triste abandono sobre el dorso de las de ella.

-Si es verdad; tú tienes razón -iba humildemente afirmando-yo... soy... así. Hago lo que se me ocurre muchas veces sin querer!, por seguir la corriente..., porque no digan los demás ¡caramba!, sí, por costumbre, por la maldita costumbre de reunirme con éste y con el otro... y los palos.... ¡si yo tuviera voluntad suficiente!... sacudió la cabeza:- ¡sí, yo debo, yo quiero tener voluntad!

Chucha lanzó una carcajada amarga.

- ¿Voluntad, tú?... Es necesario que fueras imás hombre! -
¿Más hombre? Y crees que lo que hago yo es de... mujer -
pregúntale picado en su amor propio juvenil, más hombre
-añadió con zumba- ja ti se te ocurren unas cosas,
¡Chucha...!

-No, no es que se me ocurren. ¿Tú crees, tú te imaginas que esas... locuras de ustedes, eso que quieren hacer ver como cosas terribles, como amorfos tremendos, los juzga una así?... ¡No, niño, qué va a ser! ¿Tú sabes lo que me inspira a mí y de seguro a todas las mujeres? Pues sencillamente, lástima... hasta simpatía algunas veces... Pero siempre nos hace un efecto distinto al que ustedes se imaginan. Las vemos como.... travesuras... locuras... tonterías... ganas de aparecer malos luchando contra su misma índole... Entre un niño que le roba un tabaco a su papá, se lo fuma, se emborracha y se pone a llorar, y tú con tus... novias y tus amigos y tus mil... tonte- rías, ¡no! -corrigió de repente porque algunas veces cometes cosas tan feas como la de Clotilde -pues bueno, no hay diferencia... Por eso, por eso te digo que no eres un hombre.... Las palabras le herían en lo más íntimo.

-¡No eres un hombre! -agregó aún-. Todo se te va en aparato, en vanidad, en fantochería de muchacho, y poco a poco serás malo, malo de verdad, y perderás todo sentido moral.

-Pero chica, ¡por Dios!, me estás poniendo como un suelo.
-No, hijo, no; no te preocupes. Sales de aquí, de esta antesala, de esta casa, y con la primera poética, con el primer

amigo que te explote se te pasa tu dignidad herida». ¿Te acuerdas aquel mediodía en Macuto... la tarde del paseo, que hiciste aquello? ¿Te acuerdas?

Él bajó la cabeza.

-Bueno, ya ves; yo estaba segura de que tú seguirías siendo lo que eres, lo que te han hecho ser... De lo que ya no te libras, ¡un muchacho loco que tiene que botar, que no será sino un... individuo más entre los otros... eso!... ¡Mientras mi tío te mantenga!

Luego, como él callara, se puso de pie.

-Oye: ¡cásate con Margot! ¡Te conviene, tonto! Sabe... hacerte feliz, es de aquí, acepta lo que tú quieras, es bonita, es de buena familia, te sirve hasta para que hagas carrera.

Como sacudido por un foetazo se irguió delante de ella y la cogió violento, por las muñecas; con los dientes apretados, convulso, le acercó la cara: - ¿Qué, ¿qué dijiste... qué quieres decir...?

-Mira que me maltratas-repuso con serenidad. La apretó más hasta hacerla quejarse:

- ¡Repíteme, repite, repite eso que me dijiste! Repítelo.... Entonces la muchacha comprendió que él no simulaba esa rabia, que inconscientemente lo había insultado, lo había herido, que de la herida brotaba al fin el orgullo de ellos...

-Dije-repuso con el tono más natural del mundo- dije que ésa es la mujer que le conviene a un... hombre como tú, a un joven como tú, para que brille, para su carrera, para que luz- ca, para que te comprenda, para que te...

La soltó agitado, contrariado, con un desconcierto absurdo.

-Las campesinas como yo, para otros, para quienes las quieran mucho, para quienes no las hagan sufrir... ni las maltraten... ni las crean... perversas... Y de pronto, con la cara encendida, los ojos llorosos: -Tú has pensado que yo te quise decir una cosa... horrible... ¡No, no, jamás, no! ¡Yo me respeto demasiado para eso...!

Él se estremeció al oír la voz temblorosa de la ofendida; y cogiéndola otra vez las manos, suplicó haciéndola sentarse: -¡Perdóname, perdóname mi amor!

Brotó, al fin, la palabra; brotó imprevista, súbitamente. Como despertando, ella asiese todavía a su última sonrisa desdeñosa:

-Eso... díselo a... la otra, que te lo crea, que... te diga que sí y no te haga perder tiempo..., como yo. Trató de soltarse.

-Pero tú crees... que es mentira... que yo no puedo... esperar nada... nada -balbucea-. ¡Que yo soy un... alma!

. ibicho sin -No; pero la tienes tan oscura como esta antesala, llena de telarañas, de tierrita, de barrial...

- ¡No me quieres entonces! -Exclamó ya abatido.

-Te quise; pero no puedo entregarle mi amor al primero que pase; al que se antoje, al que me lo pida... como ella no, no, no; cuando yo quiera es... hasta el alma, con locura si es necesario, para llegar al sacrificio más grande, pero por un objeto digno, por un hombre que yo admire, que crea capaz de amarme asimismo con una lealtad franca ide hombre!, de hombre de verdad. Que cuando yo esté con él... lo sienta cerca y me sienta completa. Así..., así... por capricho, por pasar el tiempo, por tener novio, inunca! Me quedo para vestir santos, para cuidar a mi papá.

-Pero... ¿no me quieres ya? Era una voz abatida que salía tenuemente del fondo de su ingenuidad. Y viéndola callada, seria, después de aquella confianza fogosa que salió de sus labios con esa admirable facilidad de palabras que tienen las ideas acariciadas mucho tiempo, exclamó de repente arrodillándose en la alfombra delante de ella:

- ¡Lo que vales! Yo... no te conocía... no te conocía. Y con una agitación profunda, empezó a decir cosas absurdas, confesiones locas, protestas incoherentes:

-No te conocía... ahora, ahora te quiero más, ahora te adoro; me parece que eres... un sueño mío..., algo que me había imaginado. Yo me portaré bien, ite lo juro! Yo estaba metido entre una partida de imbéciles... La vio tan serena, tan indiferente, que dijo desalentado: - ¿Pero para qué? ¡Tú no sabes perdonarme... y.... no me quieres... no me quieres ya...! Entonces ella le puso una mano en la frente: -Cállate, cállate....

Pasó un largo rato sin ideas; él, arrodillado siempre, pero en silencio, oyendo el silencio. Quiso hablar; no pudo. Si no

hubiera estado oscuro, ni ella hablara así ni él soportara a pesar de sus veinte años desenfadados. Las palabras que despertaran un eco en su alma de muchacho; los mismos gritos hondos de los días siguientes de las parrandas, los mismos alaridos que le repercutieran en el corazón la noche aquella, cuando ya despejado su cerebro del aguardiente, en la policía, recordó el incidente del Puente de Hierro. ¡Mil bolívares por aquella criaturita que escondía todavía su muñeca en el corpiño impúber! ¡Mil bolívares que se cogió la madre, una vieja menguada con zapatos de hombre! ¡Era un recuerdo feo, triste, grotesco! ¡Toda su vida! La «vidurria» sonriente, afeitada; el teatro Caracas, las piernas de la Corderito, los besos de Margot por la ventana, el coche de librea y la francesa de sesenta francos..., la volada de Curamichate, los chascarrillos de Juancito Vázquez, toda su «vidurria se aplastaba como un guiñapo frente a aquella muchacha que meses antes apenas sabía vestirse y que venía desde el corazón de su tierra, y como su tierra, morena, generosa y sincera: soplo de verdadera vida.

- ¡Pero óyeme, pero óyeme...!

-Sí, Gustavo, sí-continuó-, para que lo oigas, para que lo sepas: te quise, te quise mucho.

- ¿Y ahora... ahora?

Había inclinado la frente hacia ella, trémulo, y como si de su espíritu la brisa de abril barrierá el polvo con que las calles lo habían empolvado, como si del fondo de su juventud la buena sangre lavara su corazón de aturdido. La emoción lo sacudió, brusca, indomable, imperiosamente

cuando ella repetía a media voz: -¡Qué de cosas tristes! ¿Cómo se puede vivir así, sin nada por dentro? Una lágrima cayó sobre la mano con que trataba de apartarlo de sí... Volviese de pronto viendo la mancha oscura de aquella cabeza que buscaba donde apoyar un dolor infantil, y conmovida hasta las entrañas, de súbito le cogió por las sienes, le besó, le besó mucho, seguido, aturdida, como si fueran a quitárselo para siempre, como si las ideas y las palabras y la hora se hubiesen hundido en una ternura inmensa:

- ¡No, mi amor, mi vida! No llores, es mentira, te quiero, te quiero, te quiero... Tú... ¡pero no llores, mi vida! ¡No llores!

Y también, ya enloquecida, se echó a llorar del lado de su corazón, mientras, lentamente, el pudor le subía hasta el rostro como un incienso....

Antes que él se repusiera salió corriendo; a lo lejos, en el segundo patio tal vez, con voz todavía alterada gritó a la muchacha, a Seráfica:

- ¡Enciende la luz, enciende la luz, que ya vino! Y continuó agitándose, dando órdenes, llevando hasta la antesala oscura el acento enérgico que levantara así, entre lo grotesco, lo sentimental y lo ingenuo, un corazón venido a menos... Cuando se reunieron a comer, como le vieran en traje de casa:

-Y tú ¿no vas a la función? -pregúntale su madre. -No, yo no tenga ganas...

Su tío volviese hacia Chucha: -¡Estás bonita, chica! Ella entonces exigió, débilmente, inclinando la frente sobre su copa:

- ¿Por qué no nos acompañas, Gustavo?

- ¡No, que va él a acompañarlas! Él es hombre de mundo, tenorio de Las Gradillas -observó con sarcasmo su padre. Eso de acompañar a su familia es cursi... Tendrá parranda esta noche, seguramente.

- ¡De veras, niño, vente con nosotros alguna vez!

- ¡Sí, hombre, sí voy! ¡Es que en esta casa ya no le dejan a uno ni contestar!

Fue a cambiarse de traje. Al salir miró a su prima tan alta y tan bonita, con los cabellos negros partidos en dos alas, y sobre el raso del escote abierto un ramo de rosas pálidas. Los ojos, cercados de una ojera muy leve, tenían a la luz de la araña un fulgor extraordinario.

Toda la noche, en el palco estuvo de lado de su prima, quien vio dirigidos hacia ella muchos binóculos... Fulgía con los fondos rojos un poco sombríos la vasta sala, cuyo rumor se elevaba en gradaciones: desde el rumor banal de las butacas hasta los palcos graves, hasta la democracia de la tertulia, hasta el simple contento de la galería. Del telón de boca, como convidando a la juerga, Venezuela con su bandera y su corona de laurel que semeja un par de

cuernos, parecía desvirtuar su símbolo en un viva la Pepa! con el españolismo de esa majería barata que se desborda del Metropolitano, discute en las esquinas imitando al baturro y va con músicas a recibir en sus brazos toreros y gente de cachos.

Por toda la sala un olor penetrante a casimir guardado, a rosa, a alcanfor, a boudoir; y la vista perdida por aquel espectáculo hermoso, hijo del momento, de la temporada, que hace tomar en serio toda aquella civilización superficial deshecha en la primera conversación de pasillo...

Chucha sintió una satisfacción tan íntima en aquel teatro, con aquel tocado, junto al primo que no cesaba de decirle cosas cariñosas cuando la madre se descuidaba, que le parecía no ser la misma, la otra, la de ahora meses, la que viniera de San Diego de Guara con un sombrerito de «no me olvides de trapo y aquellos botines cuyo recuerdo todavía la mortificaba. Vio, fijo, como una pieza de artillería, el binóculo de Margot, escotada en azul, allá en una butaca lateral de primera fila; detrás, dos manchas oscuras que debían de ser sus tías, una calva, dos pecheras blanquísimas, varias damas en fila, serias, como si fueran a retratarse. Más lejos, algunos hombres que daban la espalda al escenario; Conchita Aguilar, a quien saludó con una sonrisa, siempre linda y con la mirada azorada de sus ojos inquietos; las González Probate, locuaces; Trinita Vernel, con su hermano, su novio y otro; las Sotico Pardo, con las estrechas formas metidas en dos vestidos blancos como dos cartuchos de bombones y en las cabezas un adorno que parecía las antenas de algún insecto; se trajeaban iguales, pero una de pelo oxigenado, era la catira, y la otra, blanquízca, pero empañada en ser morena, la negra; por

contraste. Lo que sí no contrastaba era el matrimonio Follen: un alemán, panzudo, gordo, conservado en cerveza, y la mujer, preciosa, menuda, lindísima, los hombros torneados, la toilette crema, los ojos enormes, claros, alegres en la risa.

De tiempo en tiempo, bajo el propio palco de ellos, un brazo enguantado de negro, torneado, admirablemente flexible, al extremo del cual la mano se aguzaba entre los pliegues de una falda de raso negro también, asomábase haciendo gestos... Y aquel vago aroma de mujer, de cigarrillo egipcio, de ropas íntimas... Sobre todo, las miradas de butaca en butaca, los ojos de codicia, de amor, de deseo; las miradas brutales a las casadas, los flirt discretos, los ojeos románticos y las señas misteriosas; las carcajadas, las sonrisas, las medias palabras, las joyas, los hombros desnudos, los escotes inquietantes, las lindas cabezas...

Hay un dulce estremecimiento a los preludios de la orquesta, a la simple acordación de los instrumentos; sólo Chucha no pudo advertirlo porque en el palco frontero, con un escote tremendo, la cabeza llena de flores, los dedos llenos de sortijas, junto a una vieja de mal aspecto, dejando vagar por la sala una mirada insolente y haciendo brillar sus sortijas en el antepalco como si llevara con sus dedos el compás incierto de las músicas atormentadas del prelude, la Corderito sonreía con toda su fresca boca encendida, carnosa, llena de contracciones sugestivas....

Y disgustada, tocando levemente a Gustavo con el codo le llamó la atención hacia el escenario.

Canio había avanzado hacia el proscenio, cómico, doloroso, enharinado... Pedía perdón por su sola presencia. El autor había compuesto aquella farsa, explicó, con un trozo de vida. «Un nido de memorias en el fondo del alma cantaba un día». Había gritos de pasión y crímenes y escenas de rabia, de amor y de celos: pero todo aquello era falso... Un tambor, un bandolín, un poco de harina y la risa para distraer el ánimo de las gentes sencillas, de las buenas gentes. La gente paga y viene aquí a reírse.

Y el crescendo angustioso que rompe en la infamia del grito, sacudiendo los nervios, en una gama de amor, de traición, de locura, de odio, se resuelve de pronto hacia la sencillez terrible del tema, hacia la triste verdad de la cuartilla escrita en el instante del dolor y del genio, cuando todo un mundo creado a golpe de pensamiento, que ha gozado, que ha vivido, que ha llorado en las horas fecundas y en las horas estériles; todo un mundo de luchas y amores imposibles, viene a caer en la enorme tristeza de la página escrita, de la verdad melancólica.

Le mostré anime considérate, voi che sei vomini di carne e d'osso

Bajo la blusa del histrión lamentable por cuya cara almidonada corre el llanto payaso.

CAPÍTULO VIII

TERMINÓ la función a la una. En La India, estacionados frente a la acera, coches, petardistas, granujas. Lucía la confitería las vidrieras iluminadas... En el salón los platillos ruidosos, la cena, el pequeño aspecto lujoso de los veladores. Del departamento vecino se escuchaban grandes carcajadas y la voz de don Salustiano Fajardo que refería uno de sus más celebrados cuentos.

Ellos se fijaron en la mesa de al lado; cambiaron algunas palabras. Se trataba de un hermano lejano:

- ¿No han sabido de él?

-No, la última carta es de Point au Pitre.

- ¿Y Manuelita, muy triste, la pobre...?

-Figúrate...

Eran dos señoritas, el matrimonio Follen y un jovenzuelo sin importancia. Las dos muchachas luego hablaron entre sí y con el que las acompañaba.

Chucha inquirió:

- ¿Quiénes son, Gustavo?

-Las dos Huertas.

- ¡Ah!... -recordaba. ¿Era cuál, la novia de Padrazo, la gorda?

-Sí, esa, Enriquetica.

Debía ser; allí estaba al lado del novio, aquel joven elegante y distraído, admirando la barquilla de su helado... Enriquetica, que tenía seis años de compromiso, esperando que Padrazo consiguiera un puesto en el gobierno o un negocio, hermosa y en los ojos un reflejo de una resignación ya frecuente. Padrazo no, feliz, un poco derrengado en la silla, estaba como satisfecho de sí mismo, de la naturaleza, de la fruición de sentir un sueñecillo agradable, perfectamente instalado con una suave temperatura de veintidós grados... Conocía Chucha aquella situación por diversas conversaciones; ¡aquel Padrazo, pensó, era un zángano! ¡Con una novia tan bonita!

En ese momento se acercaron otros a la mesita. Un joven Pérez y un sujeto a quien veía ella en todas partes, en el tranvía, en el paseo, en la esquina, en la misa, acababa de verlo en el teatro con el binóculo asestado hacia el palco de ellos o pascándose durante los entreactos cerca del grupo que formaban en el foyer con las González Probate, las Sotico Pardo y Conchita. Margot saludó de lejos. ¿Quién era aquel sujeto? Ella observó que al pasar por delante de los espejos se contemplaba con el rabo del ojo, viéndose también el malabar que llevaba en la solapa del smoking a riesgo de sacarse un ojo con las guías del bigote, negrísimo, aguzado, brillante de poma- da... Y por las tardes, casi siempre, pasaba con un chaquetín de cuadritos y un andar aguado, como de persona a quien estorba la gordura para juntar los muslos... Volvió a molestar a Gustavo para

preguntarle, intrigada; éste se volvió, saludó con frialdad correspondiendo a la obsequiosa sonrisa del individuo y la informó a media voz:

-Un tal Maza qué sé yo qué; abogadete, tinterillo... Es de esos tipos dudosos del interior que vienen a Caracas y se cuelan hasta por el ojo de una aguja.

La menor de las Huertas que devoraba novelas francesas, entablaba con ellos una discusión trivial acerca de Giusti.

-A mí... no me parece... ¿y a usted, Pérez?

A Pérez tampoco le parecía.

-Pero es que ni en las notas bajas se le oye bien, a mí me gusta oír la letra; no vocaliza.

-Sí, sí, ipero icuándo como Petronelli! No, chica, es de comérselo. ¡Petronelli es divino!, ¿verdad, Pérez?

Pérez dijo que era verdad. Padrazo sólo le encontró un «volumen regular....

- ¿Dónde? inquirió la otra Huerta, que se distraía de la conversación y era lo que llaman nefasta».

-Haciendo el Mefistófeles. Y en Padrazo halló apoyo la defensora de Giusti.

-Es verdad, Padrazo tiene razón; ya yo me había fijado. -Le falta escuela.

-No, al contrario, tiene demasiada, ¿no cree usted, Pérez? Pérez no creía, en efecto. Pero entonces el sujeto del malabar se creyó obligado a emitir su juicio con voz oratoria, autorizada, con una verdadera magnificencia verbal que hizo devolver al sirviente creyendo que pedían algo:

- ¡Da la nota muy limpia!

Y Padrazo, con sorna:

-Qué opinión tan aseada la del amigo.

Entonces le tocó su turno a los violinistas a propósito de lo admirable del director de orquesta, un italianito encantador> que se alborotaba las greñas en los crescendos», tirando los puños, lanzando miradas en blanco a los palcos...

- ¿Por qué les llaman virtuosos? -preguntó la distraída. - Porque soportan con música muchas majaderías-repuso Padrazo. Se convenció Chucha; sí, aquel Padrazo era un zángano, chistoso, fácil en las respuestas, rebosante de esa ironía que tiene tiempo de afilarse en la ociosidad. Y le repugnó que Gustavo lo admirara tanto.

Se marcharon. Ella se llevó la impresión ligera de aquella mesita donde hablaban todos a un tiempo, tomando sorbetes, aludiendo a cada paso a circunstancias que ella no conocía, a equívocos que no comprendía bien; de esa travesura, de esa gracia absurda de las gentes espirituales no había percibido sino la misma extrañeza con que oyera a los peones del hatu saludarse: ¡Tequiche! -exclamaba

uno. ¡Tequiche! -contestaba el otro. Y se llamaban Antonio y Francisco.

Más allá, antes de salir, a la luz de la puerta, un hombre alto, arrogante, dueño de sí y de un bastón, leía solemnemente un soneto dedicado al general Andrade, mientras se sometía a la lectura cogido por un brazo, humilde y sonriente, Canelones, el cronista social:

Tú que del Ponto airado y los vestiglos alzaste, Ignacio, y para el plectro docto...

El reloj de la torre iluminaba los tres cuartos de las dos; el pitazo de los serenos rasgaba el silencio; más lejos, una lechuza con su cochero dormido esperaba algunos borrachos que discutían de política. Y a la orilla de la acera, un chiquillo, moreno, pedía quejumbroso, estudiado, un centavito pa mi mamá que hace ocho días que no come».

- ¡Pobrecito! -dijo Chucha. Pero su primo lo empujó para dejar el paso libre.

- ¡No, valecito, que fa! ¡Qué tome amargo de Angostura!

Ya recogida en la casa, todas las impresiones del día acudieron a su imaginación: era la antesala oscura, eran los besos... ¡Los besos! Pero ella, ella la que, en aquel mismo cuarto, sobre aquella misma almohada, había llorado, había devorado febrilmente sus insomnios, se había empeñado al fin en una dolorosa renunciación; y luego esas largas noches, esos dolores, esos despechos se hundían en la oscuridad de la antesala donde estallaban los besos que ella misma diera... Sintiese enrojecer, latir todos sus pulsos

al unísono de aquel momento y hasta el más secreto fondo de sus fibras un impulso de abandono y de sacrificio en el cual laten acaso las oscuras abnegaciones de la maternidad, le sacudió los nervios cansados por la tensión del día, de la música, del amor. Y soñó hasta muy tarde unas cosas vagas, sin nombre, que tienen el encanto de que nadie las sabrá nunca...

Pasaron dulcemente algunos días. Hablaban siempre tanto, por las tardes, cuando él regresaba de la Universidad en la ventana de celosía. Casi siempre con algún tejido, con alguna novela, pasaba Chucha las horas muertas allí mismo; se familiarizó con el pedazo de calle, los dos postes del teléfono, el golpeteo del remendón de enfrente que estiraba a martillazos las suelas sobre un hierro de aplancar con el asa rota, silbando el coro del Trovador; las mujerzuelas de la posada; la eterna vigilancia de aquellas muchachas que siempre tenían alguna grasa en la cara y que se pasaban casi todo el día atisbando la calle, por cuyo extremo, el libro bajo el brazo, el cigarrillo en la boca, aparecía él al fin... Y allá por el otro extremo un pedazo de acera torcida, el fondo verde del Calvario, los terraplenes de Caño Amarillo y el cielo nubarrado, o gris, o claro, brochado de azules fuertes.

Sentados los dos a la ventana, ya la calle no existía sino como un rumor... Y hablaban mucho o quedábamos viendo a los ojos. Cierta día él trajo unos versos de Amado Nervo que leyeron una y otra vez encantados; ya nunca podrían olvidarse de aquel tan de ellos dos

*Tu torcida arquitectura
es la misma del portal
de mi antigua casa oscura
(que en un día de premura
fue preciso vender mal).
Es la misma de la ufana
y luminosa ventana
donde Inés, mi prima y yo
nos dijimos tantas cosas
en las tardes misteriosas
del buen tiempo que pasó....*

Verdaderamente todavía no habían aludido a aquel amor nacido entre lágrimas y besos, cual si temieran volver atrás la mirada; pero esa tarde, contestando a algunas palabras de él, palabras de una psicología pueril acerca de la fragilidad de las mujeres, ella ya con la confianza del alma abierta le interrumpió:

- ¿Pero tú sientes eso...?

-No... no es que lo siento: es que es.

-No, no.

-Ya lo creo, claro está que hasta cierto punto... Sonrió ella:

- ¿Cómo hasta cierto punto? Yo creo que eso no es una cosa... bueno pues, una cosa que una se impone; a mí me parece que eso nace con una y que cuando una no es mala no puede llegar a serlo, porque por más que se empeñe siempre comete la tontería de seguir siendo buena... Yo por mi parte...

- ¡No, chica, que fa! nosotros somos la excepción.

- ¡La excepción...!, pero mira, hombre; ¡tú no comprendes que así pensará de su caso todo el mundo! Que lo bueno creemos todos que nos toca a todos y que lo malo nos busca sólo a nosotros. A casi todo el mundo le oigo decir que lo que me sucede a mí no le sucede a nadie», y es que nadie se resigna a gozar como los demás, a repartirse la alegría, sino que aspira a un amor para él, a una vida para él, a una felicidad de él solito... Y, sin embargo, no conviene uno que sus desgracias son merecidas, buscadas por uno mismo...

- ¿De modo que tú no crees...?

- ¡Tonto! Yo te quiero muchísimo ¿por qué? Pues ni me lo pregunto: porque sí, entiendes, porque sí...

- ¡Esa es una frase de guapo!

-Podrá ser. Pero tú... pero como tú y como yo, novios y novias se quieren también lo mismo, y a esta hora estarán pensando que lo que es como ellos...

Fue tan fluida aquella vez, tan humana y tan espontánea, que la miró como hallando otra bajo la misma. La quiso tanto que la sujetó por los codos; con los ojos muy abiertos y con los labios muy cerrados, le acercó el rostro... Un chasquido leve... Ella se arregló la cabeza y vio azorada para todos lados.

- ¡Gustavo, por Dios! ¡Nos vieron!

- ¿Quién?

-Allí, las chocantes de aquella ventana.

Las dos cabezas unidas de las vecinas, espiaban desde su celosía; ellos corrieron la romanilla, y luego como si la trivial complicidad fuera un lazo más, juntaron las caras encendidas. Fue el beso en los párpados que tiemblan como hojas sobre el agua, fue el beso en la frente, fue el beso en las manos y en los brazos y en la boca, pero como él recordara aquella vez en Macuto, los ricillos alborotados de la nuca... quiso ir hasta allí...

-Ya... está... déjame... déjame, loco; ino, no! -y le sujetó con presteza las manos errantes, temblorosas.

- ¿Pero por qué no?

-Porque no.

- ¡Ah!, ¿ahora no es porque sí?

-No, ahora es porque no.

-Muy pálida se retiró hacia el fondo de la celosa. -Oye, ies demasiado ya! ¡O tienes fundamento o me voy!

Como él insistiera se puso de pie; pero la cogió por la cintura rebelde, la sentó en una de sus rodillas a la fuerza, la besó donde quiso... y cuando volvió a sí, vio que estaba trémula, que le rodaban lágrimas desde los ojos brillantes;

que la vergüenza, el pudor, el sobresalto, le encendían el moreno semblante.

- ¡No te vayas... no te vayas...!

Se alejaba, y desde algunos pasos contestó, quejosa:

- ¡Eso está mal! Yo soy la que tengo la culpa. Yo no vendré más a la sala, cuando tú estés... abusas... ¡es una grosería tuya!

- ¡Ah, sí! -gritó riéndose, satisfecho-. No tengas cuidado: mañana traigo al Arzobispo y lo siento allí, al doctor Abeledo en aquella silla, al general Guerra en la poltrona, y, además, podemos poner a Hipólito con la policía en la puerta de la sala...

Se pusieron a reír y ella lo cogió por el mechón de los cabellos:

- ¡Sinvergüenza... bandido, a ti que te importa eso! - ¿Y a ti por qué te preocupa? Con mucha gravedad repuso:

- ¿A mí...? ¡Acaso es lo mismo!

El, zalamero, malicioso, metiéndole el rostro junto a la barbilla, le preguntaba guiñando un ojo:

-Lo mismo. ¿No es lo mismo? A ver, explícame, dime, pero con sus palabras técnicas.

- ¡No sea necio!

Y ruborizada y contenta, ya cerca de la puerta, lo cogió por los cabellos con un gesto familiar, lo sacudió y le fue diciendo hasta besarlo:

- ¡Porque usted es muy loquito y muy... feo!

Se fue como un pájaro.

¿Pero dónde aprendió a hablar así, a amar así, a decir aquellas cosas que ya él había oído tanto en labios de otras mujeres? ¿Dónde? ¿Quién la enseñó como a Margot, como a Luisita, como a la mujer de Follen, y... como la Corderito misma cuando él le daba celos? Está engrillada conmigo, pensó. Tuvo un movimiento de orgullo: viese de reojo en el espejo, se encontró simpático, los ojos tan vivos, la cara tan grata... la media luz... el cuello del paltó oscuro con la corbata clara... dio media vuelta... correcto hasta el pequeño zapato lustrado... Está engrillada conmigo, pensó de nuevo; yo me casaría con ella... alegre como un pájaro... qué bonita debía ser de bata, iqué sabrosa a la semiluz, en la intimidad del dormitorio... amanecía, en el copete de la cama las ropas íntimas, las zapatillas tiradas en la alfombra, y «usted es muy loquito y muy... feo!» que le resonaba cerca, cálido, como susurrado desde una almohada... O bien esbelta y elegante, colgada de su brazo, con esa alegre sensualidad de las recién casadas, de paseo, para el teatro... ya que algún día estaría muy ojerosa y muy pálida y como extenuada, pero linda siempre, linda y amada porque sufría, en una gran cama, entre inquietudes... y un chiquillo gordo, mejilludo parecido ¿a quién?, a él seguramente, surgía... O por la antesala con el llavín en el bolsillo, la luz apagada, se escurriría en la cama ya de madrugada, de regreso de casa de... la Corderito, por

ejemplo... Y habría sueño simulado, y luego llanto y vueltas de cara a la pared... Sí, todo, todo lo nupcial posible, todo lo febril que quepa dentro del matrimonio; pero como las otras... Jah, ino! Ella no era como las otras... ella no sabía besar de aquel modo, de aquel otro, ni de tal manera, iah, no!, isu. mujer! una cosa respetable vestida de oscuro entre sus amigos. envidiosos. Porque no serían realmente todas como la mujer de Follen, que, en el paseo al Encanto, sorprendida en un banco, se dejó hacer y estrechar y consolar iella era tan desgraciada...! Follen no me comprende. Por eso Martín Selvas y uno de los Tosti, y él y iquién sabe cuántos! tenían que comprenderla sin mayor esfuerzo. ¡Pobre hombre! Pero él tiene la culpa por... sinvergüenza, por borracho, por torpe, por no comprender una mujercita tan linda o... ¡qué diantre! por dejar que se la comprendieran los demás mientras él admiraba cosas plácidas a través del ámbar de su cerveza y calculaba intereses.

-Yo en el caso de ese infeliz, me convertía en una ametralladora, quemaba la casa, le arrancaba... la lengua - se dijo el joven.

Cruzando por Mercaderes, al amenazarlo un coche que bajaba hacia El Paraíso, se dio cuenta de que había salido a pasear sin rumbo fijo. Paró aquel coche: ¡Eh! -Voy ocupado.

Atrás bajaba otro, vacío. - ¡Vámonos! Las cinco y veinte....
- ¿Se lo levanto?

-Sí, sí, todo el capaceté.

Cayó éste ruidosamente, trotaron los caballos, y en la dulce tarde de verano, Follen infeliz, la tremenda venganza feudal que él imaginara, la lección por aprender, los ochenta y seis pesos del vale, el... ¡qué demonio! vivir, vivir...

- ¡Pica esos animales!

Restalló la fusta. Corrió la pendiente, suave, y óptimo, feliz, encendiendo un cigarro, cruzando la pierna, aspirando aire y humo, bajó hacia las vegas del Guaire como si todo el mundo observara en su cara satisfecha que tenía novia, que era bonita, que lo había besado....

Un poco de ese ambiente de la juventud donde palpitan páginas de novela que asimila la voluptuosa imaginación de los criollos en su perpetua nostalgia de civilizaciones superiores, de destinos feudales, galantes o excéntricos- le hacía estudiar leves ademanes de distracción, y cruzó contento de sí mismo, de la vida, de las vegas fecundas, del Ávila entoldado, de aquel amor que nunca sabrían en la calle y que él solo se estaba gozando.

Pararon en el Puente de Hierro.

- ¿Tú qué tomas?

- ¿Yo?, dos velas y un tabaco.

-No vale, ipéguese el palo para que me acompañe!

-Bueno; un biscuit. Muchas gracias, vale.

El sirviente esperaba.

-Para mí, whisky con soda.

Bebieron Gustavo y el cochero. Y continuó el paseo pero en compañía de Juanchito Vázquez, a quien encontraran en el botiquín de Curamichate.

La muchacha del número 19 no se asomó esa tarde a pesar de pasarle muchas veces. ¿Brava?, isí, oh chico! El otro le refirió cosas... cuando los amores con Ibrahim. El pasó una noche y vio que la tenía sentada en las piernas....

- ¡Pero si ella nunca ha tenido amores con Ibrahim! -Cómo no, el año pasado.

-No, estaban en Europa.

-Te digo que sí.

-Pues no; estás equivocado.

- ¡Señor! Rosita Vergara con Ibrahim...

- ¡Si no se llama Rosita!

- ¿Cómo, pues?

-María Teresa.

- ¡Ah...! Esa debe ser entonces una que vivía allí y se mudó.

Pero tampoco, la casa la acababan de construir; aquello era una pequeña historia forjada por Juanchito Vázquez de quien María Teresa no quiso hacer caso alguna vez.

Tomaron más, y Gustavo fue poniéndose confidencial... El fresco...el whisky... los cigarrillos...

- ¡Las mujeres son una broma! -dijo de pronto. Estaban en la Cervecería, en una mesita del patio. -Dígamelo a mí -repuso Juanchito con suficiencia depravada.

Guardó silencio Gustavo. Luego, mientras el otro se comía un sándwich de marrano, balbuceó entre sorbo y sorbo con la inconsciencia suspicaz del ebrio:

-Yo le voy a contar una cosa que me está pasando... porque usted es vale mío, y amigo... amigo no de tragos sino de corazón.

-Gua, vale, eche pa fuera sin miedo... -Bueno, pero cuidado si usted lo dice.... Juanchito se enojó:

-No valecito, no me cuente nada más bien. -Es que es muy serio, chico.

Más resentido, agregó:

-A mí me extraña que usted me diga eso... a mí-se golpeó el pecho- ja su vale!

-No, chico, no es por eso, yo sé... Por eso te cuento: -la voz baja, vacilante, casi vergonzosa: -vale, me pasa esto, mire...

le tocó el hombro con afecto, se inclinó hacia la mesa, y tras de las copitas de whisky, por sobre los sándwiches de mantequilla y cerdo, a favor de la algazara de las otras mesas, surgió una leyenda que la imaginación calenturienta del ebrio iba esbozando con trazos oscuros, sinuosos, indecentes, mientras que el amigo oyente, complacido en aquella confesión mitad deseo, mitad novela, veía surgir del fondo de la alcoba de Gustavo, en la forma de una prima, una historia más para la colección que ya conocía por otras confidencias así... Surgía una virgen loca, llena de deseo, turbadora, viciosa, que se resistía por... fórmula; una provincianita corrompida que se ponen peores que las de aquí, una bolada más buena que el carrizo porque estaba... entre la casa, no costaba nada, y según refería el primo era bien buena»...

Partiéndole de un hachazo burdo las mil reflexiones que por un resto de pudor le hacía después ya sabe, vale, ni a su madre le diga esto», «yo tengo confianza en su reserva, vale», Juancito le preguntó chata, horriblemente:

-Y... ¿qué hubo?

El otro enrojeció un poco, bebió, sonrió: -No, nada...

Y como Juancito entonces sonriera, irónico, por un orgullo sexual exaltado de whisky, añadió:

- ¡Sí, pero ella cae ahorita!

Juancito, con ese placer de las palabras indecentes que tienen los degenerados, le dijo sería, profundamente

conmovido: - ¡Caracho, vale, lo felicito! Pero ya sabe, no cometa tonterías... con guante, vale....

Cuando abandonaron la mesa riéndose, entre las nieblas del alcohol, Gustavo comprendió que, en el fondo de aquella taberna, sobre aquellos desperdicios de sándwiches, había desmigajado algo muy puro junto con el pan y con el cerdo. Pero la ciudad estaba ya alumbrada; en perspectiva un trueno magnífico; por frente las puertas iluminadas cruzaban mujeres; los botiquines llenos; la calle invadida con aglomeración de coches, de tranvías de gente que iba de fiesta; y en todas partes, por todos los ojos, por todas las bocas, una alegría simulada, impuesta; una especie de animación a la fuerza que trataba de ahogar la angustia diaria de la existencia.

En la turbación de la hora, ellos dos sintieron apetito de mujer, pero pronta, fácil, inmediata que no fatigara con resistencias, que no tuviera vergüenza; aun cuando no fuese bella, aun cuando no fuese limpia.

-Vale-dijo de pronto Juancito vamos a comprar la entrada a las tandas porque se agotan las localidades. En la segunda, «Caramelo, isale Concha Martínez con unas piernotas...! Y por entre las piernas de Concha Martínez, vibró el grito agudo, ensordecedor de un granuja:

-El Monitor Liberal», icon el nuevo ministerio, la mujer que botó a su hijo y el Presidente de la República.... a centavo!

CAPÍTULO IX

«La señora de Gárate recibirá a sus amistades en su nueva casa de habitación, Muerto a Desamparados, 26. Primeros miércoles.»

- decía la tarjeta.

Lo cual ya era un nuevo motivo para estrechar más aún aquellas remisas amistades que parecían querer irse junto con la cartera de Fomento. No se fueron; vinieron todas, invadieron la casa, la antesala, los largos corredores, entre un circular de obsequios copiosos, un lucir de toilettes y de sonrisas, un charlar de cosas amables, de las próximas carreras, de la ópera, de la temperatura insoportable...

-Insoportable, precisamente no dijo en un grupo de muchachas el mayor de los Turbal, que se vestía a la inglesa y cultivaba el viejo humor británico a su manera-
infumable!

Risas... ¡Turbal tenía unas ocurrencias! Estando él y Pérez en cualquier parte era de morirse... De él se referían graciosas anécdotas que entristecían a su rival, aquel Pérez que aparecía siempre con Padrazo en derredor de las Huerta, y con éstas formaba un pequeño círculo un poco lánguido, con refranes propios, apenas sacudiendo la apatía de Padrazo -cada vez más lejos del matrimonio como esos globitos verdes que se les van a los muchachos... paseos insignificantes, algunas invitaciones frívolas, dos o tres distracciones por semestre e ilusioncillas entre tandas y helados...

Galvanizaba el cadáver de la tertulia la menor de las González Probate, Cecilia, Cecilita, menguada, afilada, conversando con Margot y con Soto Liendre, al cual le tenía muy disgustado el poco o ningún caso que le hacía la dueña de la casa, por estar oyendo a esc... Maza Pantoja iun muchacho venido de quién sabe dónde sin relaciones sociales ni nombre político! Triste Enriquetica al lado de Padrazo, en mitad de la charla de los demás; abatido, apoyado sobre un brazo de la butaca, Padrazo pensaba... no casarse todavía. Alrededor de ellos fue formándose la rueda con los desertores de otros grupos. Se entendía poco, hablaban todos a un tiempo. Elisa percibía el rumor, y se hallaba complacida, en un sofá poco distante entre Maza Pantoja, el mozo del chaqué de cuadritos a quien entonces conoció Chucha, y un médico de Maracaibo afecto a aquellos actos. El médico era un hombre torpe, locuaz, con un paltó-levita muy mal cortado, una regular clientela y una demanda deliciosa entre las señoras de edad. Interrumpiese el parloteo a causa de Concheiro Bosta da Vicuña que entraba en aquel instante con su Secretario; aquel pequeño, calvo, un poco amulatado; su subalterno largo y flaquísimo, pero amulatado también...

- ¡Ah! señora, crea que estimo en alto grado esta invitación.

-Es para nosotros una verdadera dicha, señor... Excelencia...

Pero la mujer de Follen con un rumor de sedas se acercó al

grupo. Cuatro miradas de hombre le mordieron el cuello esbelto embellecido de rubio, los senos pequeños que con las caídas de la tela del traje, muy delgada, de un gris

desvaído, a veces aparecían en su forma total o se ocultaban en una graciosa ondulación al mover la cintura cogida dentro del largo cinto, vigorosamente.

-La señora de Follen..., el señor Concheiro, Ministro... - Bosta da Vicuña rectificó el diplomático presentándose. -A los pies de la bella señora.

-Su Secretario....

Una larga voz salió de aquella larga laringe ¿qué dijo? Elisa no oyó, la de Follen tampoco; dedicó sin embargo a cada uno una sonrisa por orden de importancia, y escucharon ambas complacidas aquello de las bellas ninfas del Guaire», «las gentiles deidades do Caraota espumoso... Lo de «deidades» mereció sonrisas. Elisa hubo de apartarse, tras algunos cumplidos, para buscar a su marido, quien metido desde temprano entre una rueda de políticos y una humareda de tabaco, cambiaba ideas». Tuvo que regresar al salón, sola.

-¡Mi señora, es usted el hada de la alegría, el hada jocunda para un ánimo exangüe de suyo, como el mío!

Ella se volvió de pronto, asustada: en una butaca con semblante sonreído y un terno cacao, Asclepio Portillo Sufrón, joven poeta zuliano, expuso lentamente una hermosa imagen de lago azul y sociedad y brisa...

-Versos, ¿no?, ¡qué bonitos!

-Aquí, precisamente y se palpó un bolsillo interior, otro exterior y el del revólver. Elisa se inmutó. Pero no, eran unos versos, a ella; pensó entonces que debían ser muy bonitos; así se lo manifestó; él lentamente, con el índice y el pulgar apretujados como sujetando una chinche, declamó:

«Blasón Romántico»

- ¿Y eso qué quiere decir?

Sonreído, explicó:

... «Áureo miércoles» ...

-Como sus recibos son los miércoles, áureo miércoles, miércoles de oro.

- ¿En francés?

- ¡Oh, no, señora! En latín, en el idioma de los poetas.... Encantada iba a darle las gracias, cuando de pronto don Salustiano Fajardo, solterón empedernido y viejo amigo de la casa, preguntó tras ellos con un vozarrón de veterano que hizo empurplecer al poeta:

- ¡Cómo es eso, Elisa! ¡Cómo, cómo te van a leer eso tan largo, así de pronto! Es un atentado, señor, se trata de una dama!

-Es una composición poética dedicada a mí-corrigió sin poder dominar la risa y la mortificación -es de este joven.

-¡Ah! bueno, bueno... ¡se aplica el muchacho! -y el viejo también sonriendo bajo su abundante bigote, le dio unas palmadas en el hombro que humillaron más al infeliz. Aquel viejo debía ser un burgués, pensó indignado. Pero éste, sin cortarse, con una graciosa desvergüenza, comprendiendo la confusión del joven apolonida que sonreía con la sonrisa falsa del que encuentran haciendo una cosa fea, llamó desde la antesala:

- ¡Vengan! Carmelita, señoritas Huerta, Chucha, Conchita, ustedes también designó a los jóvenes-¡vengan que aquí hay un soneto de Maracaibo!

Le rodearon todos. Pasó un rato. Asclepio se excusaba.

-Que lo lea por partes -dijo una.

- ¡Qué avise!

-A la una, a las dos....

El poeta estaba confundido, feroz, con las orejas como dos tomates y encerrado en un silencio horrible.

-Bueno pues, ¿qué hubo? -exclamó don Salustiano impasible.

- ¡Se enfría esto!

-Ay, chica, pobrecito -dijo una, compasiva.

-A la una, a las dos, a las tres...

- ¡Cojo es! contestó una voz falsa.

La señora se volvió:

-No, niños, con fundamento, ¡ya basta de broma...! Lea, lea, Asclepio, no les haga caso.

Todavía resistió el poeta. Por fin todas le rogaron: - ¡Sí, léalos, léalos, señor Asclepio!

- ¡Chitss... que ya va a empezar!

Tornó a poner los dedos lo mismo y cadenciosamente:
«Blasón Romántico»

Más bajo, añadió: «áureo miércoles».

Y desflorando ya el primer endecasílabo «Porque eres reina y exquisita eres... la menor de las González Probate dijo chillando, retirándose de Margot: - ¡No, chica, no me pellizques!

Asclepio le dirigió una mirada fosca, espantosa; alzó la voz, impuso el segundo verso como un rodillazo, y ya no hubo forma de contenerlo hasta el fin:

*Flor del ensueño, símbolo risueño
galante y probo, genuflexo sueño
con la Virgen Santísima y Cíteres;*

*porque brindas, ¡oh diosa!, los placeres
de Apolo y de Terpsícore, mi empeño*

*se torna alegre, desarruga el ceño
bajo tu vara virtual, si quieres....*

A pesar del ripio si quieres y de llamar odiosa a la dueña de la casa, declaró don Salustiano, los tercetos serían mejor educados:

*Al lado del honor del caballero,
que es honra y prez de castellana gracia,
depone sus ofrendas el trovero,*

*y con el ramo de la fresca acacia,
¡salve! le dice a tu virtud de acero
y ¡salve! al guante de tu aristocracia...*

- ¡Y Dios nos salve el lugar! -exclamó alguien.

Hubo una salva de aplausos. ¡Qué Asclepio aquél! ¡Con aquellos sonetos tan lindos! Una tía de las Huerta preguntó: - ¿Y no está empleado?

El poeta se fue junto con varios; por allá se informó: - ¿Cómo se llama ese viejo del bigote grande?

- ¡Ah! ése es don Salustiano Fajardo, muy buena persona.

- ¡Muy bruto es lo que es!

Don Salustiano metiéndose en la sala participó que en el corredor se habían leído unos versos cortos pero malos...

- ¿Sí?, cómo, dígame-inquirió el cronista social, asediado por varias muchachas empeñadas por no borrarse en la muletilla de la revista y otras no menos bellas que se escapan a nuestra memoria».

-Allí, en la antesala: un joven Anfiloquio, Esculapio, Cinematógrafo, ¡qué sé yo!... es de Maracaibo...

¡Ah! ya sé... Asclepio Portillo-Sufrón, ¡un orfebre! Voy a quitárselos para publicarlos en el periódico.

-Mire, Canelones-encareció una- no se olvide de aquello. ¿Por qué no apunta los nombres?

-No, no es necesario, yo me acuerdo: Emilia y Carmen María.

¡Ya ve, no se acuerda! Carmen Antonia. - ¡Ah, sí! Carmen Antonia... y se fue, corriendo, a buscar los versos, al ex ministro que no había logrado ver.

En la sala tocaba la señora de Follen, ligeramente. Pérez volvía las páginas. Pedazos de paso-doble, algunos fragmentos de *Quand l'amour meurt*. Pero pidieron a «Caramelo la música del día, la música española, zambra... manzanilla... las facas abiertas... y les evocaba la tiple gorda enseñando las piernas, las tandas, el género chico.

Después sentóse al piano Emma der Hunter, una señorita flaca, muy instruida, muy fea; le acompañaba con su violín el menor de los Turbmill, que había estudiado en Alemania; lo tomaron en serio y dejaron caer una granizada de notas,

de disonancias, de escalas vertiginosas y fortísimos como descargas y pianísimos que parecía que estuvieran abriendo un escaparate... Aquello era la rapsodia número 27, según explicaron de Scharzemberg von Kalech. Don Salustiano pedía brandy; una joven Grosse que daba clases de piano estaba como escandalizada. Por la ventana había barra.

Chucha se había quedado en un rincón un poco cohibida, un poco turbada... Debía de estar alegre: todo parecía sonreír- le: su tío volvía a estar en favor, se hablaba de su candidatura para la Gobernación; de su casa tenía buenas noticias, el ganado se vendía bien. Gustavo no la dejó sola sino algunos instantes para ir a cumplir con los demás... Pero tornaba a su lado, disimulando esta predilección con la amiga preferida de ella, Conchita Aguilar; la bromeaban ya con Gustavo, a pesar de que Conchita, por buena, compartía la broma: ella quien los ponía a conversar, dando el claro para dejarlos solos.

¡Tan buena Conchita, yo la quiero tanto!» decía su amiga. Y se llamaban «mi negra, aun cuando aquélla, delgada, con un rostro tal vez demasiado pequeño, pero con unos ojos verdosos, abiertos, de leves párpados, que miraban las cosas con expresión azorada, más bien tenía el pelo de un castaño claro. Se querían, se hablaban todo, todo se lo contaban en el abandono de los días que se pasaban juntas, echadas en los sofás, sobre las camas, haciéndose confidencias... Chucha le encontraba algo de varón; ¿cómo era tan delgada, tan estrecha de formas, cogidos los cabellos en un nudo redondo sobre la nuca, con una cinta

roja por la frente, en dormilona, parecía un efebo, uno de esos efebos de las ilustraciones de «Quo vadis? expurgado para el uso de las niñas y que ambas leían, soñando aquellas vidas terribles, aquella dulce Ligia, aquel Ursus que no podía agarrar una taza con sus enormes dedos, San Pedro... las catatumbas... morir por la Iglesia en un circo lleno de gente... estremecidas se imaginaban el horror de entrar allí sin camisa, atadas sobre un toro furioso, bajo la esmeralda de Nerón... y Vinicio con la misma cara de Gustavo se echaba a la arena ¡Pueblo Romano, por mis heridas...!». Sin embargo, a Conchita le gustaba más Petronio. - ¡No, chica, es muy egoísta!

Las dos terminaban riéndose de aquellas locuras; pero Conchita ya últimamente notaba que su amiga como que la quería menos; ya no hablaban ni de Vinicio ni de Petronio ni de lo que ellas le hubieran hecho a Nerón; ahora se retraía, casi no sentía entusiasmo hacia la compañía de Conchita, y en vez de desesperarla haciéndole cosquillas hasta llorar, evitaba los retozos, hablaba de las cosas serias de la vida.

-Sí, mi negra, yo lo he notado, lo he sentido. Tú ya no me quieres....

- ¡Tonta!

Sí, como antes, no me quieres se le arrecostó al hombro ni me cuentas lo que te sucede, ilo que piensas... Nada! -Luego añadió maliciosa: -Pero yo sé, yo sé lo que

- ¡Mentira!, ¡qué vas a saber! -En la cara mostraba toda la picardía de querer que la otra supiera...

Conchita le echó los brazos por el cuello y canturreó: ¡Gus... ta... vo!

Se puso colorada y bajó la cabeza sobre el hombro de la amiga.

La otra se rio.

¡Me lo imaginaba! ¿Pero él es bueno contigo? -y Conchita se la quedó mirando a los ojos.

- ¿Cómo bueno?

-Digo... que si no te hace sufrir... -respondió un poco cortada. Porque como él es tan... así, tan alegre... - ¡No, no, él conmigo es bueno!

Y como ya el amor le quitaba otra amiga, Conchita suspiro: ¡ija ella nunca le duraba nada!

-Pero mi negra, ¿y no nos queremos lo mismo?

-No, no, chica, no es lo mismo... Siempre es como si le robaran a una algo, algo que es de una sola ¿comprendes? Yo sé que eso es natural, que de seguro el novio le coge a una todos los sentimientos... yo nunca he tenido novio... En el colegio... Se ruborizó un poco y se calló.

-En el colegio qué, cuéntame....

- ¡Es una tontería!

- ¡Pero no, cuéntame!

-En el colegio me enamoré de un San Luis Gonzaga de bulto que estaba en el patio....

- ¡Chica!

-No; si fue una tontería... Yo me acusé con el padre Mariano, un viejito que nos confesaba.

-Y él no te dijo que eso era malo, ¿que a los santos se respeta?

Las dos se pusieron a reír.

-Bueno ¿y él que te dijo?

-Yo me acusé que me la pasaba pensando en él; que había soñado con él y que venía del cielo a buscarme, y venía con corbata blanca porque allá iba a ser el matrimonio; mi papá era padrino con la hermana Justina, y un tío que está ahora en Nueva York; bueno, él quería que nos fuéramos ya, que los coches nos estaban esperando... pero a mí me dio muchísima vergüenza salir, porque estaba descalza delante de un gentío... y San Luis se fue llorando, avergonzado, igualito a Marco Aurelio, un hermano de una amiga mía a quien yo quise mucho, como a ti, y que ya se casó y ahora ni me escribe...

- Pero ¿qué te dijo el padre Mariano?

-Que yo no había soñado con tal San Luis Gonzaga sino con el Marco Aurelio ese... que evitara soñar con esas cosas porque las que sueñan mucho con matrimonio no se casan nunca... ¡y, ya ves, tenía razón!

De pronto las dos se volvieron hacia la puerta de la antesala, a través de cuyo portier se oía una lucha jadeante... estalló un beso... y palabras entrecortadas: ¡No, por Dios! ¡No, mira que nos oyen! ¡Allí mismo en la otra pieza hay gente! -Nadie respondía, pero la voz de mujer continuaba protestando, temblorosa, traviesa: ¡No, por Dios! no seas loco, no; que nos van a encontrar... ¡Suéltame, suéltame, que me ajas todo el vestido!

Chucha tosió, Conchita dio algunos pasos; ambas atoradísimas; y hubo en la otra habitación un pequeño tropel, alguien huyó hacia el comedor. ¿Quiénes eran? Aquella habitación era el escritorio de su tío, cerrado esa tarde; adentro, seguramente, trabajaba Martínez Chirle caso de estar alguno. ¿Quiénes eran? No comunicaba sino con la antesala donde ellas estaban, con el corredor por el que huyera alguien, al ser descubierto, y con el dormitorio por una puertecita pequeña a la mano izquierda de la estantería... ¿Quiénes eran?

Las dos, sin atreverse a comentar cuanto habían oído, impresionadas, regresaron a la sala, al grupo donde se charlaba con calor; allí estaba la mujer de Follen, tranquila, hablando de los sufrimientos ocultos que nadie adivina, que nadie comprende en esos días había leído «Las Desencantadas; allí estaban Margot, y las Huerta, y las González Probate, y todas las que recorrió su imaginación en un segundo al escuchar lo del escritorio. Allí también

¿por qué le saltó el corazón de gozo? Allí estaba Gustavo dando bromas todos y excitando el regocijo de Follen para que echara un cuento verde... La mujer de éste, con gesto púdico, exigió que no siguieran adelante la broma: ¡Follen está imposible!, ya es inconveniencia. ¿Entiendes, Follen? -y lo midió con el relámpago de sus ojos claros... Sentóse otra vez al piano, se quitó lentamente los guantes, recorrió las teclas y fue desmenuzando los motivos de un vals de Strauss, mientras que la conversación volvió a generalizarse alrededor de un compromiso roto, de lo que contestó Pérez a un general, de algunos detalles privados que se conocían en el asunto de Judit Esparza porque a esa mu- chacha la casaron a la fuerza, y ella no quería sino a su primo», informó una solterona que se parecía por las hablillas escabrosas. Parece que el señor Esparza halló en la alcoba unos pantaloncillos marcados con el nombre de otro... ¡Cosa más extraña! La señora reprendió al chino que equivocaba las ropas...

-La señora sacó su chino... -interrumpió don Salustiano. - ¡Ay mijita!, ¡qué escandalazo! La señora dijo que se envenenaba, que era una calumnia horrible de su marido, porque el señor Esparza no se tragó lo del chino y fue casa de la familia de ella. Citaron al chino a la Jefatura civil; el chino, asustado, dijo que él no lavaba la lopa de nalic» sino la de ellos; y el primo, como dicen que el señor Esparza, el pobre, es tan bruto, tuvo que irse para Curazao... ¡En fin, un horror de cosas!

Ya se despedían algunos, cuando Elisa apareció junto con su marido:

- ¡Lo he sacado de su guarida, se nos quiere ya huir de aquí los miércoles...!

La señora Follen giró el taburete del piano hacia ellos, se arregló el ramo de miosotis que llevaba en el pecho, y dijo con un tono quejumbroso, como quitándose un gran peso de encima:

-Feliz usted, Gárate, que tiene talento y brío para luchar, para llenar su vida, para hacerla interesante... ¡Usted es un luchador, yo admiro los hombres como usted, Gárate, créalo! -y le dirigió una mirada de admiración, húmeda, delicuescente... Después se volvió hacia su marido: -¡Anda, hijo, por Dios!, ¿qué estás esperando para pedir mi abrigo? ¡Qué pesado te pones!

Reían alegres cumplimentando a los que se despedían. Chucha pensó en los malos juicios que habían echado ella y Conchita. ¡Eran sus tíos los del escritorio!

Todavía con los ojos hinchones de sueño, en robe de chambre, el cutis fatigado que exhibe en las mujeres de edad la luz cruda de la mañana -iluminándola cruelmente hasta el fondo de los poros donde comienzan a surgir puntitos negros; rostro igual a la cara marchita de los cómicos en los ensayos de mediodía-mientras su marido se afeitaba, ella le leía la revista del recibo, escrita en estilo precioso e inserta en el «Monitor Liberal: Todo cuando vale de esta gentil sultana en la polí- tica, en la belleza, en las letras, en la banca, se dio cita el miércoles pasado para concurrir al exquisito recibo de la señora Elisa Probate de

Gárate. Las horas pasaron allí como en un sueño de Las Mil y Una Noches, abriéndose como otras tantas flores de ensueño los blancos jazmines, los claveles purpuras castas Margaritas...

-Esto es con Margot López, de seguro -ilustró ella interrumpiéndose.

... las castas margaritas, las floraciones del Ávila diuturno que evoca el ánimo errátil en desolantes y melancólicos yermos aridecidos, una como procesión de sonrisas crepusculares... La exquisitez de la noble dama y de su bella sobrina Chucha -flor que encierra aromas avileños- al obsequiar con la distinción que les es propia tan selecta concurrencia como la que rebotó anoche la hermosa mansión de los esposos Gárate; la música que deshojaron como jazmines propicios a la ensoñación del poeta las dulces manos de la señora de Follen, hada de la armonía, y esa maga del teclado que se llama Emma der Hunter, acompañada en el violín por nuestro genial artista Carlos Alberto Turbml, los cuales tocaron ante la refinada concurrencia, suerte de notas maravillosas, la difícil rapsodia número 27, evocatriz de los paisajes del Rhin, Loreley, la de las pupilas ajénjicas... Y dando muestras todos de la maestría con que saben tender sobre las almas los hilos del ensueño... »

En sección de honor publicamos el hermoso soneto del exquisito poeta Asclepio Portillo Sufrón a la distinguida dama y que él mismo hubo de recitar entre los aplausos entusiastas con que siempre son acogidas las producciones de nuestro talentoso portaliras, el citado Asclepio.»

Entre las damas, gala y ornato de los salones caraqueños, anotamos: de Follen, de Probate, de Pérez Probate, de López, de Sandes, de García (doctor Epifanio), de Soto Pardo, de González Probate, de Pérez Pantoja, de Sandes Ulloa (Juan Francisco), de Huerta, etc. »

Seguía media columna de nombres; luego las señoritas bajo el mote y como ninfas encantadoras de los bosques del Guaire, como teoría en el triple símbolo de la belleza, de la gracia y del ensueño, las que a continuación se expresan... Se expresaban todas, ni una más ni una menos. El cronista sentía especial complacencia en estrechar la mano del distinguido diplomático Concheiro Bosta da Vicunha, ministro del Brasil», manifestando también dolor por lo frágil de su memoria al escapársele algunos nombres, por lo cual pedía rendidos perdones y después de aquel torneo de la cultura y del buen tono», lloraba la hora cruel en que hubo de terminarse el espléndido recibo, «cifra de nuestros anales sociales, y que como todo lo ideal rendía tributo a la triste realidad segadora de ilusiones que como libélulas, sobre nenúfares impolutos etc... Se permitía cerrar la galerada social con apóstrofe íntimo: Envío: y tú, Margarita entre las Margaritas de corazón de oro, ¿olvidarás el bardo sediento junto a la cisterna de tus glaucos ojos?»

- ¡Ah, sí! esto es con Margarita -exclamó otra vez Elisa encantada, leyendo hasta el fin, en tanto su marido, con media cara enjabonada, ofrecía ayudar a ese mozo tan inteligente».

Con dolor hubimos de despedirnos de los distinguidos anfitriones, dejando esclavizado nuestro agradecimiento en aquel hogar donde entre la gracia, la belleza y las

virtudes, piensa en los grandes intereses de la Patria un caballero talentoso y culto, hombre de estado, honra del foro, de las letras y de la sociedad.»

-Hay que ayudarlo! -exclamó Gárate-. Ese joven tiene mucho mérito.

Su mujer relee el periódico encantada.

En Caracas, la gente maldiciente, los comenzó a llamar la familia miércoles.

CAPÍTULO X

HABÍA caído la tarde junto con una garúa que tendía su velo por la ciudad, desde lo alto de las torres, desde el cerro opaco, desde nubes muy bajas cargadas de agua.

Cuando Elisa entró a la Catedral, el sermón finalizaba espeluznante: ... y el Apóstol San Pablo exclama también: Vosotras, mujeres de pecado, que escondéis el escándalo en vuestro pecho, como una sierpe, vobis pecavi mullieribus... Seguía el viejecito su disertación por cuenta del Apóstol San Pablo, poniendo en boca de éste todas las serpientes y todos los pechos que le ocurrían, haciéndole hablar en un latín bárbaro.

Elisa sintiese, no obstante, muy turbada. Eran aquéllos los triduos del Sagrado Corazón, y hablar así, tan a lo hondo de las almas... «por las cuales, hermanos míos, nuestro amado Redentor sudó sangre, sangre por nuestras soberbias, sangre por nuestras avaricias, sangre por nuestras iras, sangre por nuestras lujurias, sangre por nuestras gulas...» Anegado en sangre el sermón, no había por dónde cogerlo.

Ella humilló la frente. Sentía en realidad algo que la turbaba profundamente, como si las arterias divinas le bañaran el corazón, inquieto... Pero no venía él... Oyó los apóstrofes, los llamamientos de amor a esas pobres ovejas que el Buen Pastor buscaba por la montaña, entre los zarzales «¿habéis visto mi oveja perdida?». Un diablo maligno, el diablo del ridículo, se le metió cabeza adentro al otro la pregunta del viejecito «¿habéis visto mi oveja perdida?». Recordó Elisa el Mandevil: «¿habéis visto la pata en su nido?». Y el diablo maligno le respondía dentro

de la sonrisa de su pensamiento «ella está echada detrás de la pared del corral». Sintiese sonreír; se persignó, asustada de la impiedad, queriendo arrojar lejos una multitud de sombras conocidas que trataban de hacerse presentes en el limbo de su imaginación... y era el bigote en punta de él que hacía cosquillas... su palidez intensa aquel día, la primera vez... Soto Liendre... una lámina desnuda en la cartera de Gustavo y aquel objeto de caucho... ¡Dios mío!... perdóname Señor... pero como que ya no viene; y porque me acuerdo de estas cosas. Jesús divino, perdóname, por el amor de tu Madre Santísima... ¿con quién tendría él amores... antes?... ¿Pero para qué se acordaba de eso ahora...?

Por fortuna hubo un gran rumor en el templo; el predicador hacía la petición de rúbrica vuelto hacia el altar, patético. Ella escondió la frente entre las manos, un instante, como aplastando contra sus cabellos rizados y flotantes bajo su velo, el tropel de aquellas ideas indecentes, incoherentes... ¿y si las dijera en alta voz para castigarse...?, para que se asombrasen las devotas de al lado. ¿Qué diría la gente?, ¿qué diría el Arzobispo? Un horror pensar, pensar sin querer una multitud de cosas feísimas, grotescas, escandalosas, que harían reír a todo el mundo o matarse o volverse loco al que las dijera... ¡Pidamos, oh hermanos míos!, pidamos a nuestra Madre María y a su Divino Hijo, derrame sus bendiciones sobre nosotros, sobre nuestras almas, sobre nuestros hogares si en ellos ha llamado la mano de la tribulación Dios te salve María, llena eres de gracia!

Sobre nuestros hogares si en ellos ha llamado la mano de la tribulación, repitió Elisa mentalmente, echando con un

esfuerzo en los párpados la idea pueril de aquellos bigotes en punta, la idea nerviosa, fija... Rezó, rezó con un fervor verbal, queriendo convencer a su espíritu de que debía rezar, creer y arrepentirse, pero su espíritu se distraía: con un sombrero muy mal adornado que llevaba una señora, frente a ella, con la tos de un viejo, con la idea de la tribulación Jah si!, de una verdadera tribulación que la llevaba al templo, a una cita con él, a una cosa tan incorrecta... No, se iría, se iría... O se confesaría; entraría a la sacristía, y de hinojos, llorando, desesperadamente, cogiendo las manos consagradas del sacerdote: «¡Padre, sálveme; sálveme, padre; soy una desgraciada, voy a caer!». La frase le acudió íntegra, pero al repetirla le pareció ver la escena, ¿qué haría el padre?, ¿qué haría ella luego? Una locura; estaba loca... Y además una mentira; no sentía eso; querría en aquel instante irse en una nube, con él abrazado, estrechos, juntos en la niebla azul de la eternidad como aquella ánima y el ángel aquel que veía en la pared de enfrente, en un gran cuadro donde los penitentes lloraban abrazados, desnudos... Había un hombre verdaderamente hermoso... un don Juan Tenorio... un Maza Pantoja; él sería así seguramente, como un Adán, moreno y fuerte, con los músculos del pecho señalados y el cuello de toro... Qué horror de imaginación... Dios te salve María, llena eres de gracia... El placer confuso de tener miedo, el vértigo de las velocidades morales, un grano de arena que pueda hacernos estrellar la frente contra lo desconocido... un calofrío tremendo de placer... El vendría, le hablaría; la hora del pecado...

-Santa María, Madre de Dios, ruega, señora....

Atrás, en la neblina de las calles, quedaban deberes, deberes que todo el mundo citaba en los libros, en los espectáculos, en la vida diaria, y con cuyas dulces violaciones cobraban interés los libros, brillo los espectáculos, felicidades imprevistas el fastidioso correr de los días... ¿Era más feliz que ella la mujer de Follen? Una vez la oyó decir que del matrimonio lo único malo era el marido «pero que hasta eso tiene remedio» ... ¡Era una loca! Sin ideas de moral, sin un chiquitín a quien cuidar; una pobre muchacha tan espiritual casada con aquel idiota... ¡valiendo más que él! Gárate... Gárate ya había perdido aquel qué sé yo de antes, cuando parecía todo nuevo, todo simpático, cuando ella se sentía estremecer las fibras más íntimas al cogerle una mano... Había envejecido, habíase sumido entre papeles, entre cuidados, cóleras y entusiasmos, de los cuales salía, con una arruga honda entre las cejas, más parecido que nunca al hermano viejo, para irse hasta ella con la palmatoria en la mano, en pijama... una escena idéntica, sin atractivo, mecánica, triste... y sobre todo un solo beso lo cansaba, le daba el asma, se quejaba de los riñones, se quedaba dormido... de cualquier modo... Antes, antes de nacer el niño, cuando éste estaba pequeño ¡qué distinto!, ¡qué distinto! Aquella cara morena, de bigote recortado que le hacía cosquillas, seria y apasionada, con los ojos que se la querían comer, que perseguían el descuido de las ropas de cama, y los labios convulsos de los primeros entusiasmos... y la piel amada que es toda ella un beso desde los talones hasta los cabellos... ¡Antes! era una tristeza pensar en el pasado, lejano, escondido, borroso ya entre las colgaduras del lecho como un fantasma de la juventud. Todo lo absorbían las luchas diarias, las necesidades, las pequeñas miserias del carácter, del tiempo, de las humillaciones físicas... No, no, no podía resignarse a que él continuara disfrutando a ratos

el afecto tranquilo, fastidioso, inalterable, de su mujer, de su esposa, de su cama, de todos esos horribles sus paramentados entre el orden y la higiene, desesperantes; como una obligación, como lavarse, como comer... No, ella necesitaba que la quisiera como antes, como antes con pleitos, como antes con súplicas, como antes Jah, ¡cuántas veces pasó por su cuerpo, en las locuras de la intimidad, el escalofrío sagrado de su primera noche de amor!... De eso hacía dieciocho o veinte años... la edad de Gustavo... más...

-Y Bendito sea el fruto de tu vientre, Jesús...»

Viendo crecer aquel muchacho que era un orgullo, un orgullo puro, pero tan alejado de su ser físico, tan desconocido para ella entre sus sueños de amor, que lo envolvía en todo su afecto de madre extremista, y lo ponía como antes a dormir en su cuna, en un rincón de sus reflexiones; de allí no lo movía, no lo acercaba a su corazón, no dejaba que su mirada penetrara a través de las nieblas que se lo ocultaban; porque él también, como su marido, como todos, no estaba en la casa; en la casa de su espíritu ocupaba un rincón amorosísimo sin que influyera su presencia en el orden moral de ella. Retiradito, como aparte de su alma, de su pobre alma de mujer que necesitaba satisfacer un ansia de ternuras, una reserva de cariño que cuando se la iba a regalar a su marido, y se le reclinaba al hombro y le echaba los brazos desnudos como un toisón mientras él escribía, o la asfixiaba con una bocanada de humo de tabaco, o la evadía fina y resueltamente: - ¡Vamos, mijita, estate quieta! déjame trabajar... ¡Ya nosotros estamos viejos para esas cosas...!

¡Viejos!, viejo estaría él; así se lo decía, aunque él se riera buenamente sin sutilizar amargura de aquel epíteto. ¡Viejos!... Ya los treinta y ocho años estaban llamando a su puerta, era verdad; pero allí estaba el espejo de su tocador, el cuarto de baño, el lecho... Y sin contar los guarda ropas, ni las baterías de belleza del boudoir, ni la exquisita intimidad de su tocador, era vejez acaso la sonrisa de sus ojos y la flexibilidad de su piel y el pecho hermoso y duro que era un don de familia entre las González -bella forma hereditaria donde alguna vez reclinara el propio Bolívar la frente febril, entre dos batallas... ¡Vieja! y todavía oleadas de sangre ardorosa e impaciente coloreaban su rostro como allí mismo, en el sermón, pensando agitada todas esas locuras...

No se fijó Elisa que el viejecito, fatigado, bajaba lleno de unción y sudor, la cátedra del Espíritu Santo, que, en la forma voluptuosa del símbolo, se abre de alas como para cubrir a una compañera invisible.

Se apagaron algunas luces... Mascullábanse rezos en la capilla de la Adoración Perpetua; hacia el coro de los Canónigos, sombra, silencio, roto de pronto por un bedel que tiró al suelo un candelabro... En las paredes apenas bosquejábanse oscuros dibujos. Por las puertas que daban a la plaza y a Madrices entraban rumores: un número de lotería, la campanilla de los tranvías, alguien que penetraba santiguándose... Por todo el medio y en las naves no menos de seis personas: dos viejitas, un ciego urbano, otras dos mujeres...

En la capilla de la Cena, dijo él. Era allí en el primer cuerpo de esa capilla, del lado opuesto al confesionario tallado,

donde ella lo encontró con los ojos inquietos, estrujando entre las manos el sombrero de pajilla...

-¡Qué hay! -El no encontró otra frase sino aquélla, casi imbécil.

Y se juntaron, muy cerca, frente al cuadro... No se estrecharon las manos porque temieron que pasara aquel monacillito que iba y venía.

-Es una temeridad tuya comprometerme así decía le angustiada; yo porque no tuve tiempo de decirte que no... estabas tan tremendo, en casa, la noche esa. Pero aquí, en la iglesia, esas conversaciones, esas cosas... ¡no!

-¡Boba, si me muero por verte!- y sonrió, indelicado, burlón.

-No, no te rías. ¡Es indecente venir a un templo a esto! Es pecado...

-Grandísima tonta y dónde que no llame la atención, como es esta maldita Caracas con sus pretensiones de gran ciudad?

Se calló Elisa, jugando con el mango de la sombrilla, con las estampas del devocionario, rechazando una mano traviesa que le acariciaba el talle:

- ¡Por Dios bendito!, ¡hombre!, ¡te estás tranquilo o me voy y no me ves más...! Estoy brava, entiéndelo bien, furiosa...

- ¡Un besito, pues...!

Pasó el monaguillo. El alargó con torpeza la mano señalando el cuadro inconcluso:

- ¡Judas está hablando!

Parecían dos admiradores entusiastas metidos en la soledad de la capilla.

-Mira la luz, y las lechugas, y la luna....

- ¡Y esas arrugas del mantel...!

- ¡Y el pie de Judas!

Pero no; él la explicó que aquel pie se lo añadió don Juan Antonio, queriendo terminar el lienzo que su hijo Arturo dejó inconcluso...

- ¡Ah!, el pie lo metió su papá...

Entonces ella notó que el monacillo parecía querer despedirlos para ir a cerrar...

Todavía hablaron, con pausas, con interrupciones....

- ¡Eso sí que no; no sueñes con eso! Yo... me olvidaré de todo, tan me olvido que he venido a hablar contigo aquí... por haberme tú sorprendido! Pero eso otro no, no pienses en eso... Sería horrible que una mujer como yo, con marido, con hijo... ino, no! Si insistes creeré que no me quieres, que

todo eso que dices no lo sientes, que lo que buscas es... ¡qué horror! eso que se empeñan a buscar ustedes los hombres yo no sé por qué...

-Pero mira, Elisa, yo quisiera que tú comprendieras cómo te adoro... cómo haría por ti lo que quisieras... menos que me prohíbas quererte toda, íntegra!

-Bueno; pero entonces ¿qué empeño es ese tuyo...? Vamos a querernos así, sin nada feo, sin nada malo de que yo tenga que arrepentirme, que avergonzarme en casa, con mi hijo, con mi marido... Y añadió tristemente: - ¡contigo mismo! ¡Por- que ustedes son tan ingratos que una vez logrado lo que quieren se van... a casa de otra... ja seguir... el jueguito ese! El protestaba, exaltado, teatral:

- ¡No me insultes! No me digas así, Elisa; tú sabes que mi amor es puro, inmenso... de rodillas te besaría los pies, me quedaría así por los siglos de los siglos... -y trataba de poner- se de hinojos a riesgo de que los encontraran en aquella actitud ridícula. Asustada, mientras él repetía besándole la punta de los dedos por los siglos de los siglos», le dio un abanicazo por la cabeza:

¡Ay, no, hijo, levántate, que eso parece el Trisagio! Rieron. El, contrariado por el fracaso de su gesto escénico; ella, con alguna valentía, consolada por la idea de que ya no podría comprometerla: era manso, palabrero, divino para un flirt sin consecuencias...

- ¡No seas cruel! -suspiró retorciéndose el bigote.

- ¡No, niño, ¡qué cruel!, es que es una ridiculez: ¡ten fundamento!

- ¿Por qué eres así, de hielo? -Y le puso los ojos tristes, los ojos tristes, grandes, inexpresivos que clavaba sobre ella desde su butaca del teatro, en el tranvía, por las esquinas, al pasar de tarde con el redingote de cuadritos y la corbata aleteando al aire como una bandera de amores fáciles... C'est un garçon très sympathique, había declarado la señora de Follen... No estaba mal en realidad; él era gordo, bonachón con ese aire de los idiotas buenos mozos, un pelo naturalmente rizado, negro y como el bigote, brillantísimo de pomada; dedicábase a las señoras maduras con éxito, con constancia, con admirable asiduidad. Le calumniaban con la patrona de la casa de pensión donde vivía desde estudiante, pero ella, mujer de edad algo avanzada, no le profesaba sino un cariño puramente maternal; para ella era un hijo», le remendaba los calzoncillos y le regalaba natillas el día de su santo. Cuando salía a la calle con aquellos chalecos irresistibles, la patrona sonreía, orgullosa de él, la joya de la casa. Su apellido grotesco Maza Pan- toja lo había convertido el cariño en Mazapán, gracioso apodo que él llevaba con la misma desenvoltura con que llevaba su chaqué de cuadritos, su corbata de mariposa.

- ¿Por qué... así, Elisa mía?, ¡eres de hielo! -repetió.

Ella sonrió:

- ¿Quién te manda enamorarte de una vieja...?

¡Vieja! ¡Pero qué locura decía...! Vieja con aquel cutis, vieja con aquellos ojos, vieja con aquellos hombros y aquel pecho y aquellas formas...

-Cállate, no digas esas cosas, aquí...

-Es que vales un Potosí, es que eres una Venus con brazos... y no quieres abrazar... -La vio, toda, brutalmente: - ¡Ay, Elisa, ¡qué buena debes ser tú!

Un tanto azorada, como oyendo músicas deleitosas, los ojos entornados, iba protestando, escandalizada de las palabras atrevidas: - ¡Mentira! ¡Hipócrita! ¡Tú no sientes eso! Yo soy una vieja fea... Tú me engañas.

¡Hacía tanto tiempo que ella no oía hablar así...! Se dijeron una porción de ternuras; él quería su dedito chiquito, un dedito para chupar como si estuviera recién nacido; y se lo estrujaba, y ella en un raptó, sacó la sortija que llevaba en él, un solitario con dos rubíes magníficos... lo ensartó en el meñique gordo de su amado, suspirando: -Toma, amor; ¡para que no te olvides nunca de mí! ¡No vayas a enseñarlo! Bésalo antes de acostarte, siempre, cuando reces por tu mamá. -Esto acabó de enternecer a Mazapán:

- ¡Dime, ¡cuándo, dime!, ¿cuándo nos vemos? -Aquí no, jamás.

-Bueno; en otra parte, en El Calvario, en San Bernardino, ¡en cualquier parte!

- ¡Usted no tiene fundamento!

-Si vas tendré lo que quieras. Como angustiada, díjole al fin:

- ¿Pero ¿dónde...?, ¿cómo?

-Yo te escribo; yo te indico....

- ¡No, no!

- ¡Si yo mismo te entrego la carta! Mañana, en la ventana, entre cinco y seis.

-No, no; entre cinco y seis, no; a las siete es mejor, que están en la mesa; yo voy un poco después....

-Y.... yo ¿cómo se?

-Si estoy tocando piano, acércate por la celosía; si no, es que no se puede.

Faltó el beso porque el monacillito se acercó, tímido: - Señora, ya se va a cerrar.

Salieron. El, por la puerta principal; ella, por la de Torre a Madrices. Afuera llovía.

En la penumbra de la capilla donde habían estado, resaltaban del lienzo blanco, el dibujo sin terminar, las manchas de color, las alternativas de luz y tierra de Siena. La Cena Ultima, la postrera comunión del gran pintor valenciano, en arte y en belleza.

Sobre el muro sombrío, alrededor de la mesa en herradura, oyendo la bendición del pan que Jesús hace alzando las manos, con el cabello y la barba plateados de luna, tocados también ellos por las mismas luces blancas y rojizas del astro y de las lámparas, como núcleos vivos en la red del dibujo negro, los Apóstoles se inclinan sobre el mantel en actitud beatífica... Se siente en el silencio de la capilla el silencio de aquella sala, donde Judas, en primer término, un poco melodramático, a la manera católica, pone un escorzo de animación, San Juan cruza los brazos sobre su corazón atribulado de efebo; y Mateo y Marcos y Lucas y Tadeo el mayor y Pedro con su

buena cara de hombre torpe, y todos, en fin, algunos sin color, pero ya con vida, encuadran la figura central del Maestro, no con el misticismo dulzón de «La Multiplicación de los Panes, ni con la horrible demacración de «El Descendimiento», ni con la complacencia burguesa de «Las Bodas de Caná: allí está el Nazareno predicador, en la hora solemne, perfumado de cristianismo antiguo, con una tristeza tan honda que parece fuera a llorar de un momento a otro sobre las ruinas morales de la ciudad... Por la ventana, cuya columna de mármol parte en dos el paisaje, los olivares grisáceos de luz de luna, que no dejan ver, pero tras de los cuales se presiente la fiesta pascual; una gran paz; un cielo profundo, azul en la calma de la medianoche, taraceado de estrellas pálidas...

Capítulo XI

GUSTAVO entró en aquel instante, secándose las suelas del

calzado en el felpudo, vestido de gris claro, con un ramo de miosotis en la solapa, afeitado, flamante...

- ¡Se aguyó el paseo!

Con una cólera trivial, contrariados por el fastidioso llover, desde la ventana veían caer del cielo oscuro, constante, un aguacero que ya llevaba dos horas... Hubieran ido a la plaza, hubieran visitado la Exposición. ¡Tanto que ver aquel domingo! Se quedaron en el fondo de la sala, callados, aletargados por el rumor del agua.

-Yo... por mi parte dijo Conchita.

-Es que ha podido quedarse ese aguacero para más tarde. O para mañana...

O en el zaguán de las González Probate -añadió él. Llamó la campanilla del teléfono. Elisa fue al aparato, Conchita se marchó con ella para tomar agua, al comedor. Gárate avisaba a su mujer, desde Maracay, que no le aguardaran hasta el martes. En la sala se oían las voces de Elisa a quien el ruido de la lluvia no dejaba hablar bien.

Chucha, la mano en la barba, golpeándose la dentadura blanquísima con los dedos, veía distraída, por el postigo, caer el aguacero; Gustavo estuvo algunos instantes silbando. La cogió de pronto por la cintura:

- ¡Chuchita, ahora que está lloviendo...!

Y retozaron sobre el sofá.

-Ya está, pues...

El continuaba: Un besito más..., aquí..., aquí... y por aquí...

- ¡Ya está, ya está, por Dios!

Y como sintieran pasos, pasándose la mano por los cabellos alborotados, le preguntó:

- ¿Qué dicen del Mocho?

Su madre y Conchita entraban; aquélla les advirtió:

- ¡Sólo a ustedes se les ocurre estar hablando de política...!
Hablen de otra cosa...

- ¿De amor? -preguntó él.

-No, señor, tampoco. - ¿Entonces...?

Pues bueno, de los demás, aunque sea; ipero es un fastidio...! Gárate, política; las González, política; Martínez Chirle, política; ustedes, política... ¡No, es horrible!

-Es que todos vivimos de eso.

- ¡Y no le dejan vivir a uno!

- ¿Quieren que les cuente el cuento del gallo pelón? -Sí, aunque sea.

Conchita le acusó:

-Con tal no sea como los cuentos de Follen... ¡Qué alemán tan estúpido!

- ¡Ay, hijas, latosísimo!

Gustavo interrumpió el cuento del gallo pelón», al que nadie hacía caso, para objetar que la mujer de Follen, María Teresa, tenía razón en.... jugársela; que si él fuera mujer... Pero su madre interrumpió:

- ¡No, ven!, ya salió la honra ajena...

Las dos muchachas le llamaron calumniador. Él se rio, cruzó la pierna, llevándose el pie hasta el muslo, y añadió:
-Si yo fuera mujer sería bien...

-Chucha cortó: -Bien, ¿qué?

- ¡Bien María Teresa! - ¡Conversador!

¡Loco!

- ¡Déjenlo, déjenlo solo diciendo locuras; él cree que eso es muy bonito...! Yo me voy por no oírlo. ¡Y un día de éstos se lo digo a su padre; ya Gustavo no habla dos palabras sin decir

tres cosas feas...!

El reía: ¡Si las cosas feas fueran mentira!

Su madre se marchaba; iba disgustada. El agregó: -Si te vas, mándanos coctelito, humilde, tú ves, pero que pique... - ¡Una mordaza! Vénganse ustedes, para ustedes sí hay. Y haciendo la enojada quiso llevárselas. Gustavo saltó hacia la puerta: ¡No, señor, las muchachas no salen de aquí! -Que se queden ellas, pues...

Él se interponía. edita

-A ver, niño, déjame pasar.

-Si ofreces mandarnos cocotal. -Bueno, sí.

-Y chocolatitos. - ¿También?

Y cinco pesares que necesito esta tarde... - ¡Cinco palos te diera!

El la había abrazado, cogiéndola por el peinado; ella lo rechazaba, cariñosa: ¡A ver, loco, que me despeinas!

-Sí, manda los cinco palos de cocotal; y en la oreja: torciéndole el zarcillo: ¡Sin que se te olviden los cinco pesos!

-No le dé nada, tía -dijo Chucha.

- ¡Peor para ustedes!

La otra reía. Por fin, Gustavo dejó pasar a su madre: - ¿Te vas? Bueno; manda lo que te dije, y si quieres no vuelvas más nunca.

Elisa, regocijada, contenta de aquel espíritu inquieto, travieso, insignificante como el de ella, entró al comedor, les sirvió lo que pedían; fue luego al escritorio de su marido y de carrera firmó con una E algunas líneas azoradas:

«El no viene hasta la otra semana. Espérame hoy, como siempre; ten mucho cuidado con la vecina, con la viejita de al lado. Tuylsima, Mazapán querido. Besos».

Los tres jóvenes, en la sala, tomábanse el cocotal alegremente, chupando bombones; él, contento, satisfecho, con una perspectiva encantadora para después de almuerzo; ellas, con los ojos aguados, mareadillas... Tocaron piano; Gustavo quería un joropo para bailar con Conchita, pero Chucha no sabía tocar...

-Sílbalo, pues... Y tarareando, silbando, se pusieron a bailar; por poco echan abajo un jarrón.

- ¡Tú, sí, tú si lo sabes bailar, Chucha, como en el Llano... tú, isí!

Conchita voló al piano... Los primeros compases... luego notas profundas cubriendo fugas de escalas en tres motivos fijos, dos de los cuales agitaban la sangre, febriles, y el otro, de cansancio sensual y melancólico, parecía un último suspiro de placer, cumplido... Y Gustavo, oprimiéndola contra su pecho, ya turbado por los tragos de la mañana, el aperitivo y la música, venciendo muy débiles resistencias, la tuvo toda contra sí, cimbrándole la cintura, deslizando en los pasos de

avance por entre las de ella una pierna ágil que se evadía de las lentes huidas del baile entre un contonco gallardo o se estrechaba a su pareja en las vueltas rápidas; acostada casi en su hombro, con la cara encendida, como si no estuviera en este mundo...

-No, tan pegado no le rogó, pasito. El la estrechó más, brutalmente. Soltase, y con las manos en las sienes, suplicó:
- ¡Ya está, ya está, que me has dejado marcadita!

En efecto, la sala daba vueltas a su alrededor; la sangre le golpeaba las sienes; un tumulto de aire y de agitación le oprimía el pecho donde las rosas que lucía se habían aplastado bailando....

Conchita dejó el piano; los vio con sus ojos claros, sonrientes:

- ¡No, no! Yo no les toco más.

Chucha la cogió a besos, locos, ardientes. -Sí, mi negrita, sí, ¡un pedacito más!

-No... ¡gorro con música..., ni que me paguen!

Insistían.

-Es que voy a aprovechar la escapadita para irme... Vuelve a llover.

- ¡Chica!, ¿y no estás bajo techo?

Sí, pero se hace tarde.

-Te quedas a almorzar. -No, no, ¡cuándo!

-Te quedas... Anda, Gustavo, avisa por teléfono que Conchita se queda aquí.

-No, chica, no puedo...

El corrió a llamar sin oír sus protestas.

-Mi negrita linda, ¡te quedas!, ¡te quedas! En la lucha se

habían abrazado, como otras veces, estrechamente. Por una ternura súbita se besaron las bocas un rato... Tú le quieres más a él». «¿No? Sí le quieres más.» «Y a mí no» ... Y besos fáciles caían uno sobre otro. Cuando Gustavo entró de pronto, las cogió en un solo abrazo. Con un chillido se soltaron, coloradas, confusas:

- ¡Grosero! - ¡Atrevido!

Y él, imitando las voces: - ¡Grosero! ¡Atrevido! Si no me dan un beso cada una, le digo a mamá que ustedes juegan a matrimonio.

Las dos se miraron, muy turbadas.

- ¿Qué, chica? ¿Qué dice ese loco? - ¡Sabe Dios!

-Si no me dan un beso....

- ¿Un beso?

- ¡Estará loco!

- ¡No, sin estar loco jun besito! donde ustedes quieran... pero en la cara.

- ¡No, ya basta de chanza!

-Ya está, Gustavo agregó Chucha más seria, viendo la confusión de su amiga. Las dos se vieron, un instante, como preguntándose qué quería decir aquello... El continuaba impasible: ¡Un beso, o lo digo!

- ¿Y a mí, ¿qué...? -dijo Conchita, riéndose.

Chucha impuso condiciones: -Vendado sí te lo damos. - ¿Vendado? Bueno; véndenme, pues. Sacó el pañuelo; hubo una pequeña lucha porque él las podía ver por debajo, si no apretaban, y si apretaban mucho, le estrujaban la nariz: - ¡Caramba con ustedes, que no me dejan ni olerlas!

Alguien le pegó en la boca, Chucha tal vez: ¡Cállate, indecente!

Se estuvo un rato, vendado.

-Bueno. ¿qué, fue, pues? Un silencio.

- ¡Ya está, pues...!

De pronto alguna le besó en la mejilla; y él la apresó, levantándose la venda. Era la vieja Seráfica, a quien le encantaban aquellas bromas... Las muchachas reían como locas... Seráfica, un poco confusa, explicó que las niñas la obligaron... que ella entraba en ese momento... que ya estaba servido el almuerzo.

La mesa, alegre: reían ellas, Chucha, Conchita, la misma Elisa a quien su hijo obligó a descorchar una de las botellas de Oporto que Crespo le regaló a su papá de las cavas de Miraflores; se hicieron abre-bocas de anchoa con mucha salsa inglesa, se agregó un litro de Burdeos y aceitunas y pâte foi grass... Del patio, florido, venían ráfagas húmedas. Un sol tardío penetraba por las vidrieras descomponiendo sus luces sobre los cubiertos, la vajilla, las copas. Un ramo de rosas en el centro. Los platos circularon con entusiasmo. Se achisparon los tres, en la sobremesa grata, en la atmósfera amable no turbada por la presencia grave del marido. Al café hubo un clamor de protesta porque Gustavo encendió un enorme «Londres» de los de su padre. Bajo la mesa, su pie anduvo tropezando al de Chucha; ésta le dio dos pisotones; a los postres, aquel pie travieso había sido acogido, primero con timidez, luego resueltamente, oprimido, entre una caricia de telas...

Se proyectó un paseo, al Calvario; pero si no llovía....

Terminaron; fuéronse a la sala. De allí iban saliendo soñolientos, aletargados por la digestión: primero Elisa, insistía que Conchita debía quedarse hasta la tarde; ella saldría a dar un pésame, Gustavo la acompañaría. Pero éste se marchó a dormir siesta, y a las tres, cuando salió su madre, todavía dormía... Apenas ida, vino a buscar a

Conchita su hermano Andrés, con mucho empeño: «que mamá manda a decir que allá estaban las González esperándola... Quiso excusarse; el niño insistió resueltamente.

-¡Un fastidio! Y se puso el sombrero de cualquier modo. No te digo, isi es que una es esclava de todo el mundo, hasta de las González...!

Soñoliento, oyó desde su cuarto la ida de Conchita... Sobre el velador, abierta, la novela de Zamacois que había estado leyendo hasta la página de láminas, un fotograbado con desnudeces..., una muchacha en pantaletas, muy escotada, se inclinaba frente al viejo gomoso, visitante de camerinos... Allí mismo, en la habitación de enfrente, estaría Chucha; cerca... En la casa, el silencio del mediodía...; las sirvientes por allá afuera... Los personajes de Zamacois eran hombres resueltos, amorales, audaces... ¡qué demonio! Recordó en ese instante la sonrisa burlona de Juancito....

Y descalzo, a paso de gato, dominando los latidos del corazón, que le ahogaba, oyendo crujir sus coyunturas como nunca, se halló frente a la habitación, cuya puerta entreabierta dejaba ver un ángulo del espejo, el extremo del lecho donde un piecico jugaba con el cubrecama revuelto, tirada al copete por el calor... Ya allí, perdió la cabeza... De un salto se llegó hasta ella, la abrazó, la cubrió de besos, locamente...

¿El miedo? ¿La sorpresa? ¿El pudor? No gritó, no pudo gritar. ¿Con qué boca, si él la sellaba con sus labios? ¿Con cuáles brazos defenderse, si la tenía toda enlazada en un abrazo salvaje?

- ¿Qué es eso...? ¿Qué es eso... Gustavo?

No respondía a nada; no oía; no veía. En la cama, entre las ropas revueltas, ella luchó por esconder los hombros desnudos, la pierna descubierta más arriba de la rodilla, donde ajustaba sobre la piel rosada la media oscura....

- ¡Gustavo...! ¡Qué es eso..., qué es eso...!

Enloquecía. La atmósfera tibia, las ropas cálidas, el perfume íntimo de la niña que, sobrecogida por la sorpresa, apenas balbuceaba, lívida, atontada: ¡Qué es eso... qué es eso...!

Resistió largo rato, hasta donde fue humanamente posible... un tropel de ideas horribles le acudía: si gritaba, vendrían. ¡Qué vergüenza! Si forcejeaba, perdía terreno; si se olvidaba de todo..., por su cuerpo corría un temblor, un miedo espantoso al verse así, sola, entregada, entre aquellos brazos convulsos, junto aquel hombre contraído, lívido, de mirada extraviada..., que decía cosas absurdas, entrecortadas, jadeantes...

- ¡Gustavo, por Dios! ¡Por tu madre, qué es eso...!

Resistió aún, como quien pierde pie y se va al vacío y se le van las ideas, y una llamada le quita la vista... pero

vislumbrando la forma horrible y triste de los ideales más queridos, de los sueños más delicados... ¿Hasta dónde llegó aquella caricia? Ella no podía decirlo, no lo supo jamás... Como en un delirio oyó juramentos, ternuras confusas, besos... Besos terribles que la sacudían, que la estremecan hasta las entrañas, más allá de la vida... Con las rodillas apretadas, los codos unidos, la cabeza despeinada echada hacia atrás, los ojos cerrados por no ver el horror de la lucha....

-¡Un beso..., un beso no más... un beso...! ¡Un minuto...! Quiso rechazar aquella cabeza con las dos manos...: la asió por los cabellos, sobre su regazo; allí la sacudió con toda la fuerza que pudo hundiéndola entre sus rodillas, en un estremecimiento de agonía que desmayó su cuerpo al abandono total del naufragio que se hunde por última vez...

Y cuando él estuvo cerca de su rostro, desmayado también, estertoroso, desencajado, le rodeó el cuello con un abrazo inmenso, le bañó la cara de lágrimas: -Mi amor, mi negro, ¿por qué me has hecho eso...?

El doctor declaró que había sido una fiebre nerviosa; la halló deprimida, agotada...

-Mucha calma, un temperamento de unos días..., y añadió sonriendo: ¡Es que tú pareces nerviosa, mijita! Se acarició la barba, ya blanca, prescribió algunas drogas, tomó su sombre- ro y se fue bromeando: - ¡Cosas de juventud!

Junto al lecho, él pasó también aquellas veintiséis horas del delirio, durante las cuales la calentura le encendió las mejillas y le ahondó las ojeras enormes bajo los ojos brillantes, pardos, febriles... Él le sirvió las pociones; él veló junto a su madre, casi sin pestañear de sueño. Esta y su marido, ante las solicitudes del muchacho, cambiaron algunas sonrisas... Elisa a las dos de la madrugada, le pasó la mano por los cabellos alborotados: -Hijo, vete a acostar; yo me quedo. Ya eso pasó, no es nada...

No quiso; allí amaneció, tendido en la chaiselongue, cerca del velador agobiado de frascos, oyendo el tictac de su reloj de bolsillo puesto en el mármol...

Elisa relataba a su marido:

-No sé cómo ha sido esto... El domingo íbamos a ir a la plaza, al Calvario, a la Exposición; aquí estuvo Conchita, pasó el día con nosotros, ¡porque como dijo a llover toda la mañana! Yo fui a darle el pésame a las Huerta... Cuando regresé, Chucha estaba acostada, prendida en calentura, llorando, excitadísima... Yo me asusté; le dije a Gustavo que te pusiera un telegrama... Conchita me dice que ella se fue a las tres más o menos y la dejó perfectamente... alegre... El doctor Ruiz dice que eso es nervioso...

-El doctor Ruiz sabrá mucho de fiebres-objetaba Gárate-, pero eso de esa niña no es sino paludismo llanero... ¡Quinina, quinina y quinina! Ella es también llorosita, porque una tarde la encontré en Macuto vuelta una Magdalena... sin motivo... y que estaba triste... ¡Pamplinas!

- ¿Tú no has avisado nada para su casa?

-No, no, ¿para qué? Eso no tiene importancia y allá se pueden alarmar.

A los ocho días se levantó; paseó por el cuarto; habló con Conchita, que no se separaba de ella sino cuando entraba Gustavo. La primera vez, todavía en cama, Chucha lo acogió con una sonrisa amarga; después, viéndolo cabizbajo, quebrantado, le dijo: ¡Ya sé que te has portado muy bien con- migo!

El bajó la frente, confuso, humillado: Tú... ¿me perdonas... eso; esa locura...? Lo miró con una fijeza triste:

-No hablemos de eso. Yo sé que te has portado bien conmigo... ahora...

-Tú... ¿me perdonas?

Arrodillado junto a la cama, ella le puso una mano en la frente:

-Eres muy malo, muy malo, pero yo... Pasito, casi sin decirlo, añadió:

¡pero yo te adoro!!

Y durante la convalecencia, se quisieron como dos niños que juegan juntos.

En Antímáno acabó de reponerse. Cosa rara en aquella muchacha robusta tal depresión por una fiebrequita... Su tío juraba que era paludismo.

Elisa no se explicaba... Conchita acusaba a Gustavo: - ¡Usted, usted que de seguro la hace sufrir!

- ¿Yo? Yo no...

- ¡Sí, usted! ¡Quién sabe qué embrollo de los suyos ha descubierto y no lo dice! ¡Pobre Chucha! Usted no merece esa muchacha... Ella, también, que es muy tonta, que no lo debía querer así.

Se mejoró algo más; pero comenzó a adelgazarse: de la muchacha robusta, rozagante, llena de vida, sólo le quedaron los ojos enérgicos; pero ojerosa, con una salud precaria, pálida; un tipo enfermizo, más afinado, más de salón....

Un día, Elisa le dijo a Gustavo, de pronto: - ¡Oye, tú estás enamorado!

- ¿Enamorado...?

-Sí, de Chucha.

- ¿Tú crees...? Se cortó un poco. Luego, con esa confianza chancera que tenía con su madre: -Y... ¿qué crees tú de eso?

No contaba ella con una respuesta tan categórica; evadió contestar directamente: ¡Mira, piénsalo bien! Ella es muy

buena, ipobrecita!, pero yo dudo mucho de ti, de tu firmeza. ¡Eres todavía muy joven! Piénsalo bien... Nosotros, tu padre y yo... claro está que nos gustaría, que nos agradaría hasta cierto punto... por ser mi sobrina, casi como una hija para nosotros, pero...

- Pero ¿qué, mamá?

-Piénsalo bien....

No la pudo sacar de ahí. En cambio, su padre, le llamó gravemente aparte, lo sentó por delante, y mientras gastaba. una caja de fósforos encendiendo el cigarro, le endilgó un sermón: se había apercebido que él y Chucha tenían sus amorcitos; le encargaba mucho cuidado. «Una hija de Crisóstomo es para mí más que mi hija». Debía irse con pies de plomo, porque una mala acción él no la toleraría jamás... ¡Si te gusta tu prima, te gusta y santas pascuas! No es que vengas a última hora con que el pato me dijo... En ese caso yo haría uso de toda mi autoridad; llegaría contigo hasta la arbitrariedad... Bueno, pues, «guerra avisada...»

Se fue contento, entusiasmado... Se casaría con Chucha... Al diablo todas esas necedades de estudiante, de hombre de mundo, de descreído... Schopenhauer era un viejo majadero que rezaba todas las noches; Nietzsche, un loco impotente.... ¡Se casaba! Decidido... A Chucha se lo dijo; la puso contenta y la hizo llorar... El mismo, todo conmovido, rompió unos papeles, le devolvió a Margot cartas, no se acordó más de la Corderito, ¡una sinvergüenza!». Pasando por cerca de un puesto de libros viejos compró «La Vida Normal y el Matrimonio, con grabados y subtítulos

eróticos, «Misterios del Lecho Conyugal», «la Noche de Bodas. Leyó muchas veces los pedacitos de literatura nupcial, sobremanera aquel tan turbador «la joven esposa no sabe qué va a hallar en aquella nueva faz de su vida; es menester que el joven esposo sea dulce, discreto, tolerante; no rasgará el velo púdico para dejar entrar a torrentes la luz de los conocimientos privados, basta con que la joven esposa, confiada a sus solicitudes, entrevea sólo algunos rayos, etc... ¡Si su papá le consiguiera un Consulado...! Y soñaba un viaje en uno de los vapores de la línea francesa, vestido de franela, jal lado de Chucha, saludando a los que se quedaban, desde la borda: iau revoir!

Y le apenaba pensar que Margot como que resultaba más para un viaje a Europa...

Partió acompañada de su padre, a quien vio entonces, después de muchos meses -como un espectro de otros días, seco, avejentado, duro de modales y de palabras, pero con el corazón allí cerca, detrás de la piel tostada, y en cuyos brazos cayó como en un refugio supremo...

Había estado en Caracas; la llevaba ya dentro de sí en aquel amor; la había absorbido por todos sus poros; a través de la vida de la urbe veía su propia vida... Percibió la mezquindad, la triste pequeñez de su futura existencia, aislada entre aislados, y todo lo que dejaba: amor, ilusiones, pureza, iel encanto múltiple de la ciudad que quizás no volvería a ver nunca! ¡Más nunca! No; ella volvería a ser la amada, la compañera de él, a ser siquiera una existencia dichosa entre tantas otras que no sufren el arraigo desolado de las regiones distantes...

Una mañana, dominando la postrera meseta de las serranías, cuyos flancos cortaba la pica en declive, su padre le mostró el horizonte, abajo, por la última orla de montaña.

- ¡El Llano!

Era una línea remota, de un verde pálido, dorada por el sol.

CAPÍTULO XII

¡Qué aspecto tan triste el de los caminos del regreso!

Sabanas áridas, algunos caños resecos; caseríos de paredes leprosas; una melancolía de tierras extensas donde va desapareciendo una estirpe...

En el medallón el retrato de él, visto a cada instante, guardado en el pecho como un talismán que podría librarla del pesar de otros días... El retrato que miraba y besaba siempre, que la acompañaba a toda hora en la monotonía de los primeros meses de separación, a medida que las cartas de él eran más remisas y las de ella... Ella escribía todo el mundo de ternuras que la ahogaba, todo lo que pensaba, todo lo que sentía, todo lo que llevaba dentro...

Su papá no tuvo mayor satisfacción: «¡esos muchachos de Caracas son tan boleros!»; la vieja Dolores sí estaba encantada; pero el entusiasmo fue todo de Cándida Rosa, que quería saber, que ella le contara de Caracas, de sus tíos, de Gustavo... Y la hermana le refería, haciendo lagunas, de pronto; creíase obligada a ocultarle lo que pasaba, cómo era la realidad, seca, no queriendo turbar aquella dicha, aquella imaginación feliz, que, como la de ella antes, vagaba tan suelta, tan libremente sobre las cosas... Conchita le fue familiar, la casa, Damiana, el secretario Martínez Chirle... Pero, sobre todo, él -que llenaba sus vidas, que evocaba todos los detalles, que hacía palidecer cuanto las circundaba para resumirlo en el ausente, en el amor primero que es toda la existencia de la mujer en un pronombre.

-Anoche-le escribía Chucha-he soñado contigo mucho; te veía lejos, metido en un humo, que me veías y me preguntabas algo como cuando a uno le gritan desde lejos y no oye...

Otras veces, el entusiasmo de una frase cariñosa despertaba sus recuerdos: sí, sí me acuerdo de eso; cuando cogimos las rosas, después en Macuto; la primera vez que te besé... Pero si tú supieras cómo yo te amo, mi vida, con esa locura que no me deja vivir; cuando pienso en esto creo que yo no estoy viva, que no existo, que estoy allá, metida en tu corazón; diciéndotelo siempre, siendo tuya, solamente tuya, con un deseo y una rabia de que tú no veas a nadie, que no sepa nadie dónde estás... Yo te quisiera tener encerrado con llave, y yo solita tener la llave para ir hasta ti, a ser tuya, a que seas mío... A vuelta de varios correos sin recibir carta, tras noches llorosas y días desolados, se quejaba: «Van ya veintiocho días que no sé de ti; no quieres escribirme..., ¿estás bravo, mi amor? ¿Qué te he hecho yo? Yo me desespero pensándolo..., y como no sea quererte mucho, con toda el alma y decírtelo hasta cansarte, yo no sé más qué te haya hecho... Pero si inconscientemente te he molestado, perdóname, mi vida. Alguna vez: de un pesimismo desolado por el corazón y por el paisaje: «Ya han pasado las primeras garzas morenas de este verano. Yo estaba ayer, de tardecita, en el patio, donde me siento siempre a leer tus cartas cuando estoy triste, y pasaron las garzas, cantando eso que cantan que hace llorar, porque se van tan lejos... cómo se está yendo tu corazón de mí... Mi amor querido: no te vayas tú como las garzas que me hacen llorar, porque ellas tal vez son ingratas, pero tú no, tú eres bueno con tu pobre Chucha....

El pasó varios días retraído de todo; hallaba la casa sola, no podía resistir la permanencia en ella; se echaba a la calle, a buscar a alguien, a hablar con otro, a vagar... Juancito Vázquez inquirió el resultado:

- ¡Psss...! ¡Se la llevó el padre! -repuso mohíno. - ¿Pero bueno...?

-No, nada.

¿De modo que miente?

-No tuve tiempo; figúrate que... ¡acaso es fácil! Y, además, no tuve tiempo... pero... -buscaba, entre su orgullo y su rubor, un término adecuado- ¡del cariño que le hice se acordará siempre! ¿Te acuerdas de Aida, la italiana...?

Juancito chasqueó la lengua y con una carcajada llamó al sirviente:

-Vale; sírvase dos mentas, bien frappé, lo más frappé posible. ¡Vamos a brindar por este gustazo...!

Y desde aquella tarde, Gustavo continuó encarnizado la antigua vida, con una desidia que se parecía un poco al desencanto... Era como si algo se le hubiera muerto por dentro... Así se lo confesó a Margot, por la ventana, una noche... Esta, encantada, sin embargo, le dijo:

- ¡Tú estabas enamorado de esa muchacha! -No, chica. Cosas...

-Sí, sí estabas... Lo que tiene es que esa provincianita no te satisfacía... ¿verdad? Y le clavó los ojos, amarillentos, luminosos, velados por la sombra del cabello abierto en dos alas sobre la frente.

El, distraído, le cogió la manita que jugaba con las borlas del cojín, metiéndole los dedos, temblorosamente, bajo la manga ancha, hasta la axila donde se abullonaba el vello rubio sedoso con humedades de rocío...

- ¡Ay, chico, ay! ¡No me haies, diablo...!

Esa noche regresó tarde; sobre el velador, como de costumbre, una cartita, gruesa, llena de quejas seguramente; al abrir- la, cayeron dos florecitas, reseca... ¡Qué cursi aquel detalle! Más cursi todavía el contenido... quejas: la ingratitud humana», «los hombres no tienen corazón, etc. Bostezó. Desde la pereza física de amar, por sobre el entusiasmo... fiebre de unos días... juventud... la vida juntos. ¡Bah! Era una pobre provincianita fastidiosa... sentimental... ¡Cursi! Lo que decía Margot cuando le hablaba de esas muchachas del interior que parecen parchitas... Y pasó Margarita como una imagen incandescente, turbadora, con aquellos corpiños tan finos, tan suaves como la piel, lazados de azul, íntimos, que olían vagamente a puesto de nardos....

¡Qué aburrimiento esos amores por correo, haciendo frases todos los días! Mi idolatrada Chucha» o «Chuchita de mi vida o peor, espantosamente ridículo, que le avergonzaba

«Chuchona adorable.» ¡Un horror! Chuchita, Chucha, Chu- chona... María de Jesús ¡Chucha! Hasta el nombre de esa criatura era una vulgaridad... Apenado, comenzó a leer donde interrumpiera la otra noche. ¡Aquellas mujeres dannunzianas! *... virtualmente, Stelio Efrena paladeó como un néctar las sílabas del nombre bienamado, Fornarina...; en el símbolo de la hora augusta, evocaba entre las llamas del Murano las carnes trigales, el rostro pulquérrimo de modo, etc.»

En calzoncillos, chupando el cigarro encendido hacía rato, escribió, primero con cierto donaire, bajo el fastidio del nombre, de la fecha, de la dirección: «Querida prima.... - ¡No escribo más Chucha ni a palos!

"... yo me he engañado; he querido que mi engaño durara toda la vida para no herir nuestros...

¿Corazones? No, era demasiado... sentimental.

... para no herir nuestros espíritus. Uno no acaba de conocerse nunca; yo, que he deshojado tantos placeres, y que he estrujado, feroz y egoísta, algunos corazones...

¡Aquí sí! Aquí sí venían bien los corazones; surgía pulcro el párrafo, glosado en la lectura, ¡qué diantre!, una cosa, así como del divino Gabriel para Eleonora Duse. Estaba que daba el opio. Y releyó sonriendo el parrafito: «... feroz y egoísta, algunos corazones, llego hasta el tuyo, con dolor, pero por un deber de caballero: nuestros amores son imposibles. Es una locura pensar en eso. No me pidas explicaciones que no podría darte. Mi resolución es

irrevocable... adiós. Tu afectísimo: Gustavo.» Puso el sobre, tiró el cigarrillo...

- ¡Adiós...!

Inquieto, se acostó; púsose a leer de nuevo, pero los párrafos apretados, macizos, mal traducidos, llenos de preciosismos, de dibujos, de arabescos, de fonética literaria, le hicieron matar la luz y dormirse...

Hubo un pequeño proceso; la ruptura, devolución de cartas; reconvenciones de su madre, que no pudo ocultar alguna satisfacción al decir que si eso iba a tener que terminar, más vale que fuera así...

Su papá no le dijo una palabra sobre el particular, pero estuvo muchos días resentido, frío, duro de bolsillo. A su mujer, que trataba de disculparle, sí la cortó:

- ¡No, no vengas tú a tapar...! ¡Caramba! Lo que pasa uno por los hijos... Una hija de Crisóstomo, a quien yo le debo lo que soy. Ese muchacho no tiene corazón..., es un sinvergüenza..., un egoísta. Yo....

A pesar de todo, él, hombre público, si lo tenía; «ilo que tiene es que la política...!»

-Bueno interrumpió ella. ¿Y qué es por fin? ¿Te nombran o no te nombran?

-Estamos en eso con el general; Zoilo quiere....

Y siguió una larga explicación: los sucesos se complicaban un poco. Castro venía sobre el centro con un puñado de hombres resueltos; el general Hernández apoyaba aquella revolución, y aunque acá estaban Fernández y Ferrer y Luciano, ¡isabe Dios!».

-De todos modos, hijo, procura ponerte en puerto de salvación con algo... ¡Ya sabes cómo estamos! Se debe un dineral... A mí me tienen acatarrada; piquitos... madame, Duvernois la de la Compagnie; y la gente casándose, y muriéndose, y dando bailes... ¡qué es un gusto...!

-Sí, ¡qué es un gusto! Pero necesitan un regalo y una corona y retribuir obsequios...

- ¡Es de salir corriendo! Yo estoy hasta aquí... -e hizo un gesto de estrangulación. Por mí, no es... ya tú ves que hace dos meses que no recibimos. De pronto, saltó ella:

- ¿Si te dieran un cargo en Europa, Juancho?

Pasó por ambos, en relámpago, la idea; él la vio del lado positivo; el alejamiento de las cosas, una caída desde allá, desde el otro hemisferio...; ella: bulevares, la moda, la rue de la Paix, la dicha de ir, lo chic de regresar... y como las González Probate, y como la señora de Follen - ¡todas han ido, menos yo! -exclamó con amargura de chiquilla.

Pero a Gárate se le hizo más honda la arruga del entrecejo:

- ¡Psh...! ¡Bobadas! Aquí..., aquí es donde me conviene, ahora que hay pelotera.

Ella le imitó la voz:

- ¡Sí, aquí, aquí con pelotera y todo te vas a hundir!

Por evitar que su mujer tomara en serio lo del viaje, agregó un chascarrillo:

-Sí, mijita, aquí es donde le conviene estar a un político como yo: «si se acaba el desorden me voy.»

CAPÍTULO XIII

No HABÍA otra forma. Era menester cantar la palinodia, y muy claro. Así que no tuvo más remedio que escribir aquella: carta... A pesar de sus vacilaciones, el gesto, el ademán, la atmósfera del despacho, el golpe en la rodilla tan significativo con que el ministro del Interior le subrayó el consejo:

-Compañero, no hay más remedio: itírese al agua, que en política siempre hay tiempo para rectificar!

No era así, como si tal, muy grato: ¿qué pensarían de él en San Diego, aquí sus amigos de Caracas, la República, el mismo Crisóstomo, ¿cuya repugnancia de entrar en la evolución con Widemann no pudo vencer...? Su hermano - ahora se le clavaba aquel recuerdo- le dijo bruscamente: «No, Juan Antonio, no; yo a los hombres los mato como mato a los tigres, de frente... Y lo miró severamente, con los ojillos grises, tercos...

Pero aquella carta ¿era necesaria? ¿No iba a resultar una extravagancia, una salida de cuerda, una... sinvergüenzura, en fin? ¡Qué tierra tan desdichada, pensó, tener un Gárate que hacer estas cosas!

Y retorciéndose nerviosamente el bigote, con el lápiz azul rayaba palotes...

Sobre el escritorio, en un cuadrado que le dedicara un petardista, Bolívar recortado de un cromó perfilábase cruzado de brazos a la Dumouriez.

Aquella carta, que no podía ser sino una nueva bajeza ila más grande tal vez! Decir que él, él, Juan Antonio Gárate, hijo del comandante Gárate que partió la lanza sobre su rodilla. cuando los tratados de Coche...

Vagaba su mirada por las paredes del escritorio. En un marco largo, el retrato de su mujer, copia de la ampliación que estaba en la sala, vuelta hacia él la linda cabeza, sonrientes los ojos, sonriente la boca con una expresión pícara de atrévete, chico... A un lado Gustavo, a los cuatro años, montado sobre un caballo de palo que le regaló el doctor Núñez; y el marco donde estaba su diploma de condecorado con el Busto del Libertador en segunda clase; y el Acuerdo del municipio Guara, declarándole hijo benemérito; y en la biblioteca, entre Ortolán y la correspondencia de O'Leary, el dorso amarillo de sus tres Memorias ministeriales...

¡Qué caray! ¡Una golondrina no hace verano! Llamó: - ¡Martínez!

Palpándose el botón del cuello, todo inquieto, con ese airecillo azorado de los serviles, el secretario se acercó:

-Mande, doctor.

Gárate encendió un tabaco:

-Siéntese ahí..., escriba.

En la mesilla, el pobrete limpió la pluma en sus cabellos, estiró el papel, tomó académicamente el palillero parando el dedo meñique graciosamente: ¡A su orden mi doctor!

Este puso los pies sobre el escritorio:

-Fecha... de hoy.... señor General Ignacio Andrade, Presidente Constitucional, etc... de Venezuela. Presente.

-Mi querido Jefe y amigo....

-... y amigo.

Un deber de hombre honrado, que sabe cumplir sus compromisos en los instantes solemnes de la Patria, coma. -...de la Patria», coma

-... me obliga a dirigirme a Usted...

... a di... ri... gir... me a Ud. ¿coma?

Se le apagó el tabaco. Impaciente, buscó los fósforos por todas partes, en sus bolsillos, bajo los papeles...a dirigirme a Usted que... ¿ya puso?

-Sí, señor...: «a dirigirme a Ud. que»

El tabaco apagado le amargó la boca. Lo tiró:

-Es una calamidad.

Se levantó; salió a la otra habitación en busca de cerillas para encender... Cuando regresó, exigió lectura para coger el hilo.

Martínez Chirle, entonado, como si fuese de él, declamó: Mi querido Jefe y amigo: Un deber de hombre honrado, que sabe cumplir sus compromisos en los instantes solemnes de la Patria, me obliga a dirigirme a usted, que es una calamidad...»

- ¡Pero no sea bruto, hombre! Yo no le he dictado eso. ¿De dónde demonio sacó usted eso?

-Pero, mi doctor...

-Hombre, ¡no trabaje! ¿Usted bebe aguardiente? ¡O es que se está volviendo loco! ¡Cómo dice usted que el General es una calamidad!

-Perdone, doctor, usted me dictó...

- ¡No, hombre! Yo dije «¡es una calamidad!» porque no encontraba los fósforos que dejé aquí..., y que yo no sé quién se los lleva de esta mesa... Y aquí no nos sentamos sino yo y usted.

El secretario, confundido, tachaba:

-Ya va a estar; ya voy a hacerla otra vez...

-No, no, no. ¡Usted me quitó la idea! A ver, váyase. ¡Deje, deje que yo la hago!

Humillado, absurdo, quiso todavía excusarse, y goteó de tinta el papel nuevo donde comenzara otra carta; haló los secantes y se vino abajo el tintero manchando el papel, el bloc, la mesa, hasta el suelo, en un chorrillo grotesco que le salpicó los pantalones...

-Válgame Dios, Martínez; ¡pero usted que tiene hoy!

Y fue otro proceso: secar el suelo, limpiar la mesa, entre Damiana y el pobrete que se manchó de tinta los puños, las manos, la cara...

Su jefe estalló en reproches, en censuras: -Un hombre viejo, como usted, con hijos, y parece un muchacho aturdido, un atarantado...

-Pero mi doctor...

- ¡No, hombre! ¡Es que hace días que está usted así!

No hubo forma de satisfacerlo; se le había ido la idea... ¡Qué diablo! Con aquellos trastornos y sin quien le ayudase, ni le secundase, ni nada.

-¡Teniendo que hacerlo todo, y pagando!

A Martínez Chirle daba ciento veinte bolívares mensuales y las comidas por sus doce horas de trabajo. Todo esto lo amargaba...

-Vaya, vaya, déjeme solo a ver si yo la hago...

Ido el infeliz, con lápiz azul trazó algunas líneas; pero estaban tres patriotismos repetidos y dos causas, y el sentido, incoherente. No era eso lo que él quería decir... Hizo otro borrador; ¡itampoco! Estaba demasiado... explícito. ¡Un demonio! ¡Y todo por aquel maldito hombre tan estúpido! De pronto entró Gustavo, compungido. Necesitaba unos centavos..., una porquería..., los reales del terno nuevo, y para una cuentecita....

- ¡Magnífico! -gritó el padre, ya rebosado-. ¡A muy buena hora llegas! ¡Una cuentecita! ¡Una porquería! ¡Sesenta y dos pesos! Como quien no dice nada... ¡Para mantener... zorras y pegarte palos!

-No, papá...

- ¡Sí, sí, papá! ¡Ya estoy harto de embustes; mientras yo me embromo el alma aquí para hacer dinero, tú bota que bota con todos los poetas, ¡con todos los zánganos de Caracas...!

Metí la pata, pensó el muchacho... Pero leyó, por sobre el hombro de su padre... De una ojeada comprendió... Conocía él aquellas indignaciones de estilo. Las líneas, los papeles rotos, la furia... Su papá estaba de parto; los partos secos de su papá, como él los llamaba... ¡Con habilidad, sin transiciones violentas, le explicó que él deseaba ayudarlo, que nunca lo ocupaba en nada, que lo ocupara en su correspondencia para que viera... Mañeramente cayó en lo de la carta; su padre, entonces, ¡le contó la bestialidad de ese animal de Martínez Chirle»!

-Pero papá, ¡qué gusto de incomodarte! Bótalo. Por estar haciéndole el servicio de darle de comer, te vas a morir tú de una rabieta. ¡Bótalo y me das a mí los treinta pesos!

A los diez minutos salió para su cuarto empapado del asunto, con papel en blanco. ¡Ya él vería qué carta iba a hacerle! En efecto, esa tarde, mientras Elisa, satisfecha, y su marido, sonriendo, la miraba, como diciéndole de tal palo tal astilla, Gustavo les leyó, muy serio, muy correctamente, la bendita carta que él se apresuró a firmar junto con un cheque- cito por trescientos bolívares a favor del autor:

Mi querido Jefe y amigo: Un doble motivo: el de mi consecuencia y de mi cariño personal, me impele a dirigirle esta carta, en la cual verá usted la genuina expresión de los sentimientos de un hombre que, como yo, nunca faltó a sus compromisos públicos ni a la lealtad de su honor empeñado para con el Jefe de la Gran Causa Liberal Amarilla, de la cual es usted hoy el legítimo Jefe, Centro y Director...

-Puse Jefe dos veces, de propósito, porque eso siempre agrada -ilustró Gustavo continuando la lectura... Ajeno como soy a esas bajas inquinas y a las pasiones banderizas que han ensangrentado nuestra amada Patria, no puede ser otra mi actitud que la de un soldado de esa Causa, y por eso pido, pido no, reclamo, querido Jefe y amigo, un puesto en las filas de ella para combatir al pretensioso manco de Orocopiche, con las armas en la mano, si necesario fuere, ya que por el momento, alejado de las actividades gubernativas, sólo me es dado protestar enérgicamente contra esas ambiciones bastardas, engendro de antiguas

oligarquías vencidas, que muy pronto la espada victoriosa de usted reducirá a polvo con el prestigio y la energía incontrastables que le distinguen. Hoy, mañana y siempre, debe usted contar con la lealtad de mi persona, de mis amigos y de mis humildes servicios. Su subalterno y amigo afectísimo en el seno de la Causa: Juan Antonio Gárate.»

Cuando el muchacho se fue a cobrar los reales ganados, él le dijo a su mujer acariciándole la barbilla con la carta:

-Este muchacho, aunque todavía es muy loco, va a resultar. Al fin se ve que es hijo mío; tiene de dónde sacarlo.

-No, niño; isabe aún más que tú! Y con un orgullo santísimo, añadió: ¡Es más hijo mío que tuyo!

La carta se publicó en «El Monitor Liberal» con un comentario halagüeño. Papeluchos de la oposición dijeron de aquel documento que si lo querían mejor compraran un mondongo». Un enemigo mezquino, periodista ignaro, insertó la caricatura del doctor Gárate dando a luz una carta cuyo cordón umbilical cortaban unas tijeras enormes rotuladas «Negocio de estampillas; a un lado aparecía un viejo de garrasí que debía ser su hermano Crisóstomo, palpándose el vientre y con una banda que le salía de la boca y en la cual se leía este refrán llanero: Yo tengo el ombligo sano.

- ¡Canallas! -exclamó el ex ministro.

- ¡Envidiosos! -agregó su mujer.

-Mándale a dar una paliza aconsejó Gustavo, sencillamente.

Pero como una lápida, terrible, helada, pavorosamente lacónica les cayó la tarjeta presidencial:

General Ignacio Andrade, Presidente Constitucional de los Estados Unidos de Venezuela, saluda a su amigo el doctor Juan Antonio Gárate y le acusa recibo de su atenta carta de antier que ha mandado publicar.

El General Andrade felicita al Doctor Gárate por ese documento que le honra tanto.»

- ¿Más nada? -preguntó ella ansiosamente.

- ¡Más nada! -repuso, helado, acogotado, leyendo el desdén entre líneas. Y hasta cierta ironía en el tono oficialista. -Yo te lo he dicho siempre: ¡ese cabezón es un idiota!

Cayeron una multitud de impropiedades sobre el Presidente, a quien precisamente, días antes, le llevó García Antúnez, el Gobernador del Distrito, una correspondencia revolucionaria cogida entre los fustanes de una señora, por la Candelaria. Había un papelito de Gárate para el general Hernández: «Mande con éste a casa del compadre Crisóstomo; él debe acompañarlo a usted, ya que yo estoy amarrado con esta gente que me tiene a ojo de perro.»

CAPITULO XIV

CERCARON la casa. El general Extrañón despachó comisiones para Santa Margarita, espionajes en los caminos, en las picas; movió todos los Comisarios de la localidad, telegrafió al Presidente del Estado: «Recibido. He despachado comisiones y mantengo la mayor vigilancia a fin de que Crisóstomo Gárate, el cabecilla rebelde, no pueda escapar. Espero comunicar a usted pronto la captura. Su subalterno y compadre, Estranón González.»

Pero no pudo participar al Gobierno tan fausta nueva. Avisado por alguien, el viejo que «queseaba» tranquilamente, sin saber pormenores ni nada de lo que estaba pasando en Caracas y que desde el 70 no se mezclaba en esos brollos, tuvo que coger el monte con el mayordomo, Juan García y dos peones sabaneros. Cuando Estranón, a la cabeza de un piquete de caballería cercó la casa del hato, no halló sino a Chamizas que torcía una sogá en el patio y que todo asustado se quedó sin responder con una bola de sebo en la mano...

- ¡No estás oyendo, barriga y muerto! - y Estranón le tiró un planazo, no estás oyendo a la autoridad: ¿Adónde está el viejo?

Y con una cara de idiota, asombrado, manoseando la pelota de grasa, azorado: Yo no sé... él se fue, y se fueron con él otros...

-¿Quiénes? ¿Pa donde ganaron?

-Gua, Juan García, un hijo de maestro Ambrosio y el becerrero Chivuno por mal nombre.

Con el machete desenvainado, seguido de algunos forajidos, mientras los otros a las órdenes del jefe, recorrían los alrededores, registró toda la casa, los aposentos vacíos, algunos aperos, sogas; en un sillero del corredor las monturas de la familia.

-Coja esas sillas ieso es botín de guerra! Y usted coronel Esparragoza, tome nota de los que se huyeron pa que pongamos el telegrama... igodos vagabundos!

-Aguaita, Jefe se atrevió a decir Chamizas observe que esas monturas son de la familia.

Estranón se volvió:

- ¡Péguele un mecate a este jipato, que es espía de los godos!

- ¡No, mi jefe, no; yo soy Chamizas, el del Cujizal; no, mi jefe, iyo soy de ustedes!

- ¡Cállese la boca!

- ¿No está oyendo, carrizo?

Le dieron otros dos cintarazos; le ataron codo con codo, haciéndole brotar el tórax casi en arco.

- ¡Ayayay...! ¡Mi jefe, no me mataste! - ¡Cállese, vagabundo, cállese, la jeta! Estranón aprobaba:

-Bueno... Eso es, pechoe paloma, que ahora le vamos a poner un tortol pa que diga adonde está el parque.

El infeliz cayó de rodillas: -Por vida e su madre, general Estranón, yo no sé nafta de eso, aquí no hay parque ninguno... Un güinche y las tercerolas de los piones; tres con la que yo tengo en el conuco pa espántalas váquiras... ¡No me mar- trate, por vía suya, general!

- ¡Si sigue chillando, trócele la lengua!

Y mientras lo llevaban a empellones hacia el patio, invadieron otros la cocina, rompiendo las ollas; sacaron de detrás de una batea a María Epifanía y a los chiquillos, horrorizados, lívidos, pidiendo misericordia...

- ¡Por vía suyita! ¡Nosotros no sabemos nada de eso! - suplicaba la mujer.

- ¡Desnúdela! -ordenó Estranón, ladeándose el pelo de guama; Desnúdenla, que la vamos a baña y a soba pa que diga adonde está el parque...

Y como uno de ellos vacilara ante la desesperación de la india, Estranón se lanzó hacia él, le dio un empellón:

-No está oyendo, pendejo, ¡qué la desnude! ¡Usted es maricón, que no sabe desnuda a una mujer! Ya va a ver...

De un tirón le arrancó la cotilla; reventó la trenza del fustán, rasgó de arriba abajo la camisa, con cuyos jirones la india trataba de cubrir su desnudez, ya marchita, que, no

obstante, encandiló los ojos de los hombres; y este último pudor también fue vencido por Estranón, quien le arrancó de entre las uñas los últimos jirones del mísero túnico. La india, desesperada, rabiosa, le dio un mordisco tremendo en la mano... Lanzó él un grito: - ¡Maldita sea tu alma! Y le descargó un puñetazo por el pecho moreno, caído flácidamente sobre el vientre.

Los dos muchachitos gritaban, desesperados, estúpidos: - ¡Ayayay, mamaíta! Y detrás de la cocina, el otro, el que estaba criando, lloraba también, aullaba como un cachorro recién nacido.

- ¡No es ni mala la india! -exclamó Estranón. Luego se volvió, envainó el machete, y con más sosiego, dictó sus órdenes:

-Usted, coronel Ordóñez, revise toda la casa, ponga centinela en la puerta e tranca; no me deje ni una gallina; consígase los burros que deben estar ay mesmo; cargue todo, hasta las sartenes, que yo y los muchachos nos llevamos los presos.

El coronel Ordóñez, de mandíbula fuerte, con una llaga enorme en el tobillo izquierdo, se cuadró:

- ¿Y esos barrigones, mi general? -dijo enseñando los niños roncós de llorar.

- ¿Esos carricitos...? ¡Déjelos a ver si se los come el tigre! ¡Esos son pichones de godo, y hay que acabar con los enemigos del gobierno en el mismo vientre de la madre!

-Tan bueno.

Un catire bestial que sostenía la punta del cabestro a cuyo extremo gemía Chamizas súplicas confusas: «Ayayay, mi jefe, yo no sé nafta, no me matarte; yo no venía ni a la casa; yo acabo de tumba un conuco pa sembrar unos frijoles pa yo y los muchachos que me dejó la mujer mía, la defunta Cleofe. ¡Ayayay... mi generalito de mi alma!». Un catire bestial, seco, con los ojos rayados, la barba rala y una sonrisa espantosa, preguntó: -Bueno, ¿y qué es? ¿le ponemos un tortol al hombre pa que cante?

- ¡Sí, hombre, póngaselo!

Dos palabras secas, obscenas; dos palabras que ordenaron aquel suplicio espantoso, sin que ni gritos, ni súplicas, ni alaridos, ni maldiciones aflojaran aquel guaral torcido que le estrangulaba los testículos.

- ¡Dele, dele duro! ¡Métale de ancho!

-¡Ay, mi madre!

La sabana, callada. Los niños, espantados, ya no lloraban, abrazados unos de otro, arrecostados a la tapia, desorbitados. Como un bronce, en el sol de las doce, la india desnuda, atada a un botalón... Junto al palo a pique de la cerca, sujeto por las muñecas y por los tobillos, contraído de dolor, resoplando como un animal moribundo, sudando por todos los poros, de bruces, Chamizas gemía bajo el puño del catire que, con un palito entre el lazo, a manera de palanca, iba torciendo... torciendo...

Primero los gritos fueron agudos, terribles, insensatos, llenos de palabras locas «yo no sé...», «¡ay, que me matan!», «¡iqué parque del carajo!», «¡general, por las entrañas e su madre!».

La sabana callada, bajo un sol espléndido. El catire iba torciendo, torciendo...

Después, los gritos fueron rancos, inarticulados, estertorosos...

Aquel cuerpo tuvo un sacudimiento tremendo que conmovió la palizada; saltaron al suelo algunas gotas de sangre. El infeliz negro, color ceniza ya, feísimo, se desmayó con los ojos en blanco y la boca abierta, en la cual se agitaba, correspondiendo al horrible compás de la tortura, una lengua moraduzca, cubierta de saliva blanca...

Estranón gritó desde el corredor:

- ¡Aflójele la mano hasta que güerva! Échele un balde de agua en la cara.

-¡Noo, jefe, déjelo que dé el sarto er tordito! Un godo menos...

- ¡Es que no dice dónde está el parque! -observó Estranón.
- ¿El parque? -el catire se rio con la expresión bestial que

le daba la risa quedándose de pronto serio ¿el parque? Aquí no hay sino unos quinchonchos picados...

Luego vio al negro, tendido, torcido, latiéndole el vientre en un hipo agónico: - ¡Dejemos ese carrizo que se lo coman ay los zamuros!

Recorrieron de nuevo la casa, el patio, los potreros cercanos; arriaron por delante algún ganado; encerraron en la cocina los chiquitos. El catire se llevó a la india para adentro... a empellones.

En la formación, el general Estranón, ya a caballo, haciendo atravesar en un burro al negro desmayado, llamó al catire: - ¡Coronel Esparragoza! ¡Nos vamos! ¡Arza, arza arriba!

No contestó. Se oía adentro una lucha, gritos. Estranón aguardó algunos instantes. En la pequeña tropa, comenzando por él mismo, respetaban aquel catire enviado por el Presidente del Estado con una tarjeta para que le dieran el remate del juego en San Diego y lo que se pudiera». Había que ayudarlo; era un buen oficial; de esos lados de Paraguaná; allá «y que tenía un cementerio». Estuvo preso algún tiempo, por política; algunos, que no le querían, según él, decían que había violado a una chiquita en un camino...

Los niños habían vuelto a llorar; furiosamente. El chico de la cocina se desgañitaba.

- ¡Coronel Esparragoza! -llamó de nuevo Estranón, disponiéndose a partir, en tanto colocaba en cabestrillo la mano mordida.

Por un ventanuco, asomó, al fin, subiéndose los pantalones: ¡Aguárdeme, compadre, que estaba averiguando dónde tiene el parque la cocinera!

Entre carcajadas, la pequeña tropa partió hacia el pueblo

con el prisionero de guerra y con su general herido en una mano, dejando asegurado en el camino casa de «mano Pancho», un copartidario de Estranón, lo que se trajeron del hato.

La sorpresa del doctor Gárate fue inaudita. Tiró el periódico y llamó a su mujer:

-Elisa, mira, ¡Crisóstomo está alzado!

Muy pálida, exclamó:

- ¡Te embromaste!

Pero él, después, de un cúmulo de reflexiones, viéndose ya en la cárcel, tomó un partido extremo... La cogió por el brazo, le puso la pluma en la mano, nervioso, excitado; le dictó un nombre...

Ella se volvió, espantada: -Pero vas a escribirle a... ¡ese hombre!

- ¡Escribe! ordenó impetuoso.

- ¡No, Juancho, es horrible! ¡Piensa que...!

- ¡Te digo que escribas!

Ella aún insistió:

-Si te odia, si es tu peor enemigo; va a aprovecharse de eso...

- ¡Qué maldición!

Con un puñetazo tremendo, que hizo vacilar la mesa:

-¡Escribe, caray! ¡o te hundo la boca en el tintero!

Ella nunca lo había visto así; un miedo nervioso que la idiotizaba, doblándola sobre la mesa, la hizo dócil, cobarde, como una máquina. Escribió, temblorosamente: «Doy este paso sin que lo sepa Gárate... Deseo mucho y le suplico venga a verme, hoy, esta tarde, si le es posible: usted me perdonará la molestia. Le anticipa las gracias su afectísima amiga...»

-Firma, pronto. ¡Vamos!

Firmó; cerró él la cara y sin una palabra más la envió con el sirviente: ¡Volando! ¡Casa del General García Antúnez! Ella, ya más repuesta, le clavó los ojos, hasta el alma... Su marido cogió, al azar, un tabaco de la gaveta, lo encendió, se echó en la chaises longue.

A las seis y media de la tarde, correcto, de terno claro, flor en la solapa, la cartera bajo el brazo, pues salía de Gabinete,

y aquel doblez de cuero comunicable cierta solemnidad, entró García Antúnez. Tenía el aire de un barbero con clientela y calvicie precoz.

La sala a media luz... Elisa se dejó estrechar la mano en silencio, confundida...

-Señora, he recibido su esquelita... Es para mí un placer estar a sus órdenes... Usted dirá....

-Tenga la bondad de sentarse-repuso, trémula.

El Gobernador tomó un aire galante, equívoco; la miró sonriendo. De pronto, se puso de pie, turbado. En la puerta de la antesala, Gárate apareció; avanzó hacia él sin saludarlo, pálido, con la voz agria hasta el temblor de los labios; y delante de su mujer, casi pegado al rostro del otro, le dijo lento, amenazador, con el puño en alto:

- ¡Mira; sé que esto te lo debo a ti! Tú has hecho aparecer a Crisóstomo alzado; me has «chismeado con el General...

El Gobernador, lívido, perdiendo la dignidad de su puesto, frente aquel hombre que lo amenazaba, temblando de ira, perdiendo el concepto de su hombría frente aquella mujer que él creyó seducida al concederle una cita, balbuceo grotesca- mente, lleno de miedo:

-Pero... chico....

- ¡No, qué chico...! y su voz era sorda, fatídica-: Si yo siento la menor hostilidad, si a mi hermano le pasa algo, a los

cinco minutos tiene el Presidente en sus manos tu carta para Widemann, y se publica en un periódico toda tu correspondencia con Vernel Fernández cuando el asunto de Manoa. Tengo todo para hacerlo. Hasta un duplicado del cheque de Trinidad....

No hubo otra explicación. El Gobernador, trémulo, comprendió que era capaz de eso y mucho más; a pesar de ser compañero de chanchullos, de embrollos, de fraudes, en ciertos momentos la audacia de Gárate rayaba en locura. Tembló. ¡Si aquello sucedía estaba perdido!

Retrocedió hasta la puerta, seguido de Gárate, cuya actitud le dominaba con el aire superior de la casta, del carácter, del valor personal... Allí, casi suspiró grotesco, un saludo de lo más absurdo:

-Bueno... adío... adío, pues....

Se fue. Quedaron los esposos solos, en la sala oscura. Y por todo lo que ella iloca! se había imaginado; por aquel gesto de hombre; por aquella audacia que lo hermoso, lo hizo crecer, ponerse joven, buenmozo... por aquel rasgo, que en la miseria de sus días era un rayo de sol...; sintiendo admiración, ternura, un amor súbito, una sensualidad enloquecedora... le saltó al cuello, estremecida vehemente ofreciéndole los labios, llamándole con el nombre íntimo de mejores noches: - ¡Juancho... Un beso; ¡así, duro...!

Fue un mordisco. Con gesto cansado, la desprendió de sus brazos, la puso en el sofá....

-Ya está dijo. ¡Me duele mucho la cabeza!

CAPÍTULO XV

CON sorpresa, con desconcierto, recibió Estranón orden del Gobierno de dar al general Gárate toda clase de garantías y que pase inmediatamente a entenderse con el Presidente del Estado».

- ¡Buena broma! -pensó el zambo, atribulado por lo que habían hecho en el ható... El no, él trató de contener los muchachos, lo que tiene es que iguerra es guerra! Sin embargo, se aconsejó con don Agapito Brizuela; éste, muy perplejo, todo lo que comprendió es que usted se ha pisado, compa- ñero. Los dos fueron casa del maestro de escuela, él llamó al cura... ¡Un conflicto para la localidad! Discutieron un rato; el bachiller Martínez-Martínez opinaba por contestar al Gobierno con carácter, con decoro: alzado en armas el cabecilla Gárate, después de cometer mil fechorías en estas pacíficas regiones, donde se bendice el nombre del General Andrade.... -Pero bueno -objetó don Agapito Brizuela -ése no es el caso. ¿Y... el indulto?

- ¡No, qué indulto! -pateó Estranón. ¡Verga!

-Es que la orden de garantías... Uno no sabe lo que esté sucediendo en Caracas a esta fecha... ¡Se embroma! Pela usted la cuerda, mandan otro jefe civil, se descubre el asunto; y nos trabajamos todos. Yo devuelvo el ganado.

Hubo una gran perplejidad. El cura habló entonces:

-Mire, compadre, la Divina Providencia me ha iluminado una cosa.

- ¿Qué, qué?

-Yo voy casa de la familia..., les digo que usted está mortificadísimo con lo que hizo la tropa, que se enfureció al verlo herido, que usted no sabía nada...

- ¡Sí, eso es, que hasta quise fusilar uno!

-No, eso no; ieso no es cristiano! Que usted está indignado, que si ellas saben dónde está el viejo, usted les entrega el salvoconducto para que se lo manden con uno de allá...

-La señora Dolores no es nada; ella convendría, ipero esa niña Chucha es muy altanera! -observó el zambo, recordando las humillaciones, el desdén con que le viera siempre, la mirada que le dirigió cuando él se atrevió a proponerle que si lo quería se casaban por Pascua... ahora años.

-No, no; Chuchita es hija de confesión mía; y aunque está algo alejada de la Mesa Eucarística. ¡Deo volente!, ella me hace mucho caso.

No obstante, Estranón y él llegaron turbados. El cura saludo con una afabilidad que sólo conocen los curas... Estranón, con el sombrero en la mano, se quedó en el zaguán, muy azorado.

El cura les explicó la situación, los empeños del general Estranón por garantizar a don Criso; se había expuesto a un conflicto con el Presidente del Estado, habíanse cruzado telegramas enérgicos... Brizuela podría decir...

-Y, por último, ilo más triste...! ¡Los excesos de las tropas que expedicionaban en las inmediaciones...! El general Estranón, a pesar de estar herido en una mano, los había reprimido tan severamente que, a no ser por él, que quería evitar derramamiento de sangre, fusila a un oficial distinguido, pero tomado... Por otra parte...

La vieja oía en silencio; Cándida Rosa, los ojos negros, azorados, más grandes que nunca, jugaba con el gato que bajo la caricia hacía un arco de su espina dorsal, voluptuosamente... Chucha interrumpió con dureza, sin ver a los dos hombres: ¡Bueno, ya sabemos! ¿Qué es lo que quieren ahora? ¿Robar la casa?

- ¡Niña, no diga asina! -suplicó Estranón.

- ¡Mijita! -clamó el cura cruzando las atribuladas manos. - ¡Sí, sí, ya sabemos qué más! ¿Qué más quieren...?

El cura trató de reprimirla: esos no eran modos, ella estaba tan cambiada después de su viaje a Caracas, a esa Babilonia que, a no ser por las oraciones del señor Arzobispo, ya hubiera parecido como Sodoma y Gomorra.

-Bueno, Padre, bueno, ¿qué es lo que quieren usted y.... ese hombre que si tuviera vergüenza no pisaría esta casa...? - dijo designando al jefe civil. Este le dirigió una mirada solapada, sonrió con ira.

El cura, entonces, temiendo fracasar, propuso de un tirón lo del salvoconducto.

-No es preciso contestó ella.

- ¡Pero mijita, icómo no!

-No es preciso. Ya papá salió a entenderse con el Gobierno; y aunque aquí no dejaron pasar los telegramas de nosotros, yo mandé con un peón las copias hasta el Pao y de allí las transmitieron... Muchas gracias por todo, pero ya no es necesario. Los dos hombres se miraron, consternados.

- ¿Qué hacemos entonces? -preguntó el cura, desconcertado.

La muchacha respondiéndole fríamente:

-Eso.... hombre, que se vaya ya, ahora mismo...!

El zambo salió indignado, temblando por la injuria, por el puesto, por lo que podía sucederle. Y usted, Padre -agregó ella con voz angustiada-, vaya casa de Chamizas, que está allí, en la posada de Claudia; vaya, véalo para que lo confiese, porque yo creo que se está muriendo... Dele siquiera, ese salvoconducto.

El cura también se marchó; las bendijo todo contrito. En la puerta suspiró, en alta voz:

- ¡Qué de amarguras tiene nuestro Ministerio!

Reunidos otra vez en la trastienda de musíu Miguel, Estranón concluyó, feroz, solapado:

- ¡Bueno, guerra es guerra! ¡Ya va a ver por dónde le salen sus altanerías...!

La información remitida de San Diego fue horrible: Crisóstomo Gárate se había alzado con bandera tricolor, había matado, quemado, forzado, cometido toda suerte de tropelías... Se supo luego en el pueblo que a don Criso lo habían detenido en la capital del Estado, como preso.

En menos de quince días, «Santa Margaritas quedó arrasada; ni el burro tusero dejaron, ni un taburete, ni una soga... Las dos queseras también destruidas... El ganado macho lo arriaron. La familia se sostenía con las vacas de patio que pudo salvar de la ruina; algunas veces hasta éstas sufrían: ya era que llegaba una herida de bala, ya otra amanecía muerta por dizque se metió en el conuco ajeno, ya aquélla se desaparecía dejando el becerro....

Chucha escribía todo a su padre. No recibió contestación. Cogían las cartas, seguramente. La guerra avanzaba. Partidas de bandoleros infestaban los caminos; lo que no acababa la Revolución lo cogía el Gobierno. Era un caos. El cura, durante el mes de San José, predicó la paz, fuerte, robusta, moralizadora; consideró la justicia de ciertas revoluciones, los castigos tremendos de Dios, impuestos al Faraón fementido....

El Faraón fementido era una alusión política -en hipérbole bíblica. En la incertidumbre de la hora, vacilante, sin oír a nadie, sin confiar en nadie, tras una faja de cuatro mil fusiles, con la espalda amenazada más por la alevosía de sus compañeros y servidores que por los mausers de la revolución huyó, al fin, el Presidente Andrade.

Una mañana estallaron cohetes. Resonó el himno nacional: el maestro Anselmo, con su violín; Pedrito, con el cornetín, y el negro Cleofe, rasgando un cuatro; discurrió en la Plaza el Bachiller Martínez-Martínez; sermón, tedeum; fuegos de artificio, hojas sueltas con el Pronunciamento del Municipio San Diego de Guara, «este heroico Municipio que dio más de un héroe a nuestra Magna Lucha. Lo suscribían Estranón, el Cura, el Bachiller Martínez-Martínez, don Agapito Brizuela, itodo el pueblo!

- ¡Abajo el Gobierno! -gritó un borracho.

Le dieron un golpe; lo arrestaron. Nada de desórdenes. El Bachiller Martínez-Martínez tuvo una frase feliz, entre el motín:

-¡Conciudadanos, orden! ¡La Revolución Restauradora es también gobierno!

Escondiese la bandera amarilla de la Jefatura Civil; se puso en su lugar otra tricolor, hecha por la querida de Estranón. En la posada de Claudia, banquete oficial; siete discursos, pero no siete discursos cualesquiera, «isiete piezas oratorias! », asentó el Bachiller al escribir todo aquello para «La Restauración Liberal».

El cura corrió casa de las Gárate, con un telegrama en la mano; ahogándose de entusiasmo, leyó, en el corredor, sin acordarse de saludar: «De Caracas a San Diego el día tal, etc.... para Pbro. Fuentes Pereira. -General Gárate en libertad; felicítate. Regresará al entenderse nuevo orden

cosas que tanto espera la Patria. Ora pro me. Afmo. Padre Galfas.» Otro cura que escribía en «La Religión contra las inmoralidades del siglo, tenía muchas relaciones políticas en el interior, y era capellán de un cuartel...

-Ya lo sabíamos, Padre, muchas gracias -repuso Chucha enfriándole el entusiasmo.

-Ya ves, mijita, la Divina Providencia y mis oraciones para San Isidro, el patrón de los Gárate; es una nueva gracia que recibimos.

Con dos peones, una mañanita entró al pueblo don Crisóstomo, más viejo, más encorvado, más adusto... Abrazó a sus hijas; oyó sin chistar, palideciendo a veces, todo lo que había sucedido... Cándida se le sentó en las piernas, le hizo caricias; su hermana y ella acopiaban detalles, uno a uno: cómo llegaron al hato ellos, lo que hicieron, la muerte de Chamizas, lo de la india que dejaron amarrada y que los marranos por poco se comen al recién nacido... Horrores... Se lo llevaron todo; hasta los horcones... ¡Todo! Del ganado no quedaban sino cinco vacas de ordeño y diez más; pero horas; «Mariposa apareció muerta; la novilla Camatagua», de Cándida Rosa, se la comieron en la plaza cuando el pronunciamiento; «Ropón» y «Prenda de oro perdieron los becerros. ¿Bestias? Ninguna. El burro tusero andaba comiendo en la sabana, según les informaron... De las queseras no quedó nada. Los hatajos se los robaron... No había un peón; se estaban llevando el alambre de los potreros.

El viejo puso a Cándida Rosa en el suelo; pascó una mirada por la casa amplia, desmantelada; la antigua casa llanera,

hospitalaria, abierta para todos en el pueblo, fundada sobre el propio asiento de la iglesia que erigió don Rui Núñez de Gárate en 1567, después de batir los tamanacos y remontar el Guara con doce hombres de armas hasta la boca del San Juan Bautista, fundando aquel caserío sobre un ribazo; vio en derredor la vieja Dolores, callada, abatida; las hijas solas frente al porvenir; los dolores íntimos, las pequeñas amarguras de los resentimientos, de las miserias de familia, de su hija mayor burlada; la mezquindad de espíritu...; el tiempo, lo contemporáneo que avanza sobre el eje torcido de la herencia, por ruedas desiguales, como una carreta inútil...

- ¿Qué más? -preguntó.

¿Qué más...? Chucha, sin ocultar sus lágrimas, contestó alargándole un sobre: -Esto, esta carta que le trajeron hace días.

-Léala, pero vea primero quién la firma.

-Firma un doctor J. Astorga Palacios, abogado.

- ¿Qué dice?

Ella leyó, de carrera... de carrera... Era una excitación del apoderado de Sanoja & González, los dueños de la hipoteca de «Santa Margarita»; sabían el mal estado de la finca y no podían esperar ya más; la última prórroga había finalizado hacía seis meses. No les era posible aguardar; se conformaban con recibir la finca en el estado en que estaba. El picapleitos terminaba con esa cortesía terrible de evitar con una amigable transacción, etc....>

Comprendía... Una gestión llena de urbanidad y de amenaza, engendrada entre la rapiña del procedimiento legal», puesta al servicio del agio por ese grupo sórdido de rúbulas, inteligentes, garduñas, estudiosos, aguzando las garras en el dorso de los tratados de Derecho, husmeadores de la desgracia, del escándalo, de la demanda miserable... Usando el derecho de propiedad como una ganzúa. Ladillas nacidas entre las ingles del Código de Procedimiento y con los años y un empujón político envejecen como honorables jurisconsultos, honra del Foro, y podridos de dinero.

-Ya sé concluyó sombrío, ya sé. Se quieren coger también el ható.

No quiso ir a la fundación. ¿Para qué? Dejó encargado a Juan García cuidar las vaquitas y ver la familia. Salió para Caracas a los dos días, venciendo su antigua y fuerte repugnancia, agravada hoy por la acción de Gustavo con su hija. Apenas cambió palabras frías con el cura. Los demás no se dejaron ver.

Al pasar por frente al altozano, ya en marcha, el cura le gritó:

- ¡Adiós, mi jefe, no pase tan de largo!

-Que Dios le ayude, Padre-repuso sin volverse.

- ¡Démele un abrazo al doctor en mi nombre, bien apretado!

Se volteó en la silla, verde de ira.

- ¡Dele usted otro a Estranón en el mío! Y le hundió las espuelas a la yegua, que partió como un rayo.

El buen cura se sobó las manos:

-¡Qué carácter de hombre! El pobre... ¡y no es ni malo!
Tiene sus cosas...

Lo que le sucede es por eso; no es político. ¡Cuándo como el hermano, aquél sí es un personaje!

CAPITULO XVI

SE PRESENTÓ cuando menos lo esperaban.

Elisa, al principio, no lo reconoció; al fin, viendo que él le echaba el brazo, en el corredor: ¡Ah! ¡Si es Crisóstomo! ¡Qué sorpresa tan agradable! -Y más alto, llamó: -Gárate, aquí está Crisóstomo.

Salió de la habitación, en pijama, tan sorprendido como su mujer: ¡Es un asalto en regla!

Abrazados efusivamente fueron andando hacia la habitación, respondiendo él, tranquilo, comedido, a las primeras preguntas por las muchachas, por el hato, por la salud... No aludieron al hijo, delicadamente; sin embargo, el viejo quiso saber de él...

-Está bueno -repuso Elisa-; salió ahora poco para la Universidad. ¡Pero esa sorpresa!

- ¡Ah!, ustedes no se imaginan....

Juan Antonio exclamó de pronto: -Es natural que se nos meta así, un hombre que se alza y pone en jaque al Estado-, hizo un guiño. Aquí también, como ahora nos sorprende tu llegada, nos sorprendió tu alzamiento... Yo creí que era cosa de ese vagabundo de García Antúnez, pero vi con mis ojos la información del Presidente del Estado, transmitida directamente a Caracas... ¡Qué mosca te picó, chico! ¡Y lo peor es que por poco, hasta yo voy a chirona! ¿Verdad, Elisa? Has tenido tus días de sonar aquí, te han nombrado

mucho los periódicos, dicen que en el llano tú fuiste el alma del movimiento revolucionario... ¡Pillo, y tan callado que te tenías tu entripado!

El viejo, lentamente, midiendo sus palabras, protestó con viveza: ¡Mentira todo, absolutamente mentira! Ni yo me he alzado, ni he sabido nada de eso... Yo no entro en vagabunderías como ésta... Yo estaba buscando en Los Cujíes, me mandó avisar el telegrafista Cancine, aquel muchacho que yo te recomendó para ese puesto cuando eras Ministro, ¿te acuerdas?

-Ajaa...

-Bien; ya ves, nunca se pierde un servicio. Él me mandó avisar que había pasado un telegrama con orden de prisión para mí; y, naturalmente, como ya yo sé lo que es eso, allí mismo monté a caballo con los tres peones que tenía y me puse a huir... Después que me mandaron el salvoconducto pasé casa del Presidente del Estado y éste me metió en la cárcel... - ¿Cómo?

-Como lo oyes; hasta me dijo que, por consideraciones a ti, que habías sido compañero, no me pegaba un mecate y me mandaba para el Castillo. ¡Y maldito lo que yo sabía del Mocho, ni de Castro, ni de nadie!

-Dios mío!, y nosotros ni una palabra -exclamó Elisa juntando las manos.

Chucha les telegrafió, les escribió, pero cogían las cartas, no pasaban los telegramas. La pobre muchacha me salvó de lo

peor porque mandó la correspondencia con un peón hasta el Pao... Y entonces resolvieron darme garantías...

Juan Antonio hacía crujir las falanges de sus dedos, murmurando:

- ¡Canalla...! ¡Canalla!

-Pero eso no es todo agregó el viejo sombríamente, reconcentrado en la angustia de su situación-; el hato lo arrasaron, a la india cocinera la forzaron, la dejaron amarrada y los marranos por poco le comen al hijo recién nacido; a Chamizas, un negro conuquero que yo tenía, le pegaron un tortol donde tú sabes..., lo llevaron al pueblo preso; allí le picó gangrena y se murió... ¡Esto porque no quiso decir dónde tenía yo un parque...!

Elisa, arqueando las cejas pintadas, juntando las manos, admirada, espantada, hacía gestos de asombro: -¡Santo Dios!, ¡qué horror!

Su marido se paseaba dándose palmadas...: ¡Es posible que ese sinvergüenza...!

-Y tan posible -concluyó su hermano- que nos hemos quedado con quince vacas de patio, que es de lo que se mantiene la familia... Y la tierra: mejor dicho, ni la tierra, ¡porque mira esta carta! Sacó penosamente el papel y se lo alargó: -Sanoja y González van a proceder al embargo por los siete mil pesos... Casi terminó sollozando: - ¡En fin, la ruina!

Elisa, compadecidísima, no hacía más que exclamar entre frase y frase, ¡qué horror!», «¡pobres muchachas!», «¡cuántas cosas habrán pasado!», «¡qué horror!».

El viejo se había quedado encorvado, abatido, viendo un ángulo de la habitación, con una sonrisa amarga en los labios. Su hermano paseábase profundamente agitado. De repente, se detuvo: Bueno, ¿qué hacemos?

-Eso te pregunto yo... A eso venía, a ver qué hacemos... Un tanto cohibido al principio, luego resuelto, al fin, con firmeza, le expuso su situación detalladamente: el vencimiento de la hipoteca hacía seis meses... ¿Qué si consultó con un abogado? Cómo no; los dueños de la hipoteca tenían la preferencia sobre los demás acreedores; en cuentas sueltas de suplementos, facturas para los peones, etcétera, como seis mil pesos más, pero esto tenía espera, se trataba de antiguos relacionados que no lo apurarían mucho. Lo que no aguardaba era la hipoteca; él debía recordar que de los reales esos habían tomado cuatro mil pesos, además de lo que le entregó en efectivo y en ganado por compra de su parte en Santa Margarita».

-Sí, sí, hombre; como catorce mil pesos por todo ¿no? -respondía. Martínez es quien lleva esas cuentas....

-Eso es más o menos. Yo venía a ver si tú... los conseguías... dejándote el hato en garantía..., traspasándote la hipoteca; y firmando por lo demás un pagaré...

Juan Antonio se sentó, abrió los brazos con un gesto de derrota, sonrió forzosamente:

-Pero Criso, ¿y yo de dónde?...

El viejo bajó la cabeza, aplastado; balbuceó: ¿Y un amigo que te... facilite, que te los preste...? Se pagarían intereses...

- ¡Un amigo! -dijo él con amargura.

Sí, tú que tienes aquí entre la gente pudiente tantas relaciones... ¡No es tan gran cosa siete u ocho mil pesos! Tú habrás servido a alguno con más...

- ¡Un amigo! -repitió con amargura el menor. Y con el pesimismo de sus largos días caído, de los desdenes, de las pequeñas desatenciones, de la miseria del hermano que se había sacrificado por él, con gesto un poco teatral y frases estudiadas, pero en el fondo sinceramente amargado, le relató cómo estaba él, cómo le habían engañado después de explotarlo miserablemente... ¡Un amigo! Esos son como los que cuentan de las ratas que huyen de los barcos al prever el naufragio... Amigos, dímelo a mí, a mí que les he servido, que les he prestado dinero, que algunos me deben hasta el modo de andar... Las relaciones de esa índole las tiene uno cuando puede descorchar una botella de champaña, prestar una suma, conseguirles un puesto o un negocio..., darles fiestas. Le ofrecen a uno entonces su sonrisa, su dinero, su mujer...

¡Las tropas mercenarias del éxito! En el silencio angustioso de aquella hora, ellos las vieron desfilar, felices entre rumor de risas y rumor de sedas...; las que disfrutaban del placer fácil, del derroche imbécil, de la alegría artificial; las que tienen un palco en la vida y un palco en el teatro, y ante el espectáculo brillante no presienten jamás las heridas de la

lucha, la amargura de los días oscuros, el heroísmo de lo cotidiano, las tremendas angustias que forjan la carcajada del deleite ajeno... Cuando la necesidad llama, la puerta permanece cerrada, chapada de hierros fríos... Hay que asaltar, como un pirata, con el puñal entre los dientes....

Juan Antonio le relató, con los colores más negros, lo que había pasado, las infidencias de García Antúnez, desengaños, penas, hasta peligros..., pero al lado de la ruina de su hermano, viejo, sin recursos, con dos hijas, sin un palmo de tierra para sustentarse, resultaba él afortunado, ingresando de nuevo en la situación política, adulado otra vez, feliz, con su familia y su tabaco...

El mayor sintió el contraste, revelado por los muebles, por las fisonomías, por el confort, por el perfume de la comodidad que respiraba en el aposento... El otro también lo percibió, pero trató de crearse una atmósfera compasiva, que inspirase una pequeña piedad, ni mucha para rebajarse en su dignidad de hombre de fortuna ni poca como para trasparentar, en su negativa, una mezquindad relativa.

El viejo estalló: -¡Pero Juan Antonio, por Dios! ¡Hay que hacer algo, moverse, comprometerse hasta los dientes! ¡Es el hato de nosotros! Es Santa Margarita...

-Pero... ¿y yo qué hago?

-Es la tierra de nosotros, de los Gárate... En la escritura, tú la has visto... está la cédula, del Rey a nuestro bisabuelo, a don Juan de Gárate, Capitán Poblador... Es hasta por orgullo de uno... ¡Es el trabajo y la sangre y la vida de todos nosotros...!

- ¡Papeles viejos! ¡Eso no se cotiza hoy... eso no vale hoy! Más nos valiera ser negros, tener las encías moradas... ¿Tú crees que a mí no me da dolor también?

-A mí quienes me parten el alma son las muchachas, ipobrecitas! -interrumpió Elisa.

Tuvo el anciano un gesto soberbio: - ¡Pobrecitas, no! ¡Yo estoy vivo! Se perderá el hato, se lo llevarán todo, pero yo soy todavía peón, tengo fuerza, puedo barrear un novillo. ¡Mis hijas no se mueren de hambre mientras yo manejo una sogá...! Sonrió Juan Antonio, casi con piedad: - ¡Oh!, ide eso no se trata!; esta casa es tuya, también...

-Pues ya lo creo... ¡No faltaba más! -agregó su mujer. - ¡Esta casa...! Y el viejo se volvió hacia los muebles, hacia los retratos de familia, hacia el lujo todo: -Esta casa... No, aquí me ahogo yo, de aquí me sacarían muerto como los turpiales cerreros...

Hubo una pausa, embarazosa. Crisóstomo se dirigió de nuevo a su hermano: -De modo que no queda más camino que entregar... aquello; así... -casi desfallecía su voluntad ante la idea. Su hermano quiso levantarle el ánimo, sobreponerle a sus hábitos de cuarenta y seis años, a la herencia; incluirlo en el género de su misma existencia como para propia justificación: ¡Qué se va a hacer, hombre! Entregas aquello, salvas lo que se pueda... Yo mismo escribiré para que te ayuden con el Juez... Te vienes para acá, aprovechas la bulla esta que has hecho sin querer... y es fácil que te consigamos un puesto....

Como un escombros que cae, se echó sobre el brazo de la butaca... Allí estuvo callado, inmutable bajo la mirada compasiva del hermano menor, de aquella hechura de su esfuerzo, de sus luchas, del trabajo sobre las tierras abandonadas, en los largos soles de cuarenta veranos, por las aguas crecidas de cuarenta inviernos... Y como compensación final, él, el venir a Caracas para que le dieran un puesto en el Gobierno... Y ni una frase, ni un ademán del hermano que revelara un dolor sincero, un natural descorazonamiento por la pérdida del antiguo solar... ¡Ni una!

En el fondo, a aquella alma quizá la arrancaba del amor hacia las sábanas bravías la angustia de la mujer delicada, de otro espíritu, de tierras más altas, y de la cual era tan hijo que instintivamente por ideas y por su concepto de la vida se alejaba del hermano montaraz... No lo comprendía, no lograría comprenderlo nunca. Asombrado, colérico a veces por aquellas ideas rancias» de Crisóstomo, lo oyó hablar hasta el fin bajo la presión de su desgracia... Como entre la polvareda de un escombros sus frases surgían nebulosamente, espantosas, burdas: ... tú no quisiste nunca el hato; tú no sabías querer ese pedazo de sabana donde trabajó mi padre, trabajó mi abuelo, trabajó mi bisabuelo... Allí he gastado yo todas mis energías, mis reales, mi paciencia; allí parió mi mujer, se levantaron mis hijos... he luchado... he sufrido; de él has comido tú, te has educado, te has ido por encima de mí... Ahora se lo cogen cuatro vagabundos rateros, ladrones de ganado, porque les debo una miseria, y mi hermano, que es un doctor, un personaje, no puede sino ofrecerme un puesto aquí, que traiga mis muchachas para que las manosee cualquier hijo de esclavo o se burle de ellas cualquier sinvergüenza; que deje mi

trabajo para venirme a adular, a hacer cortesías... ¡Parece mentira, hombre! ¡Es faltarte el respeto a mis canas...!

Resentido, Juan Antonio le cortó de pronto:

-Bueno, Crisóstomo, sí; todo eso será verdad, pero yo no puedo hacer otra cosa... ¡Esa es la vida!

-Ya sé, ya sé... Había cogido su sombrero y sin oír las insistencias de su cuñada para que se quedara, las de su mismo hermano, que dónde había posado», «que por qué no avisó», *que iban a mandar a buscar su equipaje, se excusó:

-No, no; yo llegué a un hotel. Me voy mañana mismo... Muchas gracias, pero no es preciso molestar por un día.

La amargura le hacía más viejo, más triste... El menor saltó hacia él, lo abrazó, conmovido por aquel semblante acabado, arrugado, marchito, donde se pintaba una melancolía infinita: - ¡No, no, no me hagas eso! ¡No te vayas así...!

La cuñada le echó el brazo también: - ¡No señor, ni que estuviéramos locos! ¡No se va!

Obligado, quedose al fin.

En la tarde todavía discutían en el escritorio. Hacían cálculos; escribieron algunas cartas... Gárate consultó al

doctor Esparza, quien le explicó: -Es cuestión de dinero, simplemente. Traspaso de hipoteca y... ¡listo! ¡Listo! ¿Pero el dinero...?

Otra vez insistió el viejo: -Pero... ¿tú no puedes conseguir eso? Yo he agotado todos mis recursos; ¡esa gente está por allá arruinada con la guerra...!

Ya impaciente, casi le gritó: - ¿Pero tú crees que te niego los reales por gusto?

-Bueno; ¡no grites, no grites, que no hace falta!

Lo miró, muy serio, con los ojillos grises, brillantes como dos laminillas de acero. El otro continuó su desahogo: - ¡Yo sabía eso! ¡Tú no has querido nunca plegarte a las conveniencias; ¡siempre rebelde, siempre de godó... ahí tienes! ¡Se presentaban evoluciones que te hubieran ayudado a salir de abajo!, ¡inada! Ahora mismo, la última... Te explico en La Guaira la situación, cuando viniste a buscar a Chucha, te indico la manera ¿y qué me contestas? Que tú no te metías en eso, que los hombres no se mataban sino de frente, que qué se yo qué más me dijiste... ¡Pamplinas! El que estorba, se elimina, pero sin que nos cause perjuicio. ¡Hombre! ¿Cómo quieres ahora estar bien en esta tierra con semejantes ideas? ¡De dónde saco yo dinero para darte!

-Para darme no, Juancho -repuso ya desagradado. Yo nunca te he hablado de que me debes; entre hermanos sería una sinvergüenzura. Pero no es que ese dinero tú ni nadie me lo den... ¡No debes decir así!

-Bien, bien. Tú tienes la culpa de lo que te está pasando. Sencillamente inaudito le pareció al viejo aquello: ¡él tenía

la culpa! La culpa de ser bueno, de ser generoso, de haberse sacrificado y de haber sacrificado a los suyos por aquel hermano olvidadizo, ingrato. Casi se lo dio a entender ya indignado.

- ¿Y qué me dices con eso?, ¿qué me dices con eso? -contestó. ¡No la tengo yo tampoco de ser más avisado, menos terco que tú, de saberme manejar mejor que tú...!

-Yo no soy doctor-respondió con ironía- yo no he tenido estudios; mientras tú eras un personaje aquí yo estaba en mi sabana trabajando ganados, ayudándote a subir; yo no te lo he dicho nunca, pero ya que me tratas así, te lo digo... se lo digo a mi hermano el doctor, el político, el que sabe más que yo, que no soy sino un peón, y que ahora con los años, pondré a las muchachas a hacer pan y yo con mi mandador espantaré las gallinas... Pero para acá, a que me mantengas tú, ¡no vengo!

El otro respondió con desdén:

-Sí; eso es. Ya lo creo: ¡tú no puedes dejar de ser lo que eres ni tu vida oscura!

Como si le hubiesen dado un latigazo en el rostro, la frase lo sacudió; lo hizo incorporarse, palidecer, perder la noción de todo, y saboreando la amargura de sus palabras, tal una hiel espesa, negra, correspondió al desprecio de su hermano:

- ¡Mi vida oscura!, ¡mi vida oscura! ¡tú, tú quien me lo dice! A mí que te he formado, que he sido tu padre, tu madre, tu hermano de verdad, sin egoísmos, sin mezquindades, gozando con tus triunfos, ayudándote en lo que he podido, arruinándome por tus patrañas, por tus vagabunderías que tú llamas política... ¡Mi vida oscura! Entre las vidas de nosotros dos, entre la tuya que ha negociado con el nombre, con los esfuerzos, con... ¡sí, señor, te lo digo! -con la dignidad, con la

vergüenza de nuestro apellido y la mía, humilde, arruinada, pero que puedo levantar la frente delante de todos, delante de mi propio hermano desgraciadamente... ¡muy alta, muy limpia! dio un puñetazo terrible sobre el escritorio. -Entre esas dos vidas... ¿cuál, ¿cuál es la oscura?

El hermano menor, con el rostro contraído, dominado no obstante por indignación del anciano cuyos ojillos grises llamaban, temblando de furor y de emoción apoyaba las manos en la mesa queriendo dominar aquel temblor....

Dio algunos pasos hacia la puerta el viejo, y agregó todavía con una voz metálica que parecía quebrar las palabras:

-Mira a tu alrededor: tu hijo, tu familia..., la gente que te hace cortesías; mírate por dentro y acuérdate cómo he sido yo contigo... Las vidas oscuras son éstas, las de los murciélagos de paltó-levita... Tú y yo somos todo el país: yo el pendejo que trabaja, el que aguanta, el que cree en antiguallas de dignidad, de vergüenza, de honradez, que mantiene a los zánganos hasta quedar arruinado para merecer luego su des- precio... a dar el jugo para que luzcan, para que los saquen en los periódicos... Pero el

castigo de ustedes, los pasados de su fila, de su partido, de su casta; el castigo de los transados viene detrás, ahí mismo, con el negro Extrañón hijo de los esclavos de mi padre; ése es el que viene al poder a que tú le sirvas, a que le laves las patas, a que le des una hija tuya, una Gárate blanca... ¡Yo me voy de aquí, a morirme bien lejos... ¡Esta es una gusanera incurable...!

A los dos días, fríamente se despidió. No se habló más del asunto. Su tía le envió a Chucha unos regalitos que él tiró desde las alturas de Boquerón, cerro abajo. Gustavo quiso sacarlo a pascar, a conocer la capital. Se negó; sentíase mal; lo mareaba la gente, y además, ino le gustaba Caracas!

- ¡Pero tío! Caracas es linda... lo dicen los que no son de aquí había le observado.

Miró el viejo en derredor:

-Yo no me refiero a la tierra; me refiero a la gente que no la merece.

CAPITULO XVII

ENTREGÓ el hato. Hasta las últimas diligencias, el papel sellado, las estampillas... En su casa, a sus hijas, no dijo ni una palabra. Ni lo que había contestado su hermano, ni nada. Quedaron unas veinte vacas mansas, el burro; un corral a la salida del pueblo y la casa de habitación ya muy desmejorada; la polilla había taladrado las maderas, en los ángulos del corredor se había tenido que meter puntales; una de las paredes traseras, durante un invierno, se vino abajo y hubo que tapar aquel hueco con palizadas. Chucha y Cándida Rosa ayudadas por la vieja Dolores, hacían todo el oficio, cosían para las mujeres del pueblo, ropa de peones a seis reales la muda... Vino la escasez, el pequeño desdén, los vestiditos pobres; en la misa del domingo, las dos hermanas salían, humildes, frente a una complacencia cruel:

- ¡Ahí van las godas!

- ¡No y que querían pisar más alto que una!

- ¡Ya ven, las hijas del rey!

Era la forma más trivial, acaso la menos mezquina de todas porque las hostilidades comenzaban en venderles más caros los géneros, los víveres; no saludarlas; reírse en la cara de ellas... ¡Las godas! ¡Y no tienen ni fustanzón para estar en la casa!

Ellas pasaban; la menor más penosa, la otra siempre altiva, sin ver a nadie, la linda cara envuelta en la mantilla con esa tristeza orgullosa que es el encanto de las mujeres de casta

cuando están pobres. No les perdonaban eso; se indignaban de no verlas sonreírse con ellos, de que no los ocuparan, aunque fuera, de que recibieran con un agrado altivo los cariños que les hacían. Un día, la querida de Estranón se atrevió a mandarles con el chiquito una cestica de huevos.

-Mijito-contestó Chucha -dígame a su mamá que muchas gracias, pero que aquí no comemos eso; que nos hace daño, que ella los puede aprovechar mejor con otro.

¡Ay, niña! se atrevió a objetar Cándida Rosa. Su padre estaba siempre fuera; en la sabana, por el corral, sobre la yegua escuálida resto de sus antiguas madrinan, última muestra de los hatajos Crisosto meros, del bestiaje de sus abuelos cuando iban a las fiestas de Ortiz por lujo, con veinte esclavos montados en veinte caballos rucios, o en veinte caballos moros, o en veinte caballos zainos.

Esa tarde, al regresar, Cándida le contó, tímidamente, lo que había hecho Chucha... Ella creía que esas cosas hacían que les cogiera rabia la gente, más de la que ya les tenían.

El viejo respondió:

- ¡No señor; muy bien hecho! La gente debe morir de hambre si es preciso... pero limosnas, ini de los Santos! ¡Aquí el que venga a tenerles lástima me lo ponen en la puerta!

La hostilidad aumentó. No era posible crear intimidación con ellas; eran unas pretensiosas que se creían más blancas que todo el mundo. No les perdonó el desprecio la mujer de

Extrañón; la ropa que cosían se la fueron retirando, se la daban a una sobrina del Cura, baldada, que había sufrido un aborto de procedencia desconocida... ¡pobre Juliana! que cosía mejor y más barato que esas pelagatas; no les perdonó Claudia, la posadera, que la recibieran en el corredor; ni Juana Manuela, la mujer del bachiller Martínez, que fueran con sillas a la iglesia y no se las prestaran a nadie; ni la cuñada de Brizuela que se dieran» tono porque eran menores que ella»; ni la esposa del Boticario que se hubiera retirado de la Cofradía del Carmen por no dar el cuartillo semanal ¡indecentes!; apenas María Consuelo, la hijastra de musió Miguel iba y se reunía con ellas, pero la madre se lo prohibió:

- ¡Cuidado si usted me pone los pies allá de sinvergüenza, no ve que ellas se creen mejores que usted...!

Los hombres sí las dispensaban más atenciones, pero era peor. Les daban paso en la acera, en el altozano de la iglesieta, opinando en alta voz al pasar las dos:

- ¡Pobrecitas! ¡A mí me dan lástima...!

-Yo me llevaría la mayor.

-Y yo a Candidita.

- ¡Buenas son todas dos!

-Y al fin... ¡van a tener que aflojarse!

- ¡Cuando se muera el viejo!

Esto exacerbaba a sus mujeres que fatigaban su imaginación ideando desprecios, señalándolas con el dedo, cuchicheando de ventana a ventana, al cruzar ellas la calle:

- ¡Comadre Manuela, hoy llevamos cara de no haber almorzado!

- ¡Pero el agua del Guara y que engorda!

No consiguieron lavandera, porque la negra Eufrasia fue amenazada con quitarle la «marchantía del pueblo, y no era cosa de perder por el escaso lavado de las muchachas los siete reales mensuales de la mujer del Boticario, la más distinguida del pueblo que se mudaba cada dos semanas y tenía hasta corsé. Tuvieron que lavar y aplanchar también ellas. A la vieja Dolores la llamaban la bruja, dice que echaba daños, mal de ojo...

La misa, único lugar en que se las veía, era una hora de amargura, de humillación; iban cobrando audacia; las mujeres les pisaban el ruedo, les quitaban el puesto, el Cura hizo notar que Candidita tampoco se confesaba con frecuencia, seguramente qué de ideas corrompidas le había inspirado la otra que estuvo en esa Caracas y que era librepensadora, masona, protestante»; los hombres no se contenían en alta voz cuando pasaban:

- ¡Ya sabe, negra, me la voy a llevar!

- ¡Ah, cosa linda, parece una novillita de primer parto! Esa mañana, con los ojos llenos de lágrimas, Chucha le dijo a la hermana:

- ¡No volvemos a misa más nunca!

La pequeña se atrevió a exponer: -¡Pero y si el padre se disgusta...!

- ¡Qué se disguste! ¡Hasta cuándo, Dios mío! ¡Ya falta poco para que nos agarren en la calle!

Después la vida fue dura, monótona, bajo la triste noción de una pobreza estúpida, de una úlcera de miseria que se oculta siempre pero que es menester curar a diario.

El silencio de los domingos. Un gran pedazo de patio, enladrillado, mohoso, lleno de sol. El viejo mecíase en el chinchorro, mirando al techo, pensando, como siempre...; reducido aquella miseria en sus últimos años... se imaginaba lo que ellas sufrían; nunca quisieron decirle que era mucho peor de lo que él se figuraba...

Amargados por la existencia, por el odio que los acosaba, recibieron con frialdad, casi con dureza, las demostraciones amistosas de algunos... Era ese estado de excitabilidad moral, de orgullo suspicaz, doloroso, cruel, que a los temperamentos afinados les amarga la dulzura más inocente... Y cuando el telegrafista Cancine estuvo de visita la tercera vez, y parecía gustar de Cándida, el viejo le manifestó que él sentía mucho, pero que como tenía que estar en la sabana y quedaban las muchachas solas, le exigía que no volviera más a su casa.

Aquello se supo en el pueblo por el repartidor, un muchacho melenudo, que se empolvaba y le regalaba a los chicos almanaquitos, soportes de alambre para hacer

perinolas, frasquitos de agua divina... Estranón dijo en el grupo ese día:

-Sí, déjelas quietas; ino pierdo la esperanza de que sean queridas mías todas dos! ¡Deje que les falte el frito!

Cuando las ocupaciones daban lugar, las dos hermanas, en el patio veían caer la tarde llanera: el cielo infinito sobre la infinita pampa, más allá del monte» del río, sobre los horizontes donde las ligeras brumas de entradas de agua van invadiendo, como gasas, el espacio abierto... Los murciélagos azorados cruzan el aire; chillan en los aleros mohosos algunas golondrinas. Hay una dulce paz y un silencio que parece venir de muy lejos... A veces un trueno lejano, como una carreta; o desde el río, desde la palizada del pequeño cementerio cubierta de pascuas blancas, azules, cundeamor, grama, verde fuerte entre pedazos blancuzcos de tumbas, palomas montañeras que arrullan... Contestan con su alarido las guacharacas del río...

-Oye, Cándida le decía su hermana oye... las guacharacas parecen gentes de aquí del pueblo que nos grita. -No las oigas a ellas; iescucha las montañeras cómo cantan en el cementerio que dan ganas de llorar...!

Y lloraban, juntas, en silencio, al oscurecerse en los cielos las últimas nubes... No con lágrimas en los ojos, sino hacia el corazón, hacia adentro, hacia lo íntimo, hacia ese abismo donde se agitan a cierta hora todas las cosas tristes y confusas de la existencia, el ridículo de la miseria, lo absurdo del dolor por lo que se acaba, por lo que no llega nunca...

-Pero papá, ¿usted se va así, lloviendo?

-Si; hija. Me acaba de decir un peón de Brizuela que la vaca Mariposa se la llevan en un ganado que va para arriba; y si no voy yo mismo la pierdo.

- ¡Pero lleve la cobija!

-No la tengo aquí; se la dejé en el corral a Juan García que estaba pasando una calentura; yo la cojo al pasar.

Salió, encorvado, con el blanco bigote caído, bajo su sombrero desteñido por los soles y por las lluvias; y una torrencial, persistente, lo sorprendió a las pocas cuadras de su casa, calándolo completamente. No se devolvió temiendo perder tiempo y que se le pasara el ganado con la vaca suya. Calándose la cobija, llegó al paso del río que comenzaba a crecer. En la punta del ganado vio la res que buscaba... -Mire, compañero ¿usted es el caporal? - ¡Servidor!-le repuso desde la otra orilla un negro algo, canijo.

-Bueno, esa vaca borcelana, oreja gacha, que va ahí en su ganado es de mi hierro....

- ¡Yo no sé de eso! Ese ganado me lo entregaron a mí contado...

- ¿De quién es?

-Del general Estranón González; va vendido. -¡Bueno, pues, esa vaca es mía, yo la voy a apartar! El caporal gritó de allá:

¡Ya ve!, ay sí que no: eso trátelo con el amo del ganado. - ¡Cómo que no! -Y se tiró al río; pasó con el agua a la coraza de la silla. El caporal se le atravesó mal encarado: - ¡Oiga, vicjo! ¿Pa dónde va...? ¿Usted cree que las cosas son así...?

- ¡Entrégueme mi vaca!

El otro volteó el caballo. Acababa de pasar el rebaño. Dio sus órdenes:

- ¡Ea, muchachos! arreen el ganado... Caballo rucio, váyase a la contrapunta; Jah... cabrestero!, ¡el novillo lebruno... que coge el móntese...!

Chasqueó el mandador:

¡Ja... ja... ja... juy! -Y con voz nasal, indolente, zumbona, de un dejo que evocaba los caminos polvorientos, las salas humosas bajo el candil, el alma brava de los joropos bailados en pasadas parrandas, entonó la copla burlona:

¡La iguana y el mato de se fueron al Orinoco, la iguana no gorvió más agua ni el mato di agua tampoco!...

El viejo le tiró la yegua encima....

- ¡Mire, yo carrizo!, ¿no me va a entregar la vaca? -y lo amenazó con la rienda.

El negro sacó su caballo de lado y le puso la mano al machete que llevaba bajo la silla:

-Vaya, cúrese el romatismo, viejo, ino trabaje!, iyo no plancho viejos como usted...!

Pero antes de darse cuenta, don Crisóstomo le sacó la pierna a la yegua, se le fue a las riendas, le quitó el machete; de dos cintarazos lo derribó de la silla... Y poniéndolo por delante, frente a los peones que se habían quedado suspensos, lo arreó hacia el ganado:

- ¡Vamos, so grosero!, ientrégume la vaca...! ¡Y al que no le guste que lo diga!

La mandíbula fuerte le temblaba; sus ojos fulguraban en la antigua cólera del mando incontrastable.

Regresó con la res rabiata. La dejó en el corral. Llegó a su casa tarde, cansado.

-Papá, por Dios, vaya, múdese de ropa, que está emparamado...

Esa noche tuvo fiebre. En la madrugada se le fijó un dolor al costado como una puñalada... No podía reprimir el quejido; sus hijas le untaban aceite, solas con él... la vieja Dolores calentaba fomentos... ¡qué broma!», decía, y entre quejido y quejido lamentábase más que del dolor, de la falta que hacía él en pie con esas ladroneras...

-Si no reprendo al hombre-les refirió sencillamente- carga con la vaquita que es de las mejores que quedan.

En la tarde, la fiebre era altísima. El dolor tan agudo que a cada instante secábanle el rostro sudado, contraído por el sufrimiento. Llamaron al Boticario. No vino hasta en la noche, porque, según dijo, estaba terminando un tratado sobre el escorbuto en las gallinas que iba a remitir a la Academia de Medicina.

Frunció la cara.

- ¡Esas puntas de costado son alevosas! -dijo respondiendo a la pregunta alarmada de las muchachas. -Denle los tres aceites; y con espacio de tres horas unas píldoras rosadas que le voy a mandar, cinco cada vez hasta que les haga efecto la purga; y después de cada tres horas dos, hasta que le baje la calentura.

Mandó cerrar todas las puertas y las ventanas; tapar con papeles las rendijas, etc... El enfermo se asfixiaba... Llamó el Boticario a la vieja Dolores:

-No deje que se le arrimen mucho las muchachas... eso se pega.

- ¡Ay, Dios mío! ¿y qué es lo que tiene? Bajando la voz, misterioso, enigmático explicó a la vieja asombrada:

- ¡Don Criso tiene tapadas las cabeceras del bazo! - ¡Virgen María de los Dolores! -sollozó la vieja. -Cállese, no le diga

nada a las niñas, pero si eso le sigue va a haber que echarle cuchillo.

- ¡Cuchillo!

-Si; puyarlo duro por el costado hasta que bote el mal... Se fue, grave, importante, misterioso. Otra mujer que oía, Claudia, discutió a sus espaldas:

- ¡No, comadre, eso no se cura asina! Mire, usted coge una tuna con espinas y todo, la asa y se la pega hasta que largue el cuero. ¡Así le dijimos a la Clancia, quedó baldada, pero salvó la vida!

CAPITULO XVIII

ERA un desastre parrandear así: todo aquel brandy, la mente y la tipa sospechosa....

- ¡Con tal de que no me haya embromado!

Gustavo acababa de despertarse a las diez de la mañana; se vistió con lentitud, calenturiento, ojeroso... No pudo desayunarse; sentíase la boca agria a pesar del bicarbonato; además, la impresión de no estar aseado... Un horror de trueno hasta las cuatro de la mañana, entre Juana María y la Barco Sereno, gordísima, que no bebía sino ponche, tenía asma, no lo dejó ni dormir... o besándolo o tosiendo o pidiendo agua porque se asfixiaba. Su compañera de lecho, ebria, apenas pudo quedose profundamente dormida, la cara entre las sábanas, semidesnuda, blanca, caída boca abajo, sobre el hermoso brazo, con todo el cabello revuelto disperso en las almohadas...

Una lamparita rojiza puesta al Santísimo en la mesa de noche, bañaba de luz el hermoso cuerpo de la mercenaria. Mezquina historia de necesidades, de hambre, seducción de cualquiera; caer aquí, allí, más allá sobre las camas de alquiler de musió Pedro, hasta el hospital Vargas o hasta la fortuna de poder establecerse para recibir sola.

Y entre mil historias embusteras de todas las noches, a veces una lágrima íntima cristalizada en una sonrisa triste por aquel primer amor de la Fábrica, nacido entre los montones de la picadura. ¡Si la viera él ahora adónde había llegado...! Ebria, despeinada, tirada con otra y un desconocido... Fue la última idea de la muchacha al

dormirse, vencida por el aguar-
diente. Gustavo quiso despertarla, pero la gorda se opuso:

- ¡No, chico, déjala, no la lla-
mes! Las coge lloronas y cuando
la despiertan así no hay forma que se calle... llora... le dan
ataques, se desespera y maldice que da miedo... Yo creo que
Juana María está medio tocada... desde la enfermedad esa
que tuvo en la sangre...

Y otro golpe de tos le cortó la sarta de infamias, sin lograr
que él hiciera gran caso.

Terminó de vestirse. Se fue a las duchas con el circuito
cerebral establecido entre las impresiones de esas horas...
Llegó allí después de las once:

- ¡Uno, caliente!

Entró en la celda; dejó correr la regadera, desnudo, miran-
do el agua con fijeza, tornando a pensar en una multitud de
detalles absurdos... pequeños recuerdos...; silbando
lentamente, dulcemente, un tiempo del «Danubio Azul»
que no podía armonizar con lo demás y de lo cual no
recordaba sino fragmentos de la segunda parte del vals... la
mujer de Follen se quitaba los guantes, en el piano, con la
nuca embellecida de rubio... Volvió a pensar en la nuca
morena de Juana María, ebria, despeinada, acostada boca
abajo a su lado; no la tocó, ni una caricia... la muchacha
respiraba; le ondulaba en la respiración fuerte todo el
cuerpo, hasta las caderas donde dos hoyuelos trémulos
eran como un refugio de gracia... Ni una caricia ¿por qué?
Él no podría decirlo; quizá sus ideas no marchaban bien
bajo el guantelete helado de la menta; pero sí recordaba

que la miró largo rato, tendido junto a ella cuya frente se humillaba en un torbellino de cabellos negros; refugiada en un sueño tan profundo que purificando su desnudez la convertía en el símbolo de esas vidas desatentadas que caen de pecho sobre las infamias, hermosas y desnudas, para no levantarse más...

Continuó silbando «El Danubio Azul», bajo la delicia de la ducha tibia... ¿Qué orden de ideas puede haber entre su vida y aquella mujer borracha?

-No hay como estar enratonado para pensar disparates -se dijo.

Y oyó que en el baño de al lado y en otro de más allá, corrían las regaderas también...

- ¡Más fría para el número 8, que largo el cuero! -¡Ave María Purísima!

Los bañistas reían... Conversaban tabique por medio, tonterías, antiguas historias, lances... Murmuraciones... - ¿Y tú sabes? -dijo uno- la mujer de Gárate se la está jugando.

Gustavo sintió como si le pegaran por la cabeza; casi la misma impresión del verano que le dio cierta vez un cochero en el Puente de Hierro.

-Pues sí, con Maza qué sé yo qué... ¡Ese que llaman Mazapán...!

-Ya no se puede creer en nadie... ¡Esta parecía una de las mujeres más serias de aquí! - ¡Esas son las peores!

-Oye ¿su marido lo sabrá?

-Quién sabe. ¡Lo más probable es que no, porque yo no lo creo tan sinvergüenza...!

- ¡Qué no! Mira, ése es un vagabundo; a mí me hizo quitar el puesto que tenía en las Rentas para dárselo a un tal Soto-Liendre....

- ¿De veras?

-Y no sólo eso, sino que... ¡en fin! se la pasa hostilizándome... Piensa tú una vagabundería cualquiera... pues bien: ¡ya Gárate la ha hecho!

-Y eso y que es godo, sangre azul...

Seguramente que sabe lo de la mujer y se hace el inocente. ¡Es lo más cómodo para él!

-Y... ¿el hijo, el Gustavo ese, que no parece mal tipo...? -Si por alguno lo siento es por él; ése es un muchacho bueno, obsequioso, decente...

- ¡El qué va a hacer! Ni quién se atreve a decirle... ¡A mí me da lástima...!

¡Lástima! Lástima si lo hubiesen visto allí al lado, con las mechas mojadas sobre la frente, en calzoncillos; la garganta contraída y las orejas casi moradas... Temblando se vistió viendo oscuro en derredor y los chorritos de la regadera verdes, amarillos, azules... ¡Canallas! ¡Canallas! No llevaba sino la navajita de bolsillo, una puntilla de tres centímetros, pero que apuñándola abierta en la mano derecha donde las uñas le hacían sangre... entre una ráfaga de locura pensó esconderse tras la puerta del número 8, aguardar a que saliera el canalla y cortarle de un rasgón las venas del pescuezo... Cruzó el pasillo. La voz más lejana inquirió otra vez, curiosa, deseando saber detalles:

-Pero bueno, ¿y eso es positivo?

-Positivo... Ella entra... ¿tú sabes dónde vive él?

-Sí, por San Juan, como quien va para la quinta Crespo, a mano derecha...

-Eso es. Ella entra por la puertita de al lado... esa calle es muy sola; las dos casitas se comunican por el fondo... Esc tercio es tan vivo que ha puesto en la casita de al lado una tablilla «Se corta y cose ropa. Especialidad en trajes de niño... -Resulta hasta epigramático: ¡idónde los hacen los visten! -Y tú comprendes... a quien le extrañe verla entrar, se fija en el letrero y supone que va a encargar algo... ¡Estupendo! Ella va, como un reló, los jueves... Ahora se van para Europa. ¡Allá se aprovecha...!

-Yo siempre le noté a esa señora un modito de mirarlo a uno...

Era demasiado. Guardándose la navaja abierta en el bolsillo, salió como un loco. Necesitaba ver, convencerse... Luego matarlos... a patadas, a tiros... Y como un delirio todos esos detalles! Los jueves... los jueves siempre salía su madre desde las dos de la tarde; llegaba a las seis. Un día perdió el porta- monedas con cien pesos; al otro jueves relató que una viejecita lo había encontrado... vacío... en un banco de la iglesia. Y una porción de detalles, de ambientes, de impresiones por una conversación trivial acerca de la felicidad conyugal o por un gesto o por una pregunta... Mazapán en todas partes, como casualidad: en el teatro, en el paseo, en la iglesia; el modo de mirarla él... que le causaba desagrado... Una vez se atrevió a insinuarle algo a su madre, le impresionaba mal la mirada atrevida de ese tipo; ella con un tono severo, digno, que lo hizo arrepentirse, contestó: «¡Pero niño, qué ocurrencia! Si no fuera que me disgusta verte tan dominado por las ideas malas... hasta me reía. ¡No faltaba más! Yo que ni me he fijado en ese pobre hombre; ¡de seguro es de esas personas que tienen mirada de idiota...!».

Trató entonces de quitarse aquella idea, pero le acudía siempre, fija... Y ahora, de un golpe, el puñal le entraba hasta

el alma. Adquirió de pronto la íntima noción de la verdad que sólo dan las cosas ciertas, ya con terreno ganado en el ánimo; por eso no destrozó a navajazos a aquel canalla... ¡Era verdad! Se lo diría a su padre; ya, ahora mismo.

Salía como un loco, sin peinarse, cuando el bañero lo llamo.

- ¡Oiga, joven!

-No puedo atenderle...

-Es que se va sin pagar.

Se devolvió; pagó. Vio la cara del bañero y en su acaloramiento creyó que sonreía:

-Imbécil ¿de qué se ríe usted?

-No, señor; yo no me he reído -le respondió asombrado recibiendo el dinero.

Ya en la calle, a pleno sol de las doce, comenzó a repasar de nuevo una serie de ideas que empezaba en decirle a su papá..., sentaba como base previa la muerte de Mazapán a quien él provocaría con cualquier pretexto, y terminaba en marcharse él de su casa, sin decir nada, cambiando de nombre... Quiso encontrar a Mazapán, en la calle; tirarlo al suelo, machacarle la cabeza con un adoquín... En las tapias de Caño Amarillo vio un cartelón de toros «Corrida Sensacional para hoy jueves.

¡Era jueves! Cambió de resolución... ¿Y si es una infamia? ¿No debía pegarse un tiro por haber ofendido así la honra de su mamáita adorada...? ¡Qué horror! Se metió en un botiquín; tomó un wiski doble... Pero debía ir... donde decían aquellos canallas, ver si era cierto, con sus ojos, tocar con sus manos aquel bochorno... ¿Un adulterio? Un adulterio vulgar, una vulgar volteada, con cualquiera que pasó, sin pasión, por gusto... por placer... por... ¡Era su madre!, ¡no podía, no debía ni pensarlo! Y las lágrimas la ahogaban... sentía un nudo en la garganta... Olvidaba lo que decían de su papá, las torpes injurias, las calumnias, el

ridículo... ante el hecho físico, la entrega en casa de cualquiera a un bicho despreciable, de su madre, de su carne... ¡de él mismo! todo estremecido, doloroso, como si le apretaran el corazón con un torzal... Y tras ese dolor del orgullo pateado, ya la gente lo sabía, ¡todo Caracas! Pero no; él iría allí, vería, se lo diría a su papá... entre ambos matarían al amante, a los calumniadores, a los que se atrevieran siquiera a dudar... ¿A dudar de qué, de una hembra?

Y el desprecio de la mujer por las mujeres fáciles, locas, profesionales del vicio, tolerantes de él, el desprecio estúpido hacia el sexo por la miseria de su miseria, le puso en los labios una maldición espantosa...

Con la cabeza cogida entre las manos, en esa hora solitaria, echado en un escaño del Calvario, después de fumarse todos los cigarrillos, pasó hora tras hora, hasta la tarde... Ya más tranquilo bajó, sintió sed, tomó algo; fue a situarse en la calle- cita de San Juan... Unos veinte minutos... media hora... el reloj dio los tres cuartos de las cuatro; purísimas resonaron las campanadas de la Catedral por la tarde diáfana; el ciclo adquiría una tonalidad luminosa, y desde Petare las últimas luces abrían un abanico gigantesco sobre la ciudad...

Y vio a su madre, al mucho rato, salir como azarada de una puertecita pegada a otra igual, sin atreverse a mirar para atrás; torció a la izquierda... hacia Santa Rosalía... Pero entonces...; allí estaban las dos casitas, la tablita «Se corta y hace ropa... Especialidad en trajes de niños» ... Si entrara, y lo cogiera por el pescuezo, hasta ahorcarlo, hasta hacerle echar la lengua por la boca morada... ¡Sinvergüenza!

- ¿Sinvergüenza quién? ¡Bah...! Si no es éste sería... ¡cualquiera otro!

La tensión moral de la mañana, la perfecta certeza, la triste seguridad de la desgracia... Sintió hambre; comió sándwiches, sorbió en su canutillo un gran vaso de cocktail de huevos... Y encendió un tabaco y se fue a vagar por las calles, hasta la puerta de la Corderito, a quien encontró echada en una mecedora, en la salita:

-Entra; yo estoy sola.

Entró. La muchacha se quejaba del dolor de cabeza... -¡Yo no he podido ni almorzar!

-Llámate al chiquito... -Mandó buscar latas de ostión, pan, sardinas, queso amarillo, vino tinto...

-Será para ti el vino, porque yo no bebo -dijo ella.

¡Para mí! ¡Traiga dos botellas que usted también beba...!
¡Déjese de amapuches!

-No, mi vida, no son amapuches... ¡palabra! -Le había echado los brazos, sentada en sus piernas... Acaríciale el pelo alborotado:

- ¡Mi amorcito, que estás como un loco! A ver-se sacó una peineta- a ver para peinarte... ¿Y qué tienes, mi vida?... Si te vieras la cara... ¡tienes los ojos hundidos, pareces un desesperado!

Lanzó una carcajada amarga, metálica, casi le gritó dándole un beso atormentado:

-¡No chica, que va!, ¡es el trueno!

Comieron juntos... La muchacha estaba encantada... En esas vidas desarregladas, viciosas, tristes, comer en una mesita ordenada con uno que siquiera sea simpático, en la intimidad del cuarto, es la delicia de una evocación de hogar tranquilo, de marido, de existencia normal... ¡cómo vive la gente buena!... Y le exigió, con los ojos más brillantes:

-No te vas, mi amorcito. No te vas: te quedas aquí conmigo hasta mañana. Si tienes sueño del trasnoche, duermes ¿quieres?

El vino tinto, la cena, la humildad enamorada de aquella muchacha bonita, lo contrariaban, a tal extremo que, empezando por retozos, por discusiones tontas, por palabras amargas, por reconvenciones... ella sabía que él había estado con el Barco Sereno y otra mujer... le dijo durezas de celo, lo llamó asqueroso; todo esto comiéndoselo de deseos con una adoración casi imbécil de encaprichada, de enamorada quizás.... - ¡Te pego, ah! y le alzó el puño.

-Te pego yo también....

La empujó con violencia, contra la pared; la muchacha todavía jugando, le dio una palmada en la cara con la manita vacilante...

Y antes de darse cuenta él por qué lo hacía y cómo lo hacía, viendo en aquella pobre muchacha un enemigo invisible, ése que le gritaba por dentro después de los desmanes, ése que lo exasperaba hasta el delirio y lo llevaba con un inconsciente hasta casa de una vagabunda en momentos en que su padre era engañado miserablemente y el nombre de ellos corría por las cloacas junto con los desperdicios de la ciudad, sintiendo en aquella infeliz criatura, que a pesar de todo lo quería a su manera, el horror de su vida, la bajeza de su carácter, la infamia toda de esa misma ciudad, medio ebrio, medio loco, le cayó a golpes, a guantadas por la cara, a puntapiés por el vientre...

Y cada vez que ella conteniendo sus gritos para que no escucharan en la calle, se abrazaba de él: - ¡Ya está, perdón, mi amorcito, ya está! ¡Ay, no me pegues así que me enfermo! ¡Ya está...! – el la daba un nuevo empujón, hasta que la encorvo a bofetadas sobre la cama ... Y allí, teniéndola oprimida, ahogada, entre un mar de lágrimas que la bañaban las manos, con el cabello suelto y los ojos lindos, en un orgasmo malsano, la beso, la acaricio de todos modos, coloco su frente sudorosa, marcada por prematuras arrugas, sobre el regazo de la muchacha, la enlazo, estrechamente por la cintura... Ella continuaba llorando, quejándose, sin rabia, apretándolo también con una ternura monstruosa:

-¡Cómo te adoro, mi vida... Toma... bésame... bésame con la boca toda... todita... así... hasta que me muera!

Amanecía. Un leve tinte rosado aclaraba el cielo; la fila del Ávila, en parte nublada, se dibujaba profundamente oscura, sin base... Entre nubes de polvo, los barrenderos

parecían fantasmas; algún sereno dormitaba sentado en la acera... Entro de puntillas hasta su cuarto, y vestido, sin pensar, como quien se arroja al olvido supremo, cayó sobre la cama escondiendo la cara en las almohadas...

No, mama, no, ino me digas que estoy loco! No niegues así... ino mientas así que me da desesperación...! Yo te he visto; lo sé; estuve ayer en la esquina, te vi salir.

Pálida como una muerta, todavía balbuceo:

-¡Hijo!, ¡por Dios!, fui a encargar... unas ropitas... para el asilo... para la Canastilla del Niño...

-¡Mamá, por lo que más respetes! ¡Es infame mentir así!...

Le bastó mirar la fisonomía del hijo, quebrantada por la pena, con los parpados ribeteados de encarnado y los ojos pardos que se le clavaron hasta el alma... como si su madre la viera a través de las pupilas del hijo... Lo miro de frente; primero arqueando las cejas, después sintiendo que su barbilla comenzaba a temblar, y se le helaban las manos y un cuerpo extraño subíale del estómago a la garganta...

Angustia, rubor, desesperación... Inclino la frente lívida, se llevó las manos al rostro, y contra la mesita de su costurero se echó a llorar... Bajo su saut de lit parecía ahogarla, convulsa, el tumulto de los sollozos; y en el espejo de la toilette se reflejó el cuadro integro; Gustavo lo vio como una pesadilla; el erguido, justiciero, ante aquella mujer que lloraba a sus pies y era su madre... Todavía se mantuvo firme; acaso por un instante gozo la actitud teatral que

copiaba el espejo... Y la hizo cargos, durísimos, despiadados, crueles... escénicos.

Elisa se apartó de pronto; busco en las gavetas como loca, revolviendo cintas, postizos, colorines, con el traje abierto, arrancándose los encajes del cuello, los cabellos pegados a la frente y ya cruzados de canas...; fue hasta el escaparate, registraba entre los frasquitos del aparador, parecía haber elegido uno, el del láudano...

El salto, le arrebató el frasco, la sujeto por las muñecas viéndole en los ojos una expresión de demencia, torcida,

sudada, con el cutis marchito por los años, sin colorete, como una actriz vieja...

- ¡Mamá, mamáíta! -le suplicó asustado. Ella se resistía:

- ¡Deja, déjame, yo me quiero morir!

- ¡Pero mamáíta, por Dios!

- ¡No, suéltame! ¡Si no lo hago ahora lo hago más tarde...! suéltame! ¡Es inútil! ¡Yo debo morirme!

El joven paseó una mirada a su alrededor, reprimió su angustia, le puso las manos en los hombros:

¡Mamá, mamá... mírame! Yo no he querido que papá sepa...
¡Mírame!

Y le acercó la cara desfigurada por el dolor, los ojos pardos, enormes de todos ellos, donde se quebraban las primeras lágrimas...

- ¡Mírame!

La madre y el hijo se miraron. Como si en derredor de ellos hubiera desaparecido todo, y sobre el cataclismo quedarán vivos, solos... Elisa se arrojó en sus brazos, se enlazó a su cuello, le aplastó los labios en la frente:

- ¡Mi alma!, ¡mi vida!, ¡perdóname, que tu madre a ti si te adora!

Él se volvió, asombrado, con la voz llena de lágrimas: - ¿Qué a mí sí... y a papá?, su papá...?

Con una tremenda desesperación se echó a su vez sobre la madre:

- ¡Mamá, mamá... no digas eso así...! No lo digas, mamáita que es una cosa horrible... que me da miedo....

Y entonces sí lloró el llanto espantoso de los hombres que un tercero vería sonriendo... El llanto de la hora pasada, de las injurias oídas, de la reputación de su familia perdida para siempre, en público; del ultraje que no podría quedar oculto para salvar la forma de la deshonra... Abatido, cayó en los brazos de la mujer; y ella, sollozando también, prometíale como un niño que ella olvidarla...» «que viviría para él, para su hijo adorado», «que la estaba matando», «que no llorara. más», «que perdonara a su mamáita

adorada». Y con el nombre infantil de cuando llorara en su cuna, con los pies para el techo, colorado, rabioso, con el acento que entonces consolaba a aquel pedazo de su vida, le besaba las mejillas, vieja, marchita, cubierta de pecas, las cuerdas del cuello ya marcadas, arrullándolo casi:

- ¡Sí, Tavo, Tavito!, ja su mamaíta adorada...!

Ella lloraba ahora con la tranquila resignación con la cual se llora por un muerto antiguo...

-No te desesperes, mi alma. Si ya nos vamos... ¡lejos! -Sí, sí, mamá; ¡para no volver más nunca a esta tierra infame!

Se iban, sí, lejos... Más como un resumen de humillación, pensando con amargura en aquella muchacha ausente, ya borrada en los limbos de otra época más dichosa, frente a la irrisión del momento, evocó en la frase de la pobre amorosa aquel último grito de su orgullo:

- ¡Mamá, mamaíta...!, ¿por qué me has hecho eso...?

CAPITULO XIX

CHUCHA entró de puntillas a la habitación del enfermo...
¿Dormía?

La luz de una lamparita de aceite, la de los Santos, apenas bosquejaba la mancha blanca de las sábanas y el trazo oscuro de Cándida Rosa que abrazada al espaldar de la silla, se había rendido al sueño.

Como la luz le daba desde la cabecera, la sombra de sus rasgos hacía más honda la demacración del anciano. Respiraba con esfuerzo, entre un quejido perenne...
¿Dormía?

Ella se acercó queda por no despertarlo, sin hacerse sentir...

La mano del viejo cogió la de ella, estrechamente; era un hielo. Se la tuvo oprimida un largo rato... por último la hizo que se sentara en la misma cama. Púsose ella a acariciarle la frente, a arreglarle las sábanas, a verle los ojos, hondos, ya perdidos en un agua gris, sonriéndole alegremente, pero con una amargura tremenda en el alma.

-Papaíto, ¿estás mejor?, ¿te sientes mejor? -le preguntaba, acariciando con la otra mano la cabeza despeinada de Cándida, que dormía el rostro escondido entre los brazos, situada así, en medio de aquellos dos seres caídos, como una voluntad. Él contestó:

-Oye, mijita; oye pasito para que no se despierte Cándida; yo sé que esto es... icosa hecha!

-No, papá.

-Oye: no creas que no lo comprendo. Pero no te aflijas; iyo me voy...!

Se iba; y la frase era cruel, por la inmovilidad con que se comienza ese viaje, desde ahí, desde la cama trivial y blanca.

Con las manos cogidas, llorando muy paso sobre su hombro, lo oyó gemir, quejarse de la suerte, darle consejos y fe y valor: toda la energía que derramó a torrentes sobre su vida, sobre su casa, sobre su hermano....

-Yo he trabajado, mucho, mucho. Yo no quería que ustedes imi pobre muchacha! -dijo volviéndose a la dormida- quedaran así... porque a mí me dejó dinero mi padre y a mi padre el suyo... ¡Caramba! yo estaba destinado a dejar mis hijas desamparadas. Sin nadie que vea ahora por ustedes... solas...

La luz apenas movía grandes sombras hostiles; y como huyendo de la oscuridad, las dos muchachas se apoyaban toda- vía en la mancha blanca del lecho donde el viejo, estertoroso, dominando el dolor, hablaba con una voz lejana... Olía a aceite de comer, a trementina. Las dos o tres de la tarde.

Estuvo un rato callado; sin quejarse. La fiebre había cedido; quedaba una depresión que las preocupó; el pulso tan débil... Por primera vez, tuvieron que ayudarlo a incorporar- se: sonrió amargamente: -¡Quién me iba a decir que yo sería una carga para estas pobres muchachas!

A las cuatro, otra vez la fiebre, altísima, con delirio, con convulsiones, teniendo que humedecerle los labios resecos, de donde brotaban palabras locas, gritos inarticulados, interjecciones, y una frase fija, de vehemencia, que hizo estremecer a la hija menor: ¡El diablo no es tan malo como lo pintan!».

Eso a cada instante, entre discursos absurdos.

Cándida Rosa se puso a llorar, desesperada, abrazada a su hermana quien la sacó del cuarto y la llevó para que se quedara con la vieja Dolores.

Llamaba a Chucha el enfermo: ... a ti... sí, que tú eres como yo. Y que se lo digan, que mi queso me lo pagan a como yo quiera... ladrones de vacas... pregúntele a mi compañero José Leandro... usted no y que es doctor... doctor y me va a dejar morir... ¡No me agarre, carrizo, no me agarre!, ¡doctor del carrizo!

Chucha le enjugaba el sudor de la frente; él tiró un manotazo, se lo pegó en la mejilla y casi la arrojó de la cabecera... -Papaíto... le dijo dulcemente no es el doctor, papaíto, soy yo, es Chucha....

-Chucha... sí, Chucha es una hija mía que me mataron... Ya no quedas sino tú, José Bernardo, tú para que veas por mi

hermano, por mi sobrino... Gustavo... que se casa ahora.... con una de allá... hija de Extrañón.

La niña, angustiada, le cogió las manos.

-Papá, papáito...

-... y por eso ustedes se cogen la tierra... ¡ladrones! Pero tú no ves, Juan Antonio, que se la cogen... que se la llevan; tú puedes hacer algo, tú tienes relaciones pudientes... pero pronto, ya, ahora mismo porque están arreando el ganado... Y es lo de nosotros... desde el rey, desde... ¡Eso se perdió!

Sufrió un estremecimiento, un sudor frío, copioso... A cada instante se bajaba el rebozo de la sábana, como si se ahogara; al fin aquel movimiento se concretó a espantar del rostro una mosca invisible... Pasó una hora, tranquilo, sin hablar... acaso más; su respiración fatigosa alzaba y bajaba su esófago rápidamente, en un ronquido. Y el latido de aquella respiración iba huyendo hacia arriba, hacia la boca lívida, entreabierta. Las cuencas de los ojos que estaban fijos en el techo y que ya no veían las cosas, se rebosaban de lágrimas. Chucha sintió, cerca, la muerte; enjugó aquellas lágrimas, no quiso llamar, vertió las suyas una a una en silencio; encendió una vela que después de administrarle los Santos Oleos dejara el Padre Fuentes, y sin avisar, queriendo que él muriese solo con ella en la soledad en que vivió, haciéndole sujetar la vela, pasándole el pañuelo por los ojos llenos de lágrimas y la boca cubierta de espuma, rezó sin pensar como caída en un espacio incoloro, entre una gran agua diáfana...

A las cinco, todavía rezaba, cuando se percibió de aquella inmovilidad solemne... Sobre el rostro envejecido, sufrido, magro, quemado por tantos soles de trabajo, el bigote blanco... Con una dulce presión sostúvole bajos los párpados, cerrando aquellos ojos que no verían ya más sobre la tierra la sombra grotesca de la existencia...

En la esquina reventaron cohetes; una música, gritería de muchachos... voces fuertes; y de pronto, más cerca, junto a la ventana casi, la «manifestación» que desfilaba hacia la Jefatura gritando:

- ¡Viva el Gran Partido Liberal Amarillo!

-¡Vivía....!

Celebrase, oficialmente, un aniversario del Gran Partido... Y cohetes en recámara, sueltos o entre silbidos y cuchufletas porque los tiraban como buscapié...

Cándida corrió hacia el cuarto:

- ¡Chucha, por Dios! ¡Qué gente tan mala! ¡Van a despertar a mi papá!

Pero su hermana lanzó una carcajada estridente, ahogada en lágrimas, que hacía daño:

- ¡No! ¡Ya no lo despertarán más nunca!

Se arrojó en sus brazos:

- ¡No lo despertarán más nunca!

CAPITULO XX

LO VELARON desde esa hora...

Casi todo el pueblo fue; hasta la querida de Extrañón vio en el conflicto coyuntura para ir, hasta el mismo Extrañón por tratarse de un hombre que no era ni malo».

La manifestación patriótica duró hasta medianoche... El no pudo evitarlo: ¡qué lo perdonara el difunto, pero esas fiestas eran exigencias de la política!

Y en derredor de la cama, las mujeres rezaban, o sonábamos con el ruedo del fustán o iban hasta la cocina para traer un cafecito... Un olor a chocolate se difundía por la casa, entre el del tomillo y el de la estearina de las velas.

A la cabecera del muerto, las dos hijas arrodilladas estuvieron casi toda la noche; ya en la madrugada, Cándida Rosa, arrecostada en las rodillas de Chucha, veía la llamita de los cirios cada más pálida y el gran lienzo que cubría el cuerpo, cruzado por una cinta negra... Tres puntos salientes; el vértice de la nariz, la ligera curva del pecho, y luego todo aquello descendía hasta la punta de los pies que forman la «v» simbólica de la vida en la extremidad de los cadáveres. ¿Era aquél su papá? Le hacía el efecto, un poco vago y respetuoso, de un traje abandonado...

Fuera, en el corredor, ya no había más nadie; Dolores: quedose dormida en una silla, la lámpara se apagaba... Soplaban entre los árboles del patio esas primeras ráfagas de la mañana, cuando los pájaros comienzan a cantar... La mañanita fría, en un reflejo amarillo, leve, tan parecida a

aquella otra de hacía cuatro años cuando regresaban al pueblo en la gran carreta de bueyes que iban con el hocico bajo, rozando los pastos; las chenchenas daban un canto que crujía como madera. seca... y 'de tiempo en tiempo por entre dos matas, un venado huía a todo correr....

A las ocho llegó al fin la caja; forrada en merino negro por fuera, tapizada por dentro con género blanco de a real vara... Juan García trajo media lata de cal viva:

-Aquí está la cal, niña; pa échale abajo. ¡Con esto no se hiede manque lo tén velando un mes!

Chucha no pudo reprimir un gesto de repugnancia ante aquel ingenuo materialismo, tan sencillo, tan hondo... y ayudada por su hermana, por Juan García y otros dos peones, lo metieron en la urna, ya rígido.

Descubríroslo las hijas por última vez para besarlo, antes de clavar la tapa... Y bajo ese beso sólo sintieron una piel estirada y fría; la postrera impresión de su padre, fue un rostro con los pómulos agudos, el bigote lacio, blanco como la mortaja, un poco severo en la belleza de la serenidad total.

A las cuatro salió la urna a hombros de seis peones, seguida por el Jefe Civil, que presidía el duelo, don Agapito Brizuela, el Bachiller Martínez, que iba diciendo cosas profundas acerca de la existencia veleidosa, «el orgullo inútil para luego volverse uno una hediondez».

El oficio en la iglesia, gangoso; imponente, sin embargo, en el momento, con la música así, con el salmo macabro, terrorífico:

Dias irae, Dias illa, solvet saeculum in favilla...y los calderones agudos calamitates et miserias» que evocan tierra removida, camposanto, huesos mohosos por las lluvias...

Al llevarse el cadáver, Cándida Rosa dio algunos pasos hacia la urna, desgarradora, enloquecida:

- ¡Chuchita! ¡se lo llevan, se llevan a mi papá querido! La otra la abrazó, le puso la mano en la boca. -No, mi vida, no grites ¡es muy feo! Lloro aquí conmigo, pero calladita... calladita....

Habían quedado solas, en el umbral de la sala olorosa a ácido fénico; un jirón del paño, verdoso a la luz del sol, en que marcaba el cuadrilátero del postigo abierto y sobre el cual volaban moscas... Junto a los candelabros de palo, pintados, flores y hojas de las dos únicas coronas, la de Claudia y la que llevó Juan García a nombre de él y de los muchachos... Sillas dispersas; algún vecino hablaba en el extremo del corredor... Soledad... Calor...

El pueblo con sus calles de tierra colorada, asoleado, sombreado a trechos por verdes fuertes, de los árboles de los corrales, de las tapias del cementerio. Un doblar de campanas rotas. Detrás, el monte» del río, la sabana; y sobre el monte» del río y la sabana, un cielo azul, crudo.